

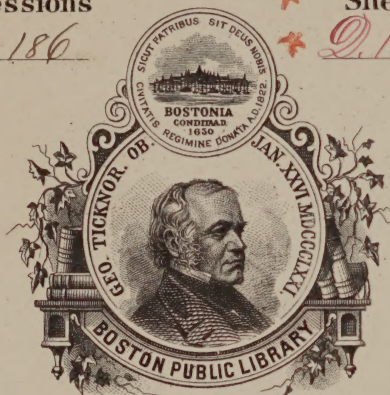


Accessions

*116.186*

Shelf No.

*Q.160.103*

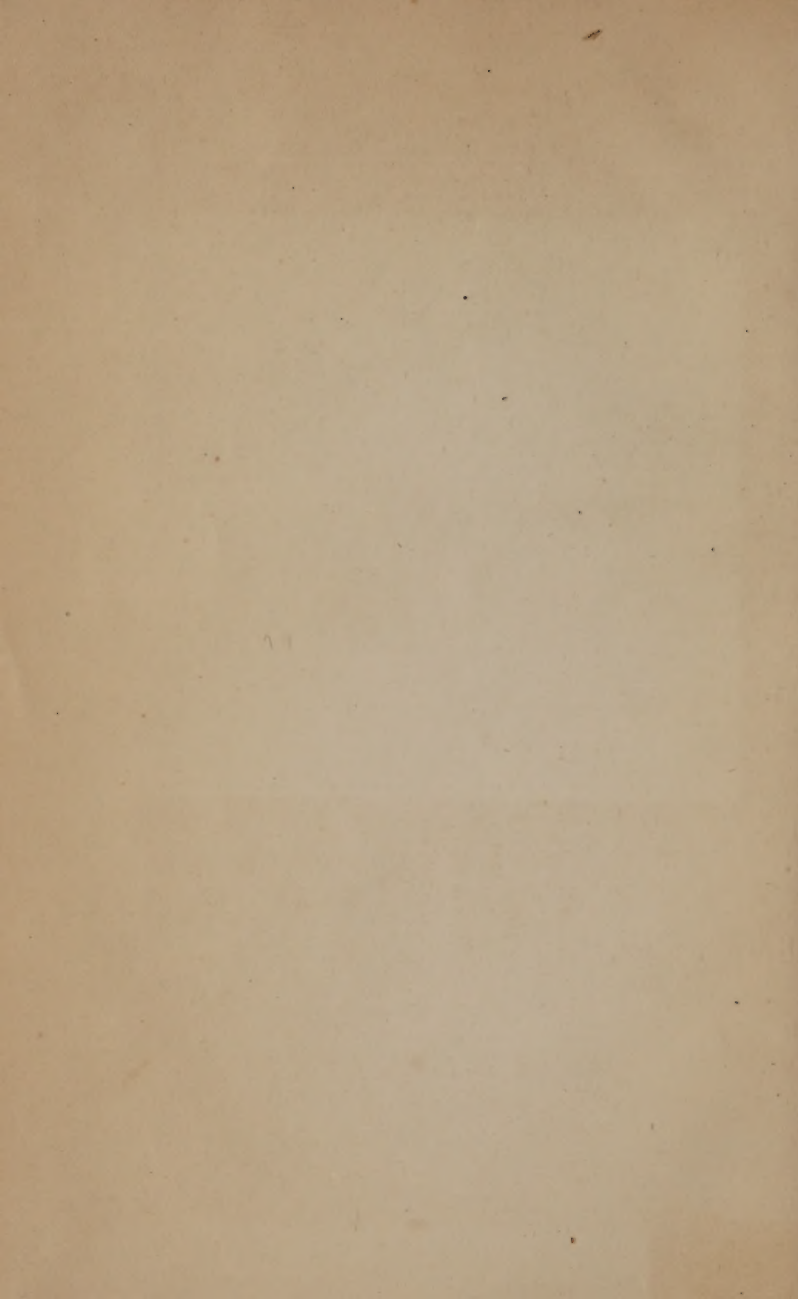


BEQUEATHED BY

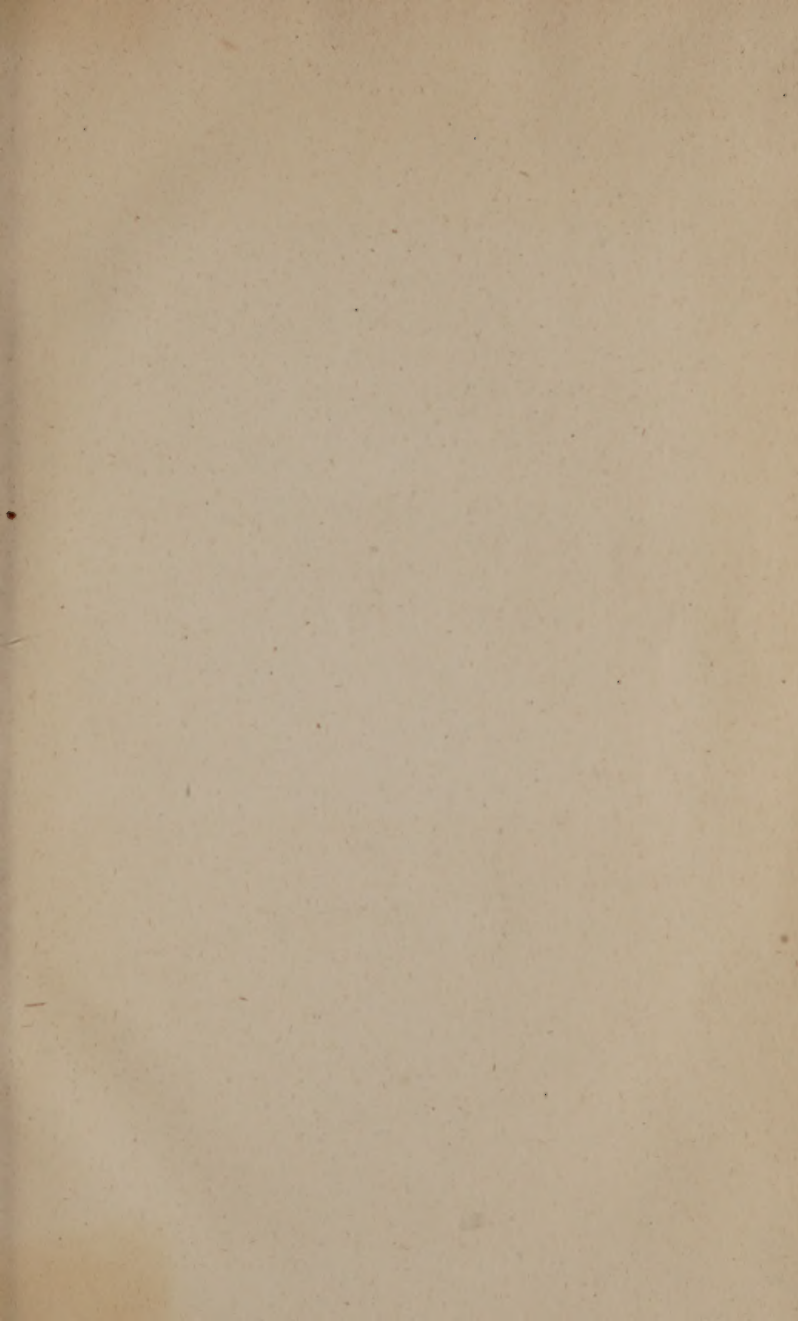
**George Ticknor.**

*Rec<sup>d</sup> Apr. 26<sup>th</sup> 1871*











OBRAS COMPLETAS

FERNAN CABALLERO





RELACIONES

POR FERNAN CABALLERO.

OBRAS COMPLETAS

DE

**FERNAN CABALLERO.**

OPRAS COMPLETAS

DE

BERNARD CABELLERO

# RELACIONES

**POR FERNAN CABALLERO.**

COMPRENDE ESTE TOMO:

JUSTA Y RUFINA.

MAS LARGO ES EL TIEMPO QUE

LA FORTUNA.

NO TRANSIGE LA CONCIENCIA.

LA FLOR DE LAS RUINAS.

EL EX-VOTO.

LOS DOS AMIGOS.

LA HIJA DEL SOL.



MADRID: 1857:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,

calle de Sta. Teresa, núm. 8.

D.160  
103

RECEIVED  
JAN 10 1918

UNITED STATES DEPARTMENT OF AGRICULTURE

WASHINGTON, D. C.

116/80

5.5

...	...
...	...



## PRÓLOGO.

---

Natural parece, al escribir un prólogo para FERNAN CABALLERO, probarse en el empeño de hacer un juicio crítico de este autor, sometiendo á detenido exámen, ora la índole de su talento, ora la importancia de sus obras. Pero si así generalizásemos el asunto de nuestro trabajo, diríase con razon que usurpábamos parte de su terreno á escritores mucho mas aptos, con quienes compartimos la honra de sacar á luz los volúmenes de la coleccion presente. Fuerza es, pues, concretarnos al tomo que tenemos á la vista, y buscar si hay en él algunas circunstancias, de poca ó mucha monta, que dándole carácter propio, merezcan ser aqui mencionadas.

¿Las hay realmente?

Segun la intencion del autor, los escritos contenidos en este tomo forman, en efecto, con **CALLAR EN VIDA Y PERDONAR EN MUERTE**, un grupo aparte en la coleccion de sus obras. Las otras son **NOVELAS DE COSTUMBRES**, mientras que éstas no pasan de meras **RELACIONES**. Y así como en el prólogo añadido á **CALLAR EN VIDA** por religiosa y bien cortada pluma, se fijaron satisfactoriamente los caractéres distintivos de tal linage de composiciones, así ha querido ahora explicarnos el autor en persona lo que al escribirlas se ha propuesto. He aquí sus propósitos. Ha querido trazar *calamo currente* algunos desenfadados rasgos, para tornar con mayor apacibilidad á sus delicadas y prolijas labores, á sus análisis del corazon y á sus investigaciones psicológicas. La pluma acostumbrada á deleitarnos desarrollando en lenta gradacion *afectos y caractéres*, necesitaba distraerse, reduciendo todo su quehacer á ser atropellada narradora *de sucesos*. Tal es el sello con que, entre los demas, quiere distinguirse el volumen hoy ofrecido al público. En otras obras, aspiraba el autor ante todo á reproducir con bellas tintas la verdad, sorprendida á fuerza de concienzudos estudios: ahora juzga que puede—¿quién lo diria?—*emanciparse de la estricta pro-*

*babilidad*, tendiendo, como tienden, estas RELACIONES á *causar efecto*. (1)

—¡Oh sorpresa! El autor de la *GAVIOTA* abandona tambien sus serenas regiones, para descender al resbaladizo terreno de los novelistas vulgares! Se echa á caza de *efectos*, y para conseguirlos, ni aun el desentenderse de la *estricta probabilidad* le arredra! Aquella sensatez instintiva, y aquella exquisita gracia, y aquel horror de lo ampuloso, y aquel característico desden de todas las bellezas convencionales, habrán de codearse en la calle con el *savoir faire* del folletínista, que arma su tinglado, y rompe en contorsiones para divertir á los transeuntes! ¡Tan fuerte es la tentacion de gustar el fruto prohibido, que no halló resistencia ni aun en ese juicioso ingenio, ni aun en esa purísima fantasía! —

No hemos dicho tanto. Tranquilízense, pues, los asustadizos y desengañense aquellos á quienes pudiera ser grato ver enriquecido con un nombre más el catálogo de los maestros zurcidores de emociones fuertes, espeluznadoras, rufianescas, ó sentimentales. Precisamente lo que dota de particular

(1) «Las RELACIONES pueden en favor de su tendencia á causar efecto, emanciparse con más desenfado que las novelas de costumbres, de la estricta probabilidad, sin adular su esencia, sin faltar á su objeto.»—Así dice el autor en las DOS PALABRAS que dirige al lector en este mismo tomo.

interés á este tomo es el presentar patente, en cada página, que la vocacion del autor resiste á toda prueba, que su *personalidad* es positiva é inalterable.

Hay que considerar las RELACIONES bajo dos aspectos, para discernir hasta qué punto es capaz FERNAN CABALLERO de consultar los gustos dominantes, al arrojar sus libros como pasto á la voracidad del público. Hay que examinar primero los asuntos, y despues el desempeño.

En cuanto á los asuntos, se puede convenir en que el autor, aun confesándose tímido, (1) ha hecho algunos esfuerzos para cumplir su nuevo programa. Trata de amoldarse á las condiciones del género, ensanchando un tanto la esfera de la *probabilidad* en que accionan sus personajes. No se limita á referir hechos comunes, engalanándolos con las poéticas medias tintas que la observacion y el sentimiento ponen en su rica paleta; ántes procura mantener suspenso el ánimo del lector y difundir corrientes de vida á todas las partes del relato, con la interpolacion de otros sucesos tan interesantes por sí mismos, como por el acierto con que estan presentados. Hechos de

(1) «No obstante,—dice el autor en su advertencia á los lectores anteriormente citada,—aun para la creacion de las Relaciones, nos confesamos tímidos, como tan instintiva é imprescindiblemente apagados á la verdad.»



posibilidad incuestionable como los anteriores, pero de mas bulto, mas extraordinarios en la vida real. Y es fuerza conceder que apénas hay RELACION cuyo argumento no descanse sobre alguna singularidad de semejante especie.

El de JUSTA Y RUFINA versa sobre el trueque fraudulento y poco comun de dos criaturas en la cuna. La diabólica maraña de una mujer, que presenta á los abrazos de su esposo el hijo ageno, como nacido en su propio tálamo, sirve de base á NO TRANSIGE LA CONCIENCIA. Rodean de interés á FLOR DE LAS RUINAS su desenvuelta declaracion de amor al forastero con quien topa en la calle, y las reticencias no ménos singulares que coronan tan atrevido paso: en tanto que la muerte del ventero suspende sobre MAS LARGO ES EL TIEMPO QUE LA FORTUNA nubarrones de sangre, á cuyo maléfico influjo van surgiendo extraordinarios lances que, para producir estrepitosa conmocion en las tablas, solo necesitan que algun mañoso dramaturgo los ponga en diálogo. El Ex-voto es mas que extraordinario; dejándonos entrever la intervencion directa de Dios, marca el tránsito de lo humano á lo sobrenatural. En fin la HIJA DEL SOL avanza todavía en esta senda, y nos cuenta sin ambages, un verdadero milagro. Restan Los dos AMIGOS, en que ni hay hijos falsos, ni damas

misteriosas, ni asesinos transformados en jueces, ni prodigiosas muestras del poder divino: pero aun en esa breve y sencilla leyenda se puede traslucir sin violencia la voluntad de hacer al género algunas concesiones. Y cierto que son acaso las que mas suspenden nuestra mente hasta llegar á la catástrofe. ¡Cómo! FERNAN CABALLERO nos refiere adúlteros amores, y su pluma, constante defensora de las causas buenas, no tiene un rasgo para vengar la Religión ultrajada! ¡Y esparce en torno de tan criminal galanteo las suaves flores de su estilo, que solo pertenecen á los sentimientos lícitos! Mas llega el desenlace, y gracias á esta falta de preparacion, el castigo providencial que sobreviene, sorprende á los lectores con tan inesperado sacudimiento como al mismo que lo sufre.

Así procura FERNAN CABALLERO realizar sus novísimos propósitos. Pero resta la segunda parte. Falta saber si á esta mitad de su taréa, mitad que se elabora con premeditacion, corresponde el desempeño, siempre mas independiente de la voluntad del escritor, y por consiguiente, más espontáneo.

Si el autor de las RELACIONES pudiese cambiar de naturaleza, como cambia los asuntos de sus cuadros; si como pasa en sus pin-

turas, de la virtud al vicio, de lo alegre á lo triste, y de lo comun á lo insólito, pudiese convertir su espíritu alternativamente de exacto en falso, de delicado en grosero, de perspicaz en bizco! ¡Entónces sí que valdria para adaptarse, segun las circunstancias, al instable capricho del vulgo de los lectores! Mas por fortuna, no habiendo variado la índole de su talento, ni de su corazon, ni de su fantasía, el desempeño de cuanto se proponga hacer tiene que llevar ese triple sello. El artífice es el mismo.

El autor es siempre FERNAN. Su originalidad le fuerza á escribir como Dios le dá á entender, segun sopla el viento de su capricho, curándose poco del público, curándose menos del simétrico desarrollo de su asunto, sin otra idea fija que ser siempre cristiano y español, sin mas pretension que arrancar lágrimas ó sonrisas cuando buenamente venga á cuento, tratando, en fin, de aparecer sencillo y huir de la vulgaridad, que consiste en desquiciarlo, abigarrarlo y extremarlo todo.

Así tiembla él, como cobarde criatura, en cuanto sobreviene, empujada por su rápida pluma, una situacion horripilante ó sentimental!.... y de un solo trazo la convierte en situacion tierna, ó noble, ó apacible, dejando chasqueado con tan miserable remate al lector novelero, que ya

se cebaba en su sabrosa presa. Y en tanto los diestros del *oficio*, los que de doctores se precian en esto de saber *sacar* partido, lamentan la impericia del autor y critican las extravagantes salidas de sus personajes:

—Tú, conde de Alcira, ¿cómo nos arrebatas un estrepitoso desenlace, llevándote á la tumba tu secreto?

—Tú, Justa de Villamencia, ¿porqué no reconoces en la iglesia á tu hija moribunda? ¿porqué la ves morir, y te vuelves á casa, y permites ¡cruel! que acabe el cuento, sin prorumpir en el patético grito de ¡*Hija mia!*

—¿Tan faltos estaban de gacetillas los periódicos de Nueva York, que no has podido menos de marcharte á morir oscuramente en un garito americano, oh Juan Luis Navajas?

—Y tú, Gaspar Camas, ¿en nombre de qué principios del arte novelesco, te limitas, como un Cura de aldea, á cumplir heroicamente tu deber, y armar el menor ruido posible en la accion donde figuras? Jamás nos pagarás la magnífica escena de que, oyendo silencioso en confesion al asesino de tu Padre, miserablemente nos defraudas. O ya que te empeñaras en ser interesante por esas clericales pequeñeces, orlaras á lo menos tu túnica de mártir del sigilo sacramental con



randas y ribetes de melodrama! Hubieras escrito tú el FUGE, LATE, TACE, que libra á tu ofensor de la justicia: ó vinieras adrede de las Indias para auxiliar en el camino del suplicio á tu inocente hermano. Asi se fabrican las *emociones fuertes*.

—Y vosotros, muchedumbre de seres episódicos que pululais al calor de una vehemente fantasía, como insectos á los rayos del sol tropical: Mister Hill, Mister Hall, Mac Juana, la Ex-administradora, viejas que cuentan cuentos, chiquillos que echan relaciones; gatos, perros, gallos, grillos, cabras, ¿qué venis á hacer aquí? ¿Qué derecho teneis para embargar la mitad de estas páginas con pueriles acciones é insulsos dichos que nada añaden ni quitan al *interés* de la fábula, ni á la sabia *concatenacion* de los sucesos? Jamás se ha visto un modo semejante de hacer novelas!—

Y asi es la verdad. ¡Rebelde naturaleza tiene este novelista! ¡Pensar que, con un poco de sumision á sus pedagogos, podria literalmente abrumarnos á fuerza de sensaciones enérgicas, y enseñarnos por añadidura que una Madre debe conocer al fruto de sus entrañas aunque nunca le haya visto; que un Padre, á quien su esposa engaña, tiene obligacion de contárselo á los chicos;

que el Cura que cumple humildemente su deber es un menguado; y que todo asesino que se deja asesinar hace mal, siempre que esto suceda en los Estados-Unidos, entre tantos y cuantos grados de latitud norte! ¡Pensar que está desperdiciando, llevado de no sé qué amor á lo verdadero y lo sencillo, una ocasion más de predicar al mundo que el sentimiento del deber es fastuoso, la virtud amanerada y cacareadora, la sensibilidad sentimentalismo, la verdad novela, y Dios justiciero un calculador de efectos! Pero... ¡vaya Vd. á corregir al bueno de FERNAN CABALLERO, á quien sus mas encarnizados detractores habrán de conceder, por lo menos, el soberano tédio que le inspiran los triunfos conseguidos por *receta*! Él desciende á la palestra, fiándose en su instinto bueno ó malo, y *esgrime á lo colchonero*, segun la expresion del romance, sin dársele un ardite de todos los *científicos Arquimedes*.

De donde resulta que el tratar en el presente libro asuntos algo diversos de los que en otras ocasiones ejercitaron su ingenio, no ha servido para oscurecer sus cualidades, sino quizás para ponerlas, por el contraste, más en relieve. En momentos en que sufren alguna violencia, es cuando se prueban los instintos bastante arraigados para no cambiar, como veleta, á cualquier

viento. Entonces escupe la víbora su veneno; entonces el noble y elegante habitador de los bosques, el acorralado ciervo, fiel á su innata mansedumbre, alza los ojos al cielo, y llora!

¿Qué importan los peligros á que el autor se arriesga, relatándonos lances maravillosos ó terro-  
ríficos?—La ternura, la sensatez, la gracia, la afi-  
cion á los pormenores bellos, el inocente donaire  
propio de almas alegres y buenas, la naturalidad á  
quien espantan lo campanudo, lo chillon y lo enfáti-  
co, vuelan en torno de la pluma de FERNAN, prodi-  
gándola sus dulces inspiraciones, apartándola de  
groseros tropiezos, impeliéndola ó parándola á su  
antojo. Y en vano se aventuraria la imprudente  
en empresas cien veces mas análogas á las de los  
novelistas al uso; porque esos geniecillos benéfi-  
cos, pese á los esfuerzos de su protegida para  
hacer *efecto*, habrian de entonarla el cantar viejo:

Si os pesa de ser querida,  
yo no puedo no os querer:  
¡pesar habeis de tener  
mientras os dure la vida!

De suerte que las mas sábias averiguaciones  
acabarán por dejar establecida, acerca de este vo-  
lúmen, la siguiente verdad:—Se parece á los an-  
teriores como un hermano á su hermano gemelo.

Cuando más, recordará por la gentileza del contraste entre algunos de sus incidentes y el tono general que en él domina, aquellos cuadros á la manera de Watteau, en que se figuran mofletudos niños cargados de arréos soldadescos, ó de diplomáticos pelucones, discutiendo en grave actitud, ó manejando arrogantemente la espada.

¿Se quiere que hablemos ahora de los desaliños de frase, ó de la languidez, hija de su candor, á que á veces propende este amable ingenio? Eso no lo harémos nosotros, que por las razones expuestas al principio, tenemos que irnos á la mano en el estudio de sus buenas cualidades.

Preferimos concluir convirtiendo la vista á lo que constituye el principal mérito de FERNAN CABALLERO. Escritas por sábios y respetabilísimos sacerdotes (1) tenemos delante cartas, en que se leen los renglones siguientes:

«Estoy enamorado de la fé de FERNAN: el celo y la caridad brotan de su blanda pluma.»

«Casi me atreveria á adivinar que algunos de los toques que mas embellecen sus obras, le han sido inspirados orando.»

Y añade otro:

(1) El temor de ofender su modestia, nos obliga á callar el nombre de las personas á quienes se deben estas cartas. Todas fueron dirigidas á un amigo nuestro, y no al autor, que nada supo de ellas, ni sabe ahora que están en nuestro poder.

—«Si me hallase dotado de los talentos del autor, me dedicaria decididamente á escribir en este género, del mismo modo y en la misma forma que él lo hace. Y esto aunque fuese omitiendo algunos ejercicios de mi santo ministerio. ¡Tan persuadido estoy del incalculable fruto de novelas escritas como el *Ex-voto*!»

Consolador es pensar que, cuando tantos escritores sin conciencia, y tantas sentimentales escritoras obtienen tristes triunfos trastornando las mas claras nociones de lo bueno y de lo malo, adulando las pasiones bastardas y envenenando las creencias, única fuente de felicidad humana, hay almas escogidas que, en premio de su celo por el bien de sus semejantes, merecen recibir de los ministros del Señor tan lisonjeros estímulos y tan expresivos encomios.

A esos autorizados testimonios ¿qué fuerza añadirían nuestras insignificantes palabras? ¡Dichoso aquel que puede, trenzando las lozanas flores de su ingenio, formarse una guirnalda con que entrar coronado en el cielo! ¡Dichoso aquel de quien,—como de FERNAN CABALLERO,—se puede decir indistintamente que sus obras son buenos libros y buenas acciones!

EDUARDO G. PEDROSO.





## DOS PALABRAS AL LECTOR.

---

Las composiciones que los franceses y alemanes llaman *Nouvelles*, y que nosotros, por falta de otra voz mas adecuada, llamamos RELACIONES, difieren de las novelas de costumbres (*romans de mœurs*) que son esencialmente análisis del corazón y estudios psicológicos) en que se componen de hechos rápidamente ensartados en el hilo de una narración; esto es, en que son *aguadas* en lugar de miniaturas como las antedichas.

Las Relaciones pueden, en favor de su tendencia á causar efecto, emanciparse con mas desenfado que las novelas de costumbres de la estricta probabilidad, sin adulterar su esencia, ni faltar á su objeto.

No obstante, aun para la creacion de las Relaciones nos confesamos tímidos, como tan instintivamente é indesprendiblemente apegados á la *verdad*, de la que decia Diderot; —si bien con un símil que no hubiéramos hecho nosotros — «que es la trinidad en las artes, dimanando de ella el *bien*, que engendra lo *bello*, que es el espíritu santo.» Ciertamente es que en lo *verdadero* cabe mucho; pues así como para las cosas espirituales nos muestra aquel sublime y resplandeciente campo que ha hecho Dios, el cielo y cosas celestiales; muestra también inmensurables abismos de culpas y desastres, que han hecho los hombres. Allí sol, luz, paz, pureza y bendiciones; aquí sangre, delitos, gemidos, y blasfemias! Allí la misericordia y la compasión; aquí la crueldad, la soberbia, el odio y la venganza! Esta reflexión que hemos hecho, nos recuerda que á algunos les parece que están las nuestras de más en lo que escribimos. Mas no por eso las dejaremos de hacer; puesto que entendemos que es la ética parte tan esencial en la novela, que si esta le faltase, podría colocársela en la categoría de un culto, fino *Tutti li mundi*.

Hásenos echado en cara también el hablar de Dios con respeto y énfasis. A lo que solo opondremos la sencilla reflexión, que en parecidas circuns-

tancias hizo un antiguo autor: «¡como sino se pudiese decir de las buenas doctrinas, mejor que del dinero, que siempre vienen al caso!»

No podemos menos de citar aquí unas palabras del periódico *La Esperanza*, en su número del 6 de enero de 1855: «Más valor se necesita hoy, dice, para mostrar celo por el catolicismo, que para desdeñarlo y hostilizarlo, haciendo ostentacion de indiferencia y de impiedad.»

---





# JUSTA Y RUFINA (1).

---

## CAPITULO I.

Lo bello es lo que agrada á  
la virtud docta y culta.

DE MAISTRE.

Ni los Padres que forman á  
sus hijos segun ellos mismos,  
ni los preceptores que preten-  
den desenvolver solo las incli-  
naciones naturales, logran sus  
fines. De este conflicto eterno  
entre la naturaleza y la vida,  
se puede inferir que hay una  
mano poderosa y oculta, que  
educa tanto á las naciones, co-  
mo á los individuos.

SCHLOSSER.

La vida presente no es sino  
una transicion, una prueba, pe-  
ro no un término.

DESNOIRESTERRES.

(1) Es de notar que en esta *Relacion* no actúan más que  
mujeres, así como en la que le sigue, y lleva por título, *Mas  
largo es el tiempo que la fortuna*, actúan únicamente hombres.

La hermosa y distinguida Marquesa viuda de Villamencía, sentada en el cierro de cristales de su gabinete, fijaba su triste y lánguida mirada en su hija, que en medio de la habitacion estaba jugando con otras criaturas de su edad. Esta niña, que tenia cinco años, era el tipo de una pequeña *wilis*, con su tersa y alba tez y sus rubios cabellos, que flotaban en gruesos rizos sobre sus espaldas desnudas; las miradas de sus ojos azules eran tan dulces, que se volvian tristes cuando se fijaban. No siempre es dulce la tristeza; pero la dulzura por lo regular es triste, puesto que siempre se siente oprimida por la fuerza, ó lastimada por la soberbia, ó herida por la dureza, ó acongojada por la lástima.

Frente á esta niña habia otra como de siete años, cuyo tipo era vulgar. Su rostro era basto y moreno: sus ojos negros y grandes hubiesen sido bellos, si la mirada audaz, curiosa, sostenida y molesta que les era propia, y que con desenfado clavaba su dueña en cada persona y en cada objeto, no los hubiese hecho sobremanera desagradables y repulsivos.

Al lado de la Marquesa estaba sentada una de esas personas, de que con tanta propiedad se ha dicho, que quitan la soledad y no dan compañía: entes pesados, inoportunos, que abruman y fatigan como el calor; ¡y tan nécios que no lo conocen! Era esta una señora, viuda hacia muchos años

de un administrador de loterías, el que al casarse con ella, se habia adjudicado á sí mismo el premio grande. Dicha señora conocia á la Marquesa desde jóven, y la trataba, no solo con la confianza que se tomaba en todas partes sin que se le diese, como una instintiva y genuina socialista, sino tambien con cierto aire é ínfulas preceptorales.

—¡Válgame Dios, Marquesa, le dijo. Siempre estás triste! Si es porque se murió tu marido, ¿eso ya qué remedio tiene? Si es porque tu hijo es un cena á oscuras, es hácia la cola y no quiere estudiar, consuélate con que no es el solo de su jaez: si es porque te sientes enferma, tampoco es ese un motivo para estarlo, porque las gentes enclenques viven tanto ó mas que las robustas.

¡Qué don de decir cosas desagradables tienen algunas personas! ¿Don dijimos? Pues dijimos mal. Debimos decir *falta*: falta de educacion, falta de finura, falta de delicadeza, falta de benevolencia, y sobre todo, falta de bondad! El primer *deber* (ya que *impulso* no sea) que tenemos en nuestras relaciones con el prójimo, es pensar bien de él; la primera regla de finura y de delicadeza en el trato social, es demostrárselo así. Los malévolos juicios y su grosera expresion, denominados hoy *mundo* y *franqueza*, conseguirán al fin el que sea nuestra sociedad mil veces peor y mas díscola que la de los Hotentotes. ¡Y se habla mucho, mucho, de cultura y

civilizacion! sí, ¡como el ciego, de los colores!

La Marquesa, que era una muger fina, se contentó con responder al impertinente apóstrofe de la administradora:

—Me duele la cabeza.

—Ya, repuso la visitadora; no es extraño; con el ruido que están haciendo esas niñas!....

—¡Pues si apenas hacen ninguno! dijo la Marquesa; además, si lo hiciesen, no me molestaria: la presencia de mi hija es todo mi encanto, toda mi alegría, todo mi recreo.

—¡Anda con Dios! repuso la viuda, en lo que concierne á tu hija; Justita es una buena niña, dócil y bien mandada. Pero lo mismo toleras á esa Rufina, que bien se la puede decir Rufiana, tan suelta de ademanes como de lengua, tan mal encarada como caridelantera. No sé cómo la puedes sufrir á tu lado, ni tolerarla al de tu hija.

—La he criado á mis pechos, respondió la Marquesa; y quizás por eso le deba la vida, pues cuando nació muerto mi penúltimo hijo, la subida de la leche me puso á morir.

—¡Por cierto que tuvieron buena ocurrencia entonces, de traer para que la criases, una criatura del hospicio! dijo ágricamente la áspera viuda.

—Yo así lo exigí por muchas razones, señora.

—¿Y cuáles eran estas? ¿me lo querrás decir? Pues no acierto cuáles pudiesen ser.

—La primera, contestó la Marquesa, fué la se-

guridad de que no pudiesen arrebatarme mas adelante la criatura que habia alimentado á mis pechos. La segunda fué hacer una obra de caridad, dando Madre al pobre ser que no la tenia.

—Esos sentimentitos, dijo la ex-administradora, son muy bonitos impresos en novelas. Pero en la práctica lo que dices es cháchara, y no se puede uno en el mundo guiar por ellos, pues hacen cometer imprudencias que luego pesan.

—Pero, señora, (dijo la Marquesa al fin, cansada del atrevimiento de una persona que tan ágríamente compensaba los beneficios que de ella recibía, y con tanta inconveniencia le reprendia la caridad que con otro ejercitaba)—lo que estáis diciendo son vulgaridades sentenciosas, que son las mas insoportables de todas; axiomas á lo Sancho Panza; fallos infalibles de escalera abajo. Si para hacer el bien,uviésemos una seguridad de que de ese bien nos resultaria provecho, ¿dónde estaria el mérito de hacerlo? Cada dia vemos á los pobres sacar niños del hospicio, apegarse á ellos, prohibarlos y amarlos como propios. ¡Triste es decirlo! añadió la Marquesa suspirando; pero el pueblo nos da continuamente ejemplos de caridad. Los ricos somos los que no conocemos la verdadera generosidad, puesto que esta no consiste en dar una moneda, sino en hacer el bien sin cálculo. ¡Qué perfectamente ha dicho Balzac, que la »avaricia empieza donde acaba la pobreza«



—¡Toma! contestó la viuda, los pobres lo hacen, porque cuando son mayores los niños, les ayudan con su trabajo.

—¡Señora, por Dios! cuando esos niños son mayores, ó salen soldados, ó se casan; bien lo sabeis.

En seguida se dibujó en el rostro de la Marquesa una amarga sonrisa, y añadió á media voz como hablándose á sí misma: ¡No hay flor en la naturaleza material, que no marchite el solano; ni hecho noble y generoso en la naturaleza moral, que no aje la malevolencia!

—Mucho habria que decir sobre esto, repuso acerbamente su interlocutora; lo que únicamente te diré es que has de sentir y llorar lo que has hecho.

—Podrá ser, dijo la Marquesa: un autor francés ha dicho, que el diablo se venga siempre de una buena accion.

—Esa muchacha, prosiguió la hostil y cansada viuda, es mala *de nativitate*. Nadie la puede ver; y acabará por echar á perder á tu hija.

—El cuidado de que esto no suceda, será mio, dijo la Marquesa con frialdad. Señora, si os parece, hablemos de otra cosa.

Ambas señoras, poco satisfechas la una de la otra, habian callado, pues la una sentia su malevolencia derrotada, y la otra su delicadeza ofendida.

Las niñas en este momento jugaban puestas en círculo, á un juego de prendas. Rufina, que tenia

don de mando, habia puesto el juego diciendo:

—Ahí está señá Mariquita Gil.

A lo que, segun la regla del juego, contestó su vecina:

—¿Quién es señá Mariquita Gil?

Respondió en seguida Rufina señalando á la viuda:

—La que tiene la boca así, el ojo así.

Y puso torcida la boca, y el dedo en la mejilla, tirando su párpado hácia abajo, con lo cual quedó hecha una vision, y algo parecida á la viuda, que tenia efectivamente, segun la voz vulgar, un ojo remellado.

—¿Y no sabes tú, desvergonzada, dijo encolerizada la remellada señora, que notó el insolente ademan de Rufina, no sabes tú la máxima que á este juego se adapta y añade? Pues óyela:

Tuerce la boca hasta el mal  
Quien del prójimo murmura;  
Es lince para mis faltas,  
Y topo para las tuyas (1).

Cada niña debía hacer y decir otro tanto, sopeña de pagar prenda, y era llegado el turno á Justa; pero la niña se negó á poner la boca así y el ojo así. Rufina insistió en que hiciese lo que habian hecho las demás, amenazándola si no lo hacia, con que no jugaria mas con ellas; y la niña, afligida por

(1) Juegos de Noche-Buena, moralizados por Alonso de Ledesma.—Madrid, año 1611.

la amenaza, se vino á refugiar en su Madre, en cuya falda se echó diciendo con el modo gracioso de pronunciar de los niños: *¡yo no quiero poneme tan fea!*

—Que concluya este juego, dijo severamente y con marcada intencion la Marquesa á Rufina. Niñas mias, añadió dirigiéndose á las otras, decid relaciones, que es mas bonito, y os ejercitan en la pronunciacion.

Presentóse primero Rufina, erguida y haciendo quiebros, diciendo la siguiente relacion, que concluyó con una profunda y grotesca cortesía:

Yo soy Doña Ana de Chaves,  
la de los ojos hundidos,  
casada con tres maridos;  
todos fueron capitanes:  
murieron en las milicias  
donde murieron mis Padres,  
dejándome por herencia  
manos blancas y ojos negros:  
Beso á Vd. las suyas, señor caballero.

Siguió á Rufina en la palestra, una morenita gordilla y colorada, que apenas sabia hablar; pero que no obstante recitó, haciendo de apuntador al principio una hermanita suya algo mayor:

Aquí vengo no sé á qué  
con mi barba de conejo:  
*¡ay!* quien se comiera un viejo  
que fuera de mazapan!  
ehé, ahá!  
como soy tan chiquita, ya no sé mas.

Ahora era llegado el turno á Justa de decir su relacion; pero como era tímida, volviõse á negar, alzando su angustiada carita, que se habia puesto encarnada como una rosa, y sus ojitos arrasados de lágrimas, á su Madre, como para implorar su auxilio.

—¿Porqué no quieres hacer como las demás, hija mia? le preguntó su madre.

—Porque no *sabo*, no *sabo*, respondió la niña con la respiracion agitada.

—Si sabe, sostuvo Rufina.

—¿Y porqué se ha de forzar á la niña á hacer lo que no quiere? dijo la viuda, mas bien por contrariar á Rufina, que no por favorecer á Justa.

—Para que sea dócil y no se particularice nunca, y menos por incomplacencia, contestó la Marquesa: vamos, hija mia, dí una relacion.

—Si no *sabo* relacion, repitió la niña haciendo uno de esos graciosos visajes, á los que se ha dado la denominacion infantil de *pucheros*.

—Pues dí una oracion, dijo su Madre; así probarás tu buena voluntad en obedecer.

—¿La que digo cuando estoy en la cama?... preguntó la dócil niña.

—Bueno; que sea esa, repuso su Madre.

Entónces dijo la niña pronunciando graciosamente á medias palabras:

A acostarme voy  
Sola sin compaña:

La Virgen María  
Está junto á mi cama; (1)  
Me dice de quedo:  
—Mi niña, reposa,  
Y no tengas miedo  
De ninguna cosa.

(1) Probablemente debería leerse para conservar el verso  
«Junto está á mi cama.» Pero como está la canta el pueblo, y así  
la ha conservado el autor.

---



## CAPITULO II.

Doce años despues de la conversacion referida, habíanse cumplido parte de los pronósticos de la maliciosa viuda, y muchas lágrimas costaba ya Rufina á la Marquesa de Villamencia.

¡Cuánto se envanece el mundo de sus victorias en sus contiendas con la buena fé y la bondad! Más le valiera llorar sus tristes triunfos, acordándose que ha dicho un pensador moralista francés: «no hallo vergüenza en ser engañado por alguno; pero la tendria de desconfiar de todos.»

Desde que los malos instintos de Rufina se habian desarrollado en escala mayor, y de manera que nada bastó para contenerlos, habia cuidado la tierna Madre de Justa de poner gran distancia entre ambas jóvenes; puesto que la Marquesa procu-

raba principalmente conservar pura el alma de su hija, no solo de toda mancha, sino de todo lo que pudiese ajar la blanca túnica de su inocencia. Creía que no era tal ó cual de los siete vicios capitales el que debia quedar de toda mente pura en lontananza, y como un mónstruo medio fantástico; sino todos; pues todos, vistos de cerca, rebajan el alma de su altura; todos ajan la delicadeza del sentir; todos empañan la clara transparencia de la inocencia; todos profanan los floridos espacios de la imaginacion, y todos van desprestigiando la vida real, como las negras y pesadas nubes que van empañando el éter y apagando las estrellas. Asi es que vemos con dolor á tantos que son jóvenes, bellos, y ¡Dios mio, hasta poetas! echar con alma vulgar, vieja y materialista, su triste y escéptico fallo sobre lo *imposible* de una vida pura, abstinerente, desprendida, humilde, benévola, activa para el bien y sufrida para el mal, y hacerse con los siete vicios contrarios una corona de hediondas y envenenadas flores, con la que se coronan y sientan al banquete de la vida!—Pero por suerte existe hoy una inmensa reaccion. En los hombres, y sobre todo entre los jóvenes, hay infinitos que van formando una aristocracia de virtud y religion, y es de esperar que no esté lejos el dia en que el cinismo del vicio caiga en la abyeccion y en el ridículo en que ha caido ya el viejo cinismo antireligioso, ese cinismo que nada define mejor que una palabra andaluza que no está

en el diccionario; pero de la que por expresiva y adaptable no podemos menos de valernos en esta ocasion; esa palabra es *cursi* (1).

No podemos definir á Justa mejor sino diciendo que en ella nada sorprendia; pero que todo atraia, admiraba é inspiraba simpatía. La innata bondad y elevacion de su alma la habian llevado á extrañarse de su mala compañera de infancia, sobre todo desde que vió que su Madre lo deseaba. Porque Justa tenia la primera virtud religiosa en relacion con lo humano; tenia el primer y mas puro amor de un hermoso corazon; poseía el principal distintivo de una perfecta educacion, no á la francesa ni á la inglesa, sino de toda educacion sólida y cristiana, esto es, era *buena hija*. Para Justa no habia nada en el mundo que contrabalancease el amor santo á la Madre que le dió el ser, y la crió á sus pechos; ningun respeto en lo humano que superujase al que le inspiraba aquella Madre, dechado de virtudes. Esta veneracion, este entrañable amor, esta sumision sin límites, que tenia y en todas ocasiones demostraba Justa á su Madre, hacían de ella la jóven más simpática, más querida y más admirada de la ciudad. Y cuando estos sentimientos se demostraban en los mil elogios que siempre acom-

(1) *Cursi* se llama especialmente en las provincias del litoral de Andalucía á lo que es estrafalario, y de mal tono. (*Nota del E.*)

pañaban el nombre de Justa, decian las Madres á sus hijas: «No promete el Señor á los que aman y »honran á sus Padres solamente la eterna vida, si- »no que les bendice en ésta, y á su bendicion aña- »de la de los hombres. Debe pues ser la primera »virtud y la más aceptable á Dios, pues es la más »premiada.»

¡Oh! ¡cuán cierto es esto! Pero, por el contrario, cuando en las familias engendran la soberbia y otros vicios el mónstruo *emancipacion*, y cuando este se planta como contrario ante la autoridad paterna ó materna, repeliendo con el pie el respeto, la sumision, la obediencia y todas las virtudes filiales, ¡ay de aquella mansion! De ella huyen al punto el aprecio, la consideracion, y el elogio de los hombres, ese tributo que forma la *buena fama*, ese galardón que no dan al rico ni su dinero ni sus aduladores; huye la felicidad, huyen los penates, que ven marchitas sus coronas, y huyen del hogar doméstico los ángeles de la paz, cuya presencia tan dulce lo hacía! Y solo quedan allí, en lugar de estas felicidades ausentes, la severa reprobacion de Dios, que podrá perdonar al arrepentido, y la de los hombres, que no perdona nunca!

Definir los malos instintos de Rufina sería prolijo. Más corto es decir que los tenia todos; sobresaliendo entre ellos la soberbia, la envidia y la crueldad. Era, segun la expresion de un autor francés, «una mata de espino:» no se rozaba nadie con

ella sin herirse las manos ó desgarrarse el vestido. Cuando niña, el placer que hallaba en atormentar á los animales, indicaba claramente esta última perversidad, y fué lo primero que desunió á estas niñas tan diferentes. La Marquesa fomentaba la bien entendida y exquisita sensibilidad de su hija; y cuando sus amigos la reconvenian por esto, y hallaban mas acertado comprimirla advirtiéndole que de esta suerte seria mas feliz, porque el que con todos llora, se queda sin ojos, la Marquesa daba á estos vulgares y triviales axiomas esta magnífica respuesta: **PREFIERO QUE MI HIJA SEA BUENA A QUE SEA FELIZ (1).**

Más tarde, el afán de Rufina por componerse y ser vista indicó su vanidad y descaro; y su hostil competencia con la suave y bondadosa Justa denotó su orgullo y envidia. El primer ensayo en su vida de liviandad, fué el seducir y atraer al joven Marqués, que era tímido y corto de luces, é indisponerle con su Madre, la que solo pudo evitar un escándalo valiéndose de un hermano suyo que vivia en Madrid; el que mediante á ocupar un alto puesto, y por ser aun el Marqués de menor edad, pudo arrancarle, á la fuerza, de su casa, y traerle á su lado. Este y otros disgustos habian empeorado la salud de la Marquesa, quien al reanudar nuestra

1) Sentimos no atrevernos á decir, por temor de ofenderla, el nombre de la santa, ilustrada y excelente Madre á quien con admiracion oimos esta respuesta.



relacion, estaba cerca de sucumbir al horrible padecer de una úlcera interior que la consumia, y hacia necesaria una asistencia continua, á la que Justa consagraba su vida y su corazon.

Este dia hallamos á la Marquesa blanca cual el alabastro, (como pone á sus pobres víctimas el mal que la devoraba); acostada en un sofá, y mirando con plácida y satisfecha sonrisa á su hija, que de rodillas besaba las albas manos de su Madre.

—Vete á acostar, hija de mi corazon, le decia; que apénas has descansado en la pasada noche.

—No podria dormir, Madre mia, contestó Justa tan de quedo cual si lo que dijese fuera un secreto, y hubiese habido otras personas además de ellas en la habitacion.

—¿Te acuerdas, Justa mia, cuando eras chica, y que acostadita en tu cama no querias dormirte, sino cuando yo te decia: me complaces en dormir? Cerrabas entonces tus ojitos, y un minuto despues sonreias en sueños al ángel de la obediencia, que venia á cubrirte con sus alas.

—Sí que recuerdo, Madre mia, y la oracion que me enseñasteis para quitarme el miedo.

Verdad es que eras medrosilla, y me decias cuando la noche estaba oscura: Madre, cerrad la ventana; que *entra miedo*.

—Pues aun me quedan ráfagas de ese miedo instintivo de los niños. Temo alguna vez con angustia; y si lo que temo no tiene nombre, y no es ni

el *cancon* ni el *coco*, es lo que me amedrenta objeto tan indefinido y tan temeroso como aquellos.

—Pues si no precisas la causa de tu temor, ¿qué te amedrenta, sensitiva mia?

—Temo *al mal*, de cualquier forma que se pueda presentar, Madre. Temo que llegue á mis oídos un gemido, á mi vista un horror, pues ambas cosas abundan tanto en el mundo! Así es, que siempre sigo rezando aquella oracion, que paraba los latidos de mi corazon, cerraba suavemente mis ojos, y traia entonces, como ahora, á mis labios la sonrisa que recordais; y digo con tanto fervor y confianza;

A acostarme voy  
Sola sin compañía:  
La Virgen Maria  
Está junto á mi cama;  
Me dice de quedo:  
—Mi niña, reposa;  
Y no tengas miedo  
De ninguna cosa.

—Entónces, como ahora, eras obediente, dijo la Marquesa; y ahora mas que entónces, me complaces en descansar y dormir.

—Madre, entonces nada ahuyentaba mi sueño; pero ahora estais mala.....

—Me encuentro hoy mejor.

—Entónces, Madre mia, dijo aun mas de quedo

Justa acercándose al oído de su Madre, no tenia en qué pensar.

—Ya entiendo, ya entiendo, le interrumpió su Madre sonriéndose. Pero ya que tú no eres presumida, quiero en esta ocasion serlo por tí, y procurar que cuando él venga esta noche, no te halle marchita como una flor de estío, sino fresca como lo que eres, una rosa de abril.

—No me quiere por mi buen parecer, Madre mia.

—Lo sé; ¡líbrete Dios de inspirar un amor solo debido al buen parecer! amor superficial y frívolo, amor de ojos y no de corazon, que podria desvanecerse si desmejoraban tu hermosura una enfermedad, un percance, ó el tiempo. Pero, hija mia, el bien parecer es, si no un mérito, una ventaja; es un don de la naturaleza, del que no se debe ni presumir ni abusar; pero tampoco se le debe menospreciar destruyéndolo como hace un niño deshojando una rosa.

En este momento se abrió la puerta, y apareció la Administradora entre aquellas dos hermosas, simpáticas y suaves criaturas, como aparece una abispa entre una rosa blanca y su rosado capullo.

—Ya ves que quedo acompañada, dijo la Marquesa á su hija; vete, pues, á acostar, hija del alma, perenne ángel de mi custodia.

Justa abrazó á su Madre repetidas veces, cubriéndola de besos; saludó á la recién entrada,

puso todas las cosas con primor en su debido puesto, y se retiró.

—¡Válgame Dios, mujer, dijo la Administradora sentándose cómodamente en un sillón;—¡fuerte cosa es, que sepan los amigos por fuera las novedades de tu casa, y que no los encuentres acreedores á participarles lo que todo el mundo sabe! ¿Con qué... se casa Justa?

—Verdad es; pero aun no he dado parte á nadie, respondió la Marquesa.

—Acabo de saberlo en casa de Velez, prosiguió la viuda;—¡buena boda hace! dijo el marido. Es con Pepe Arce, hijo único de un padre millonario. ¡Qué suerte han tenido esos Arces, y dónde han llegado: con solo saber sumar, y sobre todo multiplicar! Es, á no dudarlo, el mas rico capitalista de la ciudad.—Y como nada les queda que desear, añadió la mujer, sino sangre azul, por eso casan al hijo con la hija de la Marquesa.—Tanto más, dijo la suegra, que si muere el primogénito, será Justa la heredera del título y del caudal.

—¡Válgame Dios! exclamó la Marquesa, —herida tanto por la hostilidad del juicio, como por la indelicadeza en repetírselo, —¡válgame Dios! ¡cuántos y qué lejanos cálculos atribuyen y ven los extraños en un casamiento, sola y exclusivamente debido á la mútua inclinacion de los jóvenes, que en nada han pensado sino en amarse y ser felices, cuando este amor es sancionado por sus Padres!

—¡Qué amores, ni qué amores! ¿Por ventura estamos en tiempos de oscurantismo? Hija, hoy día tenemos muchas luces; y á su resplandor se calcula que es un contento. No hay mas que cálculo, nada mas.

—Repito, señora, repuso la Marquesa, que ninguno hay en esto. Sabeis que D. Bruno Arce es, hace muchos años, amigo de la casa, y que me visita todas las noches. Cuando volvió su hijo de sus viajes, le trajo á verme como era regular. Pepe siguió viniendo, porque le atraía Justa; la amó; ella le correspondió cuando se lo permití; lo que hice gustosa en vista de las excelentes prendas de Pepe; y este espontáneo é inocente amor, es la sencilla causa de su union. ¡Y el mundo le halla, en lugar de esto, cálculo, diplomácia, y miras ulteriores!!! Señora, quien no tiene sino un rasero para medir las cosas, no debe juzgar sino de aquellas que son á la medida del rasero.

—No digo que aquí no haya malas lenguas, dijo la viuda. ¡Jesus si las hay! En un instante dejan á San Juan sin manto, á San Sebastian sin camisa, y á San Bartolomé sin pellejo: yo no hago sino repetir lo que oigo. Es regular, añadió la entremetida viuda, que venga tu hijo á la boda de su hermana.

A la Marquesa la mortificó esta pregunta, que con ese fin se habia hecho, y contestó con frialdad:

—No vendrá, puesto que en consideracion al estado de mi salud, esta boda se va á hacer pron-



to, y sin ninguna clase de aparato. Aunque mi pobre hija lo ignora, yo sé que me restan pocos dias de vida, y deseo, al morir, dejar casada á la hija de mi alma.

—¡Ya, ya! si no viene el Marquesito, insistió la áspera viuda, yo bien sé el porqué. Pero todo el que no sepa la verdadera causa, lo extrañará. ¡Bien te lo predije! Ahora quiero prevenirte cosas que suceden, y que tú, enferma y encerrada como estás, ni puedes saber, ni puedes evitar. La linda alhaja de Rufina, despues de haber tendido cuantos lazos ha podido á Pepe Arce, le ha dado citas en nombre de tu hija, en las cuales, en lugar de Justa se halló con ella. Rechazada por Pepe del terreno amoroso, se lanzó al sentimental, asegurándole que era la criatura mas desgraciada bajo el despotismo de tu hija y el tuyo. Hallando sus quejas incredulidad, asi como sus provocaciones habian hallado desvío, humillado su amor propio, exaltada su envidia, pateando de soberbia al reconocer la impotencia en que estaba de satisfacer sus perversos anhelos, ha escrito un anónimo á Pepe Arce, en el que con inconcebible audacia le dice, que no es él el primer amor de tu hija.

Todo esto lo sé por el ama de llaves de la casa de Arce, que sabe cuanto pasa entre el Padre y el hijo, merced á que es curiosa y escucha detrás de las puertas. Y aunque tanto D. Bruno como Pepe se han reido de esto, yo te lo participo, para que

sepas de todo lo que es capaz esa serpiente que has criado en tu seno.

La Marquesa se habia puesto, si es posible, aun mas pálida de lo que lo estaba habitualmente.

—No, no, no puedo creerlo, dijo con desfallecida voz. Señora, siempre habeis aborrecido á esa muchacha, y repetís calumnias de tal magnitud, que solo la malevolencia puede darles crédito.

—Pues aun hay más, —prosiguió la noticiera, sin cuidarse del efecto que estaban produciendo sus crueles revelaciones en la pobre enferma; —aun más. Exasperada Rufina al ver que Justa teniendo dos años ménos, se casa antes que ella, se ha puesto su señoría en relaciones, y se va á casar con un paseante en córtés, tahur, truhan, sin oficio ni beneficio, (pero con muchas trampas), bien vestido, (gracias á estas), al cual ha hecho creer que es hija de tu marido, y que por lo tanto tu familia nunca puede desampararla.

Al oir esta última revelacion, la Marquesa cerró los ojos, y dejó caer su cabeza sobre los cojines del sofá.

La viuda dió voces. ¡Por Dios! ¡por Dios! murmuró la enferma, ¡que nada sepa mi hija, esa inocente! Lanzó un débil gemido, y perdió el sentido.

Al oir las voces de la viuda, Justa se habia echado un peñador blanco, y con su magnífica cabellera suelta habia acudido desolada y temblorosa, y se habia arrodillado junto á su Madre. Rufina,

compuesta y ataviada, habia venido tambien, asi como algunas criadas, y ambas jóvenes prodigaban sus cuidados á la exánime Marquesa, la primera; bañada en lágrimas como el amor que sufre; la segunda, impasible, como la impermeable indiferencia.

—Cuídala, cuídala, dijo á esta última la implacable viuda; pero híncale como Justa sin temor de ajar tus faraláes, á ver si te deja algo en su testamento.

—Lo hará sin eso, pésele á quien le pesare, respondió Rufina con descoco.

—Lo que te dejará, y debe dejarte, es su bendicion.... por lo que la mereces, repuso su antagonista.

Ocho dias despues de la escena referida, por expresa voluntad de la Marquesa, se unian sin ruido ni boato Justa y Pepe Arce.

Aquel mismo dia, y como para acibarar la última satisfaccion que en este mundo habia de disfrutar la buena Madre, desaparecia Rufina de la casa para unirse á su indigno pretendiente.

Al mes yacia la Marquesa en su féretro, blanca y fria como la nieve que va á absorber la tierra.

Al lado del féretro mezclaba Rufina su mentido é hipócrita dolor con las bellas y sinceras lágrimas de Justa, y obtenia, á favor de su falso desconuelo, que Justa le perdonase su loca conducta y disparatado casamiento.

Tres meses despues el marido de Rufina, harto de ella, desengañado de la falsedad de sus asertos, perseguido por deudas y otras fechorías, despues de disipar la manda que dejó la Marquesa á su mujer, habia desaparecido.

---

### CAPITULO III.

Su disparatado casamiento, y las desgracias que de él dimanaron, su loca y desordenada vida, y el incesante hervidero de sus malas pasiones, habian en poco tiempo marchitado el rostro y disecado las formas juveniles de Rufina, y acabado de agriar su carácter. Otra cosa contribuia poderosamente á esto, y eran los remordimientos, que son en el corazon lo que las canas en la cabeza; á pesar que las tiña el arte del sofisma, el tiempo que es la verdad, vuelve á tornarlas mustias y descoloridas, y el tinte á nadie engaña. Si las arranca la presuncion y el despecho, vuelven á nacer. Asi los remordimientos, ese íntimo convencimiento de que hemos obrado mal, no se pueden sofocar por más que se aparente. El incontestable derecho que



tiene cada cual de motejarnos, sin que se lo pueda impedir nuestro orgullo, nuestra posicion, ni nuestro dinero, es un torcedor, un buitres, que como el de Prometéo, nos roe sin cesar ni descanso. De ahí nacen la hostilidad y la misantropía, esos descontentos con los demás y con nosotros mismos. Solo las personas que á nadie han hecho mal, y que si lo han recibido, lo han perdonado como perfectos cristianos, ó despreciado como nobles y superiores, tienen el privilegio de no agriarse, y de conservar en las situaciones mas desgraciadas y vejatorias, como el cielo por cima de las nubes, su hermosa serenidad.

Asi era que cuando Rufina consideraba la suerte feliz y brillante de Justa, el amor de su marido, y el respeto universal, que á porfía cubrian de rosas é incensaban su senda, todas las furias de la envidia y del despecho se desataban en su seno. Nunca recordaba, al pensar en la familia á quien tanto debia y tan mal pago habia dado, el bien que le habia hecho, sino el que pudo hacerle y no le hizo.—La Marquesa, pensaba, no deberia nunca haberse opuesto á que su hijo se casase con ella; ni este deberia haber cedido á la voluntad de su Madre, á los consejos de su Tio, ni á las advertencias de sus amigos. Este mismo, en las actuales circunstancias, disipado por el marido que la habia abandonado, el legado que le dejó la Marquesa, no deberia contentarse con pasarle una mezquina pen-

sion como lo hacia; sino tenerla en el pie en que habia estado siempre; y otras locas exigencias. Porque asi discurre la ingratitud; asi cegando á la justicia, falséa la razon!

Ni los desengaños, ni las desgracias, ni la experiencia, eran capaces de domeñar las violentas pasiones de aquella muger, que después de maldecir lo pasado, habia de lanzarse al porvenir con redoblados brios y con nuevo furor.

El despecho, la ambicion, la envidia, y la venganza unidos, debian engendrar un mónstruo en aquella cabeza fecunda en planes satánicos. Y así sucedió.

Rufina, en vista del proyecto que formó, menudeó sus visitas en casa de Justa, aparentando cariño hácia ella, gratitud y amor por su difunta Madre, y fingiendo haberse llamado adentro, y llevar una vida modesta, ordenada y hasta religiosa. Justa, que era buena, y además débil, recibió cordialmente en su casa y en su intimidad, á aquella mujer, á quien una señora como ella no deberia nunca haber recibido. Cuando su marido le hacia prudentes reflexiones sobre la inconveniencia de este trato, respondia Justa, que no era generoso cerrar las puertas á la desgracia, ni el corazon á los recuerdos, y perdonar solo de boca. Que tambien la bondad tiene sus sofismas cuando no quiere la míope por lazarillo á la sana razon, sino campar por su respeto.

¡Cuánto se ha hablado sobre indulgencia y tolerancia en los tiempos modernos, y cuánto se ha querido culpar á la Religion católica por carecer de ella! Por combatir á la intolerancia, se ha querido hacer, mediante la tolerancia, un completo tratado de paz con lo condenado por malo, y con la indulgencia un elixir de vida que lleve á mirar la muerte (esto es, la culpa) como una cosa natural y sin consecuencia, merced al dicho elixir.

Hay dos clases de indulgencia; la una es divina y religiosa; la otra es humana y filosófica.

Esta última aminora, disculpa, prohija y casi anonada la culpa *antes* de cometida; y ésta induce al mal.

La divina ó religiosa clama contra la culpa, la vitupera, la condena, la anatematiza *antes* de cometerla; y ésta aparta del mal.

Asi aparece claro que, hasta ahora, está la tolerancia de parte de la humana y filosófica. Pero prosigamos; que el **ANTES** suele llevar al **DESPUES**.

Despues de cometida la culpa, el mundo humano y filosófico moteja, escarnece y desprecia al culpable; no perdona su falta ni la olvida; su juicio condenatorio es sin apelacion. De manera que su indulgencia se dirige ó ejerce en la culpa, y no en el que la comete.

La indulgencia de la Religion divina, si el culpable postrado y bañado de lágrimas de contricion la implora, le levanta, le abre sus brazos, le

absuelve, y le torna puro é inocente, merced á un segundo bautismo con el agua de sus lágrimas. Todo lo perdona y lo olvida, y sienta al hijo pródigo á la cabecera del banquete: con lo cual demuestra es su rigor, no con quien comete la culpa, sino con la culpa misma.

¿Cuál es, pues, mas indulgente, el mundo filosófico, que ántes de cometer la culpa *pregona* la indulgencia, ó la Religion divina que despues de cometida la *ejerce* con el que se aparta de ella? ¡A cuántos no ha desesperanzado el mundo filosófico y tolerante, hasta arrastrarlos al suicidio! ¡Y á cuántos no ha consolado esta Religion, que severa amonesta, hasta hacerlos felices!

Pero aun hay otra tercera clase de indulgencia, que ni es la mundana, pues no disculpa lo malo, ni es la religiosa, pues no hace preciso el arrepentimiento para espontanearse. Y es esta la de la bondad débil, sin el celo religioso y sin la dignidad de la virtud, aunque ambas cosas poséa, religion y virtud. No lo es, por lo tanto, esa dulzura inerte, á cuya cabeza pesa la corona de oro de la dignidad; de cuyas flacas manos se escapa la pesa de la santa justicia; y cuyo blando corazon oprime la coraza del decoro que debe serle inherente; no es, no, una virtud. Es, á lo sumo, una bella flor sin fruto, nacida espontáneamente en un hermoso corazon. Y repetimos que no es virtud, porque suele ser muy perjudicial en las personas que tienen inferiores,

puesto que aparta como innecesario al arrepentimiento, y hace del perdón cosa de tan poco valor que lo da de valde; con lo cual falséa el orden moral de las cosas. Y por último autoriza la impunidad, rinde homenaje al orgullo, y obstruye la fuente de que podría haber brotado el arrepentimiento sincero, explícito y confeso. Esta tercera indulgencia, si no induce al mal como la del mundo, tampoco aparta de él, como la religiosa. La inocencia y la falta de conocimiento de las cosas y de los hombres suelen engendrarla también. Y así había sucedido respecto á Justa, porque era un ángel;—pero un ángel niño como los que para pintarlos vió Murillo á los piés de la Virgen pura y limpia,—y ángel que de su lugar, había caído á la tierra.

Ambas recién casadas estaban en cinta, y aguardaban su alumbramiento para la misma época. —Ansío por salir cuanto ántes de mi ocasión, solía decir Rufina á Justa, para hallarme en estado de poder asistirte cuando llegue la tuya. Porque no quiero que otra que yo lo haga; pues, ¿quién lo ha de hacer con tanta eficacia y cariño? Es claro que nadie.

Los deseos de Rufina se cumplieron, porque á los pocos días de parir ella una niña, asistía á Justa, que con igual felicidad dió á luz otra niña. Al día siguiente, cuando volvieron el Padre, los padrinos y los convidados del bautismo, y que poco después se entregaron todos alegres y satisfechos



al reposo, inclusa la feliz Madre, Rufina que la velaba, y que tenia en la pieza inmediata á su niña, desnudó agilmente á ambas recién nacidas criaturas, cambió sus ropas, y acostó á su hija en la magnífica cuna que Justa preparara á la suya, diciéndole:—«Serás rica, gran señora, y feliz, contra la voluntad de los que mal quieren á tu Madre!»—Y poniendo en su cuna de pino á la hija de Justa, añadió: Tú, si, tú, hija de orgullosos, ricos y vanos encumbrados, serás pobre y despreciada; tú, si, tú, sufrirás lo que he sufrido yo, y algo mas! ¡Tú cobrarás la deuda de agravios y desprecios que debo á tu egoista y engreída familia!

Apenas consumó aquella muger su atentado, cuando con leve pretexto, ó sin él, se despojó de su hipocresía como de un ya inútil disfraz, suspendió la intimidad que habia tenido con Justa, y más desenfrenada que ántes, se entregó á la vida airada.

---

## CAPITULO IV.

La marcha de los acontecimientos sigue su curso, sin cuidarse de la senda que le trazan los cálculos de los hombres; siendo por lo regular ilógica aquella á los ojos de estos, porque así lo ha dispuesto todo, Aquel que ha restringido sobre ellos el poder de los hombres; á los que no ha dado más luz, en cuanto á lo que á Él pertenece, que la fé, más guia que sus preceptos, ni más punto de apoyo para no extraviarse, que la sumision, cuna de las inteligencias inocentes, lecho de descanso de las trabajadas. El bueno padece; el malo prospera: no hay que extrañarlo. Dios no hizo las felicidades terrestres exclusivamente ni para los buenos ni para los malos; pero sí sus preceptos para cada situacion, sus advertencias para las prósperas, y sus consuelos para las adversas. En aquellas se muestra mas

severo maestro y señor; en estas mas dulce guia y consolador: Padre siempre, siempre Juez.

Así nada de extraño tiene que veamos al cabo de algunos años un cambio inesperado é inmerecido en el bienestar temporal de la buena y de la mala mujer, que actúan en los sucesos que vamos refiriendo.

Pepe Arce, á causa del enlace fatal de los negocios mercantiles, vió su casa millonaria arruinada, y murió de resultas de la pasion de ánimo, que esta inmerecida é imprevista desgracia le produjo; Justa, fácilmente resignada á la pérdida de sus riquezas, estuvo inconsolable por la de su marido; pues éste habia tenido el mérito poco comun de apreciar en cuanto valía, á su incomparable mujer, la que conservaba una inocencia de corazon, que en su dia habia de llevar al cielo pura, como la gota de rocío que absorbe el sol, sin salir del cáliz de la rosa en que la depositó la aurora.

Desde su doble desgracia vivia Justa retirada y humildemente, no queriendo admitir de su hermano sino lo estricto y necesario para conservar la decencia en la pobreza. Su distraccion y su consuelo eran educar á su hija Bruna, lo que hacia con el esmero, cariño y santos ejemplos con que habia sido educada ella por su Madre.

La educacion puede combatir y domar una mala naturaleza: transformarla de mala en buena, solo lo puede la gracia. La educacion puede, á no

dudarlo, aun sin valerse de más móvil que la vergüenza, esa hoja de higuera, —lo solo que trajo del Paraíso el que le perdió! —hacer desaparecer los vicios groseros y humillantes; pero no hará nunca espontáneas las virtudes, que á duras penas aclimata. El herrero puede amoldar el hierro; tornarlo en oro, nunca! Por lo cual no vemos esas completas y radicales transformaciones de malo á bueno, sino en la vida de los santos. Así era que Bruna, que aun teniendo rectitud, buen sentido, y cierta nobleza de alma, tenia tambien, y en alto grado, el carácter fuerte, orgulloso, egoísta y áspero de su Madre, habia amoldado á duras penas estos vicios bajo la excelente direccion de Justa. A falta de dulzura, tenia una calma y dignidad que no era fácil perturbar: no era benévola, pero sí sostenidamente servicial cuando se la ocupaba. Siempre sobre sí, ni tenía ni inspiraba confianza. Su buen sentido cultivado la impelia á amar la virtud sobre todo; pero su orgullo la llevaba á apreciar en esta, más su corona de oro, que su perfume de violeta. Así era que sentia más orgullo que dicha en tener por Madre á Justa, alrededor de la cual brillaba una aureola de respeto, de simpatías y de admiracion. La fama de que gozaba su Madre, era una herencia de que ya disfrutaba en vida, y queria traspasar ilesa á sus hijos.

Con este bien guiado orgullo, y con su fuerte temple de alma, la pérdida del caudal de sus Pa-

dres la dejó impasible; y halló una secreta satisfacción de orgullo en trabajar ocultamente por estipendio, para procurar á su Madre algunas de aquellas superfluidades de lujo, de las que por virtud y modestia se privaba. Como sucede con un tesoro adquirido á costa de sacrificios, tenia Bruna su virtud en mucho, y le habia labrado con la austeridad un atrincherado tabernáculo. De esto se deduce que no debe el mundo condenar ligeramente á las personas secamente austeras, oponiendo contra ellas el que la perfecta santidad no lo es. La mayor parte de las personas, á quienes se cree sectarios de la rigidez, son naturalezas domadas, que tienen en mucho el freno á que deben su virtud. ¡Dichosas aquellas naturalezas selectas que no necesitan de ninguno! Pero son pocas. Y lo prueba la creacion de la palabra *desenfreno*, que como baldon se aplica á las personas ó á sus acciones desordenadas.

De cuando en cuando tenia Rufina el atrevimiento de ir á casa de Justa; porque en aquel corazon, en que palpitaba hiel en lugar de sangre, existia el único amor ó instinto que cabe en el del tigre, el apego á su progenitura. Justa no tenia el suficiente carácter para prohibir á aquella mujer la entrada en su casa, pues no podia dejar de mirar en ella á la compañera de su infancia, á la niña que crió y tanto quiso su Madre.

En estas visitas la suave Justa veia con extrañe-



za el fugitivo, pero vehemente cariño, que la fria y áspera Rufina demostraba á Bruna, la que rechazaba este cariño sin rebozo, tanto por causa de su carácter austero y poco expansivo, como por las noticias poco favorables que de Rufina tenía.

—No puedo sufrir á esa mujer, solia decir á su Madre.

—No digas eso, hija mia, contestaba Justa; no se deben abrigar nunca, y en tu edad ménos, sentimientos de odio ni hostiles contra nadie. La hostilidad es una mala semilla, que echa profundas raices, y ahoga en su gérmen los buenos y benévolos sentimientos en el corazon, destruye las buenas relaciones de sociedad, y aun con público escándalo suele acabar con las de familia. Acuérdate de que dice Chateaubriand en el tomo de sus obras que acabamos de leer, que «la odiosidad que abrigamos contra nuestros adversarios, es mas perjudicial á nuestra propia felicidad que á la de ellos.» Y sobre todo, hija mia, convéncete de que la benevolencia es la mayor prueba de superioridad, tanto de espíritu como de corazon.—

Pero ¿qué pluma podrá pintar los sufrimientos que desde que nació estaban reservados á Piedad, la preciosa, la dulce, la aristocrática y delicada hija de Justa, infeliz víctima de los inícuos sentimientos de Rufina, aquella mujer nacida del vicio y de la maldad, que como una lepra los trajo consigo al interior de la noble casa en que fué recogida y

amparada? El angelito, desde pequeña, siempre encerrada; sola en la habitacion, en que poco paraba su dueña, nada habia aprendido, nada habia visto, nada comprendia, y caminaba como otro Gaspar Hauser hácia el idiotismo. Una timidez angustiosa, una inerte hipocondría, un mústio decaimiento reemplazaban en la pobre criatura á aquella expansion, aquella alegría, aquella locuacidad y continúa movilidad, que tan naturales y simpáticas son á la infancia.

A los trece años una grave enfermedad que tuvo, atrajo á su cabecera á una compasiva vecina, una buena anciana que ofreció á su supuesta madre asistirle; á lo que esta no se pudo negar, so pena de promover un escándalo.

Entónces esta buena cristiana, mientras que cual Marta asistia á los males, como Magdalena levantó aquel espíritu inerte, y le enseñó á creér, á amar y á esperar. Como la Religion es amada de todos los que la conocen, —pero con mucha preferencia de los desgraciados, porque es el universal é infalible consuelo de todo infortunio, —aquel ángel doliente de alma y cuerpo, recibió con lágrimas de amor, gratitud y entusiasmo aquella Religion que le decia: los que lloran serán consolados!

Piedad se apegó, como es de suponer, con ternura á aquella buena anciana, á quien la Religion que le enseñaba, habia atraído al lecho de dolor, del que huia la impía fiera que se habia hecho car-

go de ella. Así sucedia que, cuando llegaba la noche, y la buena anciana se retiraba, aquel dulce corazon de la niña, que con tanta ternura y expansion se habia abierto al amor, sentia profundamente esta separacion. Además, la pobre niña temia! temia á su Madre, temia á la noche, temia á la soledad, á la oscuridad! Entónces la buena anciana la animaba, la sosegaba, y acababa de consolarla enseñándole esta oracion:

A acostarme voy  
Sola sin compaña;  
La Virgen Maria  
Está junto á mi cama;  
Me dice de quedo:—  
—Mi niña, reposa,  
Y no tengas miedo  
De ninguna cosa.

Piedad convaleció, y se levantó de su lecho regenerada de alma y cuerpo. Los cuidados de su entendida enfermera, y el buen alimento que le suministraba, —de lo cual nunca habia cuidado su verdugo, —desenvolvieron su atrasada naturaleza. Habia crecido: su semblante fino y blanco cual una azucena, estaba como vivificado por una nueva sávia de vida. Su razon despejada llegó á comprender cuánto sufría: pero sufrió ya con resignacion y con esperanza, porque sabia que sufrir por Dios era complacerle y obligarle. Sus ojos, án-

tes inertes, estúpidos y fijos en el suelo, animados ahora con una nueva luz del entendimiento y del corazón, se levantaban hácia al cielo, puro y celeste cual ellos. Alzaba confiada su cabeza, que ya no abrumaba su corona de espinas; sus blancas y delicadas manos se cruzaban con fervorosa devoción sobre su pecho. Oh! si entónces hubiese podido verla Justa, habría exclamado estrechándola sobre su corazón de Madre: ¡esta es mi hija!

Más entre ellas estaba una infame mujer para separarlas, como el negro y duro hierro que se introduce entre el nácar y la perla!

Por entónces fué cuando la quiebra y la muerte de Pepe Arce vinieron á exasperar aun más el atrabiliario carácter de la fiera que la infeliz Piedad creía ser su Madre. La brillante suerte que había querido proporcionar á su hija se había desvanecido; el amparo, que andando el tiempo, había contado hallar para sí propia, iniciando á su hija en el secreto de su existencia, había fallado. Por manera, que de su malvada combinación solo le quedaba el placer de la venganza, que en su inocente víctima ampliamente ejercía.

---

## CAPITULO V.

De esta suerte pasó algun tiempo. Bruna se habia casado con un primo de Justa, oficial, que despues de buenos servicios, se vió en la necesidad de abandonar la carrera por causas políticas, y habia regresado á aquel pueblo, que era el de su nacimiento, para cuidar y labrar algunas fincas rurales que habia heredado de su Madre. Era un hombre digno, altivo y poco afecto á transigir en materias de alta esfera. El cual, hallando en Bruna cualidades análogas, y su mismo gusto por la vida retirada y grave, indiferente como caballero de los antiguos españoles á su falta de bienes de fortuna, la habia elegido por compañera.

Un dia un alguacil del ayuntamiento entró en casa de Rufina, á la que entregó una carta gruesa, de letra extranjera, con sello consular, exigiendo



dicho alguacil una gratificacion por los muchos pasos que le habia costado dar con la persona á quien venia dirigida la carta.

Rufina la abrió sorprendida. Era fechada de California, y en ella se le comunicaba que un español que habia muerto alli trágicamente habia declarado á última hora llamarse\*\*\*, ser casado, y tener una hija en aquel pueblo; y que á esta hija pertenecia por tanto, de derecho, el dinero que á la sazón poseia como banquero de un garito; dinero que pasaba de cien mil duros, que quedaban depositados en el consulado.

Difícil seria expresar lo que sintió aquella mujer al leer la referida carta. Su hija, la hija de sus entrañas, debia heredar aquel caudal; y esa hija se hallaba en una posicion tan modesta que rayaba en pobreza! ¡Y la odiada hija de la odiada Justa vendria por razon aparentemente natural á disfrutario! Antes mil veces hubiese preferido anonadar tal herencia ocultando el aviso recibido! ¿Pero cómo renunciar á ella debiendo la misma Rufina disfrutarla en parte?

Por algunos dias anduvo Rufina como loca y sin sentido, no sabiendo qué resolucion tomar. Bruna su hija, pobre; ¡y la aborrecida hija de Justa, rica! Esta idea la desatentaba.

Mil planes rodaron en su cabeza, que rechazó por imposibles. —Al fin se decidió.

Aunque desde que estaba casada su hija habia

ido á verla varias veces, no habia conseguido ser admitida en aquella casa severa y decorosa. Rufina, aunque fué ahora de nuevo rechazada, no desistió de ver á su hija, mediante á que tenia aquella fuerza de voluntad, que no es la perseverante hija de la paciencia, sino la terca hija de la obstinacion. Cual pudiera haberlo hecho un salteador, se introdujo, pues, un dia en casa de Bruna, siguiendo los pasos de un menestral que á la sazón trabajaba allí.

El alejamiento que inspiraba Rufina, esto es, la mujer záfia y de malas costumbres, á Bruna, la mujer morigerada, grave, y escrupulosa, no era suavizado en ésta, como sucedia en Justa, por la dulzura de carácter y por los recuerdos de la infancia. Así sucedia que no lo disimulaba.

Hay personas tan delicadas, que, como á los perfumes, las desvía un soplo; y otras que lo son tan poco, que como á los toros, solo las pára la firme y punzante garrocha. A las segundas pertenecia Rufina. Asi fué que sin desconcertarse ni turbarse por la mirada sorprendida y rechazadora que al presentarse clavó en ella Bruna, exclamó abalanzándose á su cuello:

—¡Hija de mi alma!

—Señora, absteneos de estas familiaridades que me repugnan y reprueba mi marido, dijo apartándose ofendida Bruna.

—No lo hará así tu marido, repuso Rufina, cuan-

do sepa que eres mi hija, y que ha muerto tu padre dejándote cien mil duros.

—Señora, repuso con enojo Bruna, hacedme el favor de no gastar groseras chanzas á que no doy pie, y que me ofenden.

—No son chanzas, dijo con exaltacion Rufina, no, no! Escucha, y te convencerás.

En seguida hizo una extensa relacion á su hija de cuanto desde su nacimiento habia ocurrido.

Bruna la escuchaba absorta, y tan asombrada de cuanto oía, que ni aun intentó cortar aquella cínica confesion de un inaudito crimen.

—¿Qué dices, qué dices pues? así terminó Rufina viendo que Bruna permanecía callada. —¿Qué dices de un amor de madre, que por hacer á su hija señora y feliz, renuncia á ella, y pone en su lugar á un ser extraño y odioso? ¿Rechazarás aun á esta Madre, que ahora se aviene á publicar la sustitucion que hizo, por tal de que goces tú de la herencia que es tuya?

Bruna permanecía callada.

—¿Qué dices, hija de mis entrañas? tornó á preguntar radiante de gozosa animacion Rufina.

—Me preguntaba, respondió al fin Bruna, cuál seria el diabólico móvil que os lleva á plantear este nuevo enredo.

—¿Enredo? exclamó Rufina, tú verás si lo es cuando te pruebe la certeza de cuanto afirmo.

—Afortunadamente, aunque pudiesen ser ciertos

tan horrendos dislates, dijo Bruna, no podríais probarlos.

—¿Afortunadamente dices? ¿Pues y los cien mil duros? repuso Rufina presentando la carta del cónsul de California.

—Tiene mas valor á mis ojos, respondió Bruna separando de sí la carta sin mirarla, la aureola de virtud de mi Madre y la pureza de su noble sangre, que todos los millones que han acuñado los hombres.

—No pensará con ese ridículo quijotismo tu marido, dijo Rufina con el dolor de un tigre herido.

—Mi marido, repuso Bruna, mi marido es un hombre noble y digno, que pretendió á la pobre hija de la virtuosa Señora Doña Justa Villamencia, y hubiese despreciado á la millonaria hija de Rufina, la perversa hospiciiana.

—¡Mira que soy tu Madre! rugió sofocada Rufina.

—Mi Madre es, repuso con calor Bruna, aquella que á sus pechos me alimentó, que en dulce regazo me crió, y que con su enseñanza y santos ejemplos ha hecho de mí una mujer virtuosa; á esta todo se lo debo.—Si dable, si posible fuese que debiera mi existencia al loco y desautorizado enlace de quienes sin desearlo me la hubiesen dado, á padres que me abandonaron, nada les deberia, y con nada les pagaria.

—¿Pero el padre que te ganó y te dejó su caudal, exclamó Rufina; no es acaso acreedor, hija

desnaturalizada é ingrata, á que se lo agradezcas?

—Ese dinero no se ganó por su dueño para la hija que tenia, y de la que nunca se acordó. Si lo dejó, fué porque no pudo llevárselo.

—¡Mira que pierdes tu caudal, insensata! dijo con voz sofocada por la ira Rufina.

—Gozará de él, como es debido vuestra infeliz hija, envidiándoselo yo tan poco como le envidio su nacimiento.

—Mira, mira que eres pobre!

—Señora, contestó con íntima satisfaccion Bruna: soy rica, soy poderosa!

—Mira que el Marqués se va á casar: tendrá hijos, y si su mujer es avara y díscola, podrá influir con él, que es un mandria, para que suprima la mesada á su hermana, en vista de tener una hija casada; y entónces tendrás que mantener á Justa, esa pobre de sopa.

—El dia que mi Madre honre mi casa entrando en ella y mirándola como suya, contestó Bruna, será el dia que complete sus mercedes y corone sus beneficios.

—Y á mí, á mí que te he parido, me rechazas! ¡Ingrata! exclamó Rufina tan herida como humillada.

—A vos, respondió con un gesto de tédio Bruna, —sin merecer el epíteto de ingrata que gratuitamente me dais, puesto que sois una impostora,—os desdeño con todo mi corazon, os rechazo con toda mi



voluntad, y con toda la autorizacion de mi marido.

Rufina torció los ojos, estiró los brazos, quebró el cuerpo, dió un rugido, y cayó con una convulsion al suelo.

Bruna llamó á los criados, y les dijo con serenidad:

—Asistid á la señora: que vayan por un coche para conducirla á su casa. Por mi tio el señor Marqués que le pasa una pension, podréis averiguar su domicilio:—y se salió del cuarto.

Cuando Rufina volvió en sí de su accidente, se halló en su casa sola; mas al volver la cabeza vió á Piedad, que tenia un vaso de agua en sus manos, las que temblaban tanto, que por ambos lados alternativamente se derramaba sobre el plato su contenido.

—¡Vetel le gritó.

La pobre niña se apresuró á obedecer.

—¡Ella!... murmuró Rufina, esa hija desnaturalizada no quiere la herencia de su padre, porque no era Marqués, ni yo soy Condesa! Pues á fé mia que esta nécia y apocada hija de Justa no la disfrutará tampoco. ¡Yo, yo la disfrutaré! Contra siete virtudes hay siete vicios. Todavía estoy yo aquí para impedir que esta herencia pase á una advenediza. ¡Ah desnaturalizada! Sé pobre; yo seré rica. Pues si tú me desconoces, yo hago más: reniego de tí! Y si llegara el caso de verte morir de hambre, no te tiraré, no, ni un hueso de mi mesa!

## CAPITULO VI.

Algun tiempo después la infeliz Piedad se sintió indispuesta con violentos dolores de estómago. Se quejó á su buena vecina y maestra, sin que lo supiese su Madre: ella le suministró alguna bebida calmante, y su incomodidad se aplacó; pero no quedó buena. A los pocos dias el mal se reprodujo. La buena anciana, alarmada, habló sobre ello á Rufina: esta se incomodó, le dijo que con sus mimos metia en apension á su hija, y le prohibió pisar su habitacion.

Entretanto los ataques se repetian, y la pobre niña, sufriendo horrorosamente, iba de mal en peor. Cuando salia su madre, que la dejaba encerrada, la buena anciana hablaba con la pobre enferma al través de la cerradura de la puerta, y se enteraba de los progresos de la enfermedad.—¡Pobre víctima!

decía después á las demás vecinas ; está mortal ; ¡y se morirá sin auxilio divino ni humano ! ¡Esto es una iniquidad nunca vista ! ¡Esa muger sin entrañas no es Madre , ni puede serlo ! Esto no se debía permitir .

—¿Y quién se mete con esa muger , que es una fiera ? decia la una .

—Como Vd. quiere tanto á Piedad , decia la otra , puede que se alarme Vd. sin motivo . Pues qué ¿está su madre sorda y ciega ? Pero Vd. , tia María , siempre está sintiendo lo de todos , y le ha de suceder lo que al Cura de Trebujena , que se murió de sentir penas ajenas .

—¿Cómo te hallas , hija mia ? preguntó pocos dias después la buena anciana á la enferma . Y la voz respondió mas ténue y mas lastimera que nunca :

—Mal , tia María : los dolores me despedazan las entrañas : me abraso ! y cuanto tomo , arrojo .

—¿Y qué tomas , hija de mi alma ?

—Agua .

—¿Y nada mas ?

—No tengo otra cosa .

—¿Qué inhumanidad ! ¡qué heregía ! Hija , ¡quién pudiera entrar á asistirte !

—¡Ay , sí ! ¡ay , sí ! Y un Padre ! porque creo que me voy á morir . Tia María , ¿ me perdonará Dios si muero sin confesion ?

—Sí , hija de mi vida , sí : tú no has pecado ; pero aunque lo hubieses hecho , basta cuando no se pue-

de tener un ministro de Dios á su lado, con arrepentirse de corazon, ofrecer al Señor sus sufrimientos, é implorar su misericordia, para que nuestro Padre nos perdone y acoja. Pero hija, tú no estás en ese caso.

—Sí, tia María, sí; y no siento más sino el no volver á ver á Vd. Nadie sino Vd. me ha querido; nadie sino Vd. me ha enseñado que hay un Dios en el cielo, que es nuestro Criador y Padre, que promete el cielo á los que le aman. Y así me ha quitado Vd. el horror á la muerte, y llenado mi alma de consuelos. Pero yo no quisiera morir tan sola! quisiera en mis dolores y agonías los consuelos de la Religion santa y dulce!

—Díselo á tu Madre, alma mia.

—Se lo he dicho, y no quiere.

—Pobre, pobrecita mia! ; qué vida has tenido y tienes! Pero recuerda, inocente mia, que la santa rosa ama á las espinas entre las cuales se cria.

La buena anciana se fué desconsolada y estremecida. Aquella noche no pudo dormir; y si nó su persona, veló su corazon á la cabecera de la enferma. Le habia prometido orar á Dios, para que en caso que falleciese, fuera con todos los consuelos y socorros espirituales; y así lo cumplió, pasando su desvelada noche en oracion.

El alba luchaba en el horizonte con oscuros nubarrones, secuaces de la noche, pareciendo como que estos negros etíopes se esforzaban por arran-

car á una pura vestal sus velos de blanca gasa. Si bien el gallo habia lanzado ya su animada diana á sus compañeras, aun no habia descendido del campanario la santa llamada de la Iglesia á sus feligreses. Pero abríanse ya las puertas del santo templo; en él entró una jóven pálida y macilenta envuelta en un gran pañolon. La iglesia estaba aun solitaria y oscura: las lámparas de plata, contínuas centinelas del tabernáculo, hacian brillar con su luz en la negra oscuridad la plata que cubria el altar del Sagrario; y las ráfagas que alguna vez despedian de sí las santas luces como un suspiro, parecian animar los rostros de los ángeles postrados en adoracion ante el SANTO DE LOS SANTOS! La débil y plácida luz del dia, que empezaba á asomarse por las altas claraboyas al pie de la iglesia, las hacia aparecer en la austera sombra del templo, como alegres ojos de niños que se abriesen sonriendo al mirar á su Padre.

Dios habla poderosamente al corazon y á la inteligencia del hombre, en el silencio de su templo, con aquellas palabras, que sin pasar por el oido, suenan en el corazon. Dios es universal, eterno, y sin medida. Para El no hay cosa grande ni cosa pequeña: no hay pasado ni porvenir, ese compás del tiempo: no hay para él secreto, olvido ni incertidumbre, esas impotencias del hombre! Es Maestro y es Padre; y si como Maestro nos envia los infortunios, que son lecciones; como Padre, une el



consuelo á la enseñanza, poniendo en cada infortunio el gérmen de una virtud, la ocasion de un merecimiento.

La jóven, que con paso vacilante habia entrado en la iglesia, la atravesó con el cuerpo doblado, y exhalando ahogados y lastimeros quejidos, y vino á postrarse en el Sagrario. Pero era aun tan temprano, que allí se halló sola; y poco después, no pudiendo sostenerse de rodillas, dió un débil gemido, y cayó al suelo.

En aquel instante entraba en aquel lugar una señora. Era ésta Justa, que habia pasado una noche agitada, y que cual la nave que desde el mar inquieto busca un refugio en el puerto, buscaba uno para su alma en la iglesia. Las personas creyentes que han padecido, conocen todas este puerto de refugio!

La señora se acercó á la caida jóven, al lado de la cual se arrodilló, y cuando vió aquel rostro tan hermoso y juvenil, descompuesto por la mas violenta expresion de sufrimiento, le preguntó asustada y llena de compasion:

—¿Qué tienes, hija?

—Creo que voy á morir, contestó la jóven.

—¿Pues cómo es que estás aquí, y no en tu lecho?

—No queria morir sola, y sin los socorros de la Religion.

—¿Y no te los han proporcionado en tu casa?

La moribunda meneó la cabeza.

—¿Tienes Madre?

La jóven hizo una señal afirmativa.

—¿Dónde está?

—En casa.

—¿Y qué hacia?

—Estaba durmiendo, contestó la pobre niña.

—¡Esa no es tu Madre! exclamó Justa con vehemencia: ¡pobrecita! ¿qué edad tienes?

—Diez y ocho años, contestó la interrogada.

—¿Y de qué mueres?

—No sé: ¡ah! Agua, agua, por Dios! ¡agua! añadió torciéndose y agitándose todos sus miembros por el dolor.

La señora hizo seña á un monaguillo, que se apresuró á traer de la sacristía una vasija con agua. La infeliz paciente bebió con ánsia, sostenida por Justa, que la habia incorporado y apoyado su cabeza sobre su pecho, y por un momento sus tormentos le dieron treguas.

—Quiero confesar, dijo con débil voz.

—Aun no ha venido el Cura, repuso con angustia la señora, que veia ya dibujarse la herradura de la muerte en aquel rostro tan bello y padecido. Vé á avisarle, prosiguió dirigiéndose al monaguillo. Y luego añadió alarmada, dirigiéndose á la moribunda:—¿acaso pesa algo grave sobre tu conciencia, pobre hija mia?

—¡Ah no! solo una cosa.

—¿Y qué es?

—¿Que no amo á mi Madre!

—¿Se lo has demostrado?

—No.

—¿Le has faltado al respeto?

—No.

—¿No la amas, acaso porque ames contra su agrado á otra persona que no deberías amar?

—¡Oh, no! No amo mas que á Dios, á la buena tia María que me le hizo conocer, y á vos, señora, que me habeis compadecido y asistido; á vos, que sois tan hermosa y tan buena; ¡á vos os amo!

La moribunda llevó á sus labios la blanca mano de Justa, que besó.

—Pues entónces, dijo esta, abrazando con lágrimas de compasion y de ternura á aquella dulce y doliente criatura, te digo para tranquilizar tu espíritu, que si murieses, tu alma inocente, que ansia por su Dios, le hallará propicio, pues es Padre de todos; pero lo es con especialidad de los desamparados. Para estar pura y dispuesta á parecer en su presencia, bastan tus buenas disposiciones, y esta agua bendita, por la cual te se perdonarán tus pecados veniales.

La señora persignó á la moribunda con sus dedos aun húmedos del agua bendita.

Entónces la moribunda levantó sus grandes y puros ojos al altar, y una expresion de éxtasis se esparció como un rayo de sol en su rostro, que le volvió sublime, como el de una de las Vírgenes Már-

tires, joyas del cristianismo, que tuvieron la gloria de ayudar á cimentarlo.

—¡Señora,—dijo con apagada voz,—Dios os premie la caridad que conmigo habeis ejercido! Yo tenia miedo, ¡ah! ¡mucho miedo!... ¡Ya no lo tengo! Aunque sé que en breve... me acostarán... en un hoyo oscuro y frio;... que se irán... y allí me dejarán sola, sola!... Pero vos me recordais la oracion que me enseñó mi buena Maestra para no tener miedo, y la que ahora brota de mi corazon á mis labios:

A acostarme voy  
Sola sin compañía;  
La Virgen María  
Está junto á mi cama;  
Me dice de quedo...

La infeliz no pudo seguir, y Justa, que recordó con viva emocion esta misma ingénua y santa oracion infantil que le enseñára su Madre, la concluyó añadiendo:

—Mi niña, reposa;  
Y no tengas miedo  
De ninguna cosa.

—¿Sois mi Madre la Virgen? dijo la pobre niña, cuyos sentidos turbaba ya la muerte, fijando en Justa sus ya quebrados ojos.

—No, no lo soy, hija mia. Pero puede que la Señora me haya enviado para auxiliarte.

—Sí, sí; lo sois, murmuró la agonizante:—¡Madre... Madre mia!... ¡conducid mi alma á vuestro Hijo, pues... en él creol!..... á él amo!..... en él espero!...

—Que te ha de perdonar y salvar, amen; —oró Justa al recibir sobre su seno el último suspiro de la infeliz niña.

En este instante entraron precipitadamente el Cura, el sacristan y otras personas, que se apresuraron á llevarse el cadáver á la sacristía.

Justa quedó postrada ante el altar: las lágrimas la ahogaban, y un temblor vehemente agitaba sus miembros; sus manos, que alzaba al altar, se cruzaban convulsas. El profundo dolor que causa la lástima, que no halla mas refugio que en Dios, la hacía elevarse con exaltacion hácia Aquel que todo lo recompensa; hácia Aquel, que siendo todo amor, es el sublime imán del corazon amante!

Mas su delicada organizacion moral y física no pudo resistir á la impresion que la desgarradora escena, —en la que su valor de católica le dió fuerzas para actuar tan caritativa y valerosamente, —habia producido en ella... Se sintió indispuesta, y se levantó para volverse á su casa.

Cuando salió de la iglesia, ya el sol campaba en el cielo, radiante, despejado como el Rey de la alegría. Pero el alma de Justa estaba *triste hasta morir*! La imágen de aquella suave y hermosa niña, que en su agonía habia visto presa de las mas crue-



les torturas corporales, mientras su alma era la mansion de los mas puros y dulces sentimientos, la conmovia en opuestos sentidos del modo mas violento. Habíase apoderado de su alma una de aquellas profundas y lúgubres tristezas, que tan estrecha, tan negra, tan rodeada de horrores, hacen al alma su cárcel; una de esas angustias tétricas y agitadas, que hacen que el corazon, cual un pájaro azorado en su jaula, se agite en el pecho, ansioso por tomar su vuelo en el espacio. ¿Seria que sentía el corazon lo que al alcance del conocimiento no estaba? ¿Hacíale sentir sin expresarlo, que en sus brazos acababa de morir su hija?

Aquella tarde salia un entierro, solo y pobre, de en casa de Rufina: el cadáver no llevaba caja propia, é iba en la caja comun. Las vecinas que lo miraban salir, murmuraban sordamente, como las olas cuando con serena atmósfera hay mar de fondo.

—¡Qué entierro! ¡esto es una iniquidad! dijo una de ellas dirigiéndose á la tia María, que lloraba sin consuelo: ¡ni siquiera lleva palma!

—Vosotras no las veis, contestó la anciana. Pero lleva esa bendita dos: una de pureza, que le ha puesto la Virgen á un lado; y otra de martirio, que le ha puesto Nuestro Señor Jesucristo al otro.

—Pero, ¿porqué no lleva caja blanca y celeste? preguntó otra.

—Porque con ese cadáver de vírgen se entierra un negro atentado! contestó la anciana.

—¿Qué quereis decir con eso , tia María.

—Nada, nada, contestó esta; lo que os encargo és, que cuando acabeis el rosario, no olvideis nunca el Padre nuestro **POR EL ALMA SOLA!** Pues aunque nada tendrá que expiar esa inocente, á Dios agradan las oraciones , sobre todo si se hacen por sus hijos predilectos, los desamparados.

### EPÍLOGO.

Si encontrais en la ciudad de Z... á una señora de semblante hermoso y apacible, de talante grave y modesto, de maneras afables y dignas; que viste con humilde pulcritud, encaminándose hácia la iglesia en que está el Jubiléo; á quien todos los que pasan dejan con respeto la acera, descubriéndose con reverencia sus cabezas; á quien los ancianos sonrien y los pobres bendicen , esa es la empobrecida **DOÑA JUSTA VILLAMENCIA.**

Si una tarde de toros veis pasar por el paséo con direccion á la plaza, una carretela descubierta, en la que se arrellana un mal cantante italiano, con un cigarro en la boca; y á su lado veis una mujer ahuecada con faraláes y miriñaques, cuya pálida, descarnada y adusta cara aparece entre una aureola de moños, flores y blondas: si veis que al pasar cerca de ellos, vuelven los caballeros con disgusto la cara; que los jóvenes casquivanos se rien, y que las gentes del pueblo los escarnecen con ese des-

precio triturador del fallo popular,—tan infalible cuando es espontáneo!—esa es la enriquecida Rufina.

. . . . .  
Algunos años despues, disipado su caudal, destruida su salud, robada y abandonada por sus despreciables amantes, moria Rufina en un hospital, conmoviendo y compadeciendo á las santas Hermanas de la Caridad, por el modo aterrador con que en su frenesí y en su agonía repetía:—¡Piedad! ¡Piedad!!

FIN DE JUSTA Y RUFINA.

MAS LARGO ES EL TIEMPO QUE LA FORTUNA:

RELACION

**POR FERNAN CABALLERO.**





## MAS LARGO ES EL TIEMPO QUE LA FORTUNA.

---

Presentase el tiempo al hombre de tres maneras: llega lentamente el futuro, pasa rápidamente el presente, y párase inmóvil el pasado.

No hay ruego ni ánsia que hagan acelerar su marcha al primero; no hay instancia ni fuerza que detengan al segundo; no hay arrepentimiento ni hechizo que muevan al tercero.

¿Quiéres concluir felizmente el viaje de la vida? Toma por consejero al futuro, no escojas por amigo al presente, ni te hagas enemigo al pasado.

*Sentencia de Confucio, traducida libremente de una version alemana.*

El ladron que no se deja cojer, pasa por hombre honrado.

*Refran turco.*

A dos leguas de la orilla del mar, sobre la plataforma de una colina, se asienta Jerez, rico, robusto y predilecto hijo de Baco y de Ceres. Rodéanle como un soberbio cinturón sus famosas viñas, cuidadas como Princesas, y sus campos de trigo,

cuyas cañas inclinan sus doradas cabezas. Extiende sus inmensos Propios por las comarcas cercanas, que murmuran de esta invasion del coloso rural, y pierde la cuenta de sus montes, como un Potentado (4).

Jerez, noble como el que más, lleva al frente el precioso y bien conservado castillo moruno, perteneciente á la ilustre familia de los Villavicencios, y que ha sido testigo de tantas hazañas: conserva anales que forman páginas de oro en la historia de España: ostenta suntuosos templos, obras magnas de la fé, obras maestras del arte; y ve con dolor á su lado, desmoronarse su magnífica Cartuja, admiracion de cuantos la vieron viva, dolor y escándalo de cuantos la ven cadáver!

Aunque con razon se dice que algunas provincias de España están despobladas, como la Mancha y Castilla,—las cuales por desgracia atraviesa la carretera, que es la gran arteria de la Península,—no se puede decir lo mismo de esta parte de Andalucía; puesto que desde lo alto de algunas de las miras que adornan los hermosos caseríos de la mayor parte de las viñas, se ven en el radio que alcanza la vista, quince pueblos, de los que la mayor parte son considerables. Son estos Jerez, Algár, Arcos, Medina, Chiclana, la isla de Leon, Cádiz, Puerto

(4) Tiene Jerez sesenta y dos leguas y media cuadradas de término, y sus montes llegan hasta la Serranía de Ronda.

(N. del E.)

Real, Puerto de Santa María, Rota, Chipiona, Sanlúcar, Trebujena, Lebrija y las Cabezas (1).

Las gentes de Jerez—(y no decimos los jerezanos, porque la mayor parte de los cuantiosos cau-

(1) Escrito esto, ha venido á nuestras manos un número del *Guadalete*, diario que se publica en Jerez, en el que hemos hallado con sumo placer en una composicion ligera,—pero escrita por pluma maestra, y por persona que se conoce que es competente en la materia,—los siguientes trozos que extricamos á continuacion, porque estos apuntes completan harto mejor nuestra reseña de este pueblo ilustre, de lo que nuestra débil pluma pudiera hacerlo. Aunque imitada, no podemos ménos de celebrar la costumbre de poner estos datos históricos y descriptivos locales intercalados en las obras de imaginacion, pues les añaden un mérito real, unen lo útil a lo agradable, instruyen y divierten á un tiempo, nos dan detalles interesantes de nuestro pais y de su historia, y si puede decirse, ilustran la amena literatura.

Dice hablando de Jerez:

«Si abrimos la historia, le vemos luchar de los primeros contra el poder morisco. Nombres ilustres salieron de aquella lucha, que llevaron luego su gloria á los muros de Antequera, Sevilla y Granada. Al abrigo de sus murallas se reunieron mas de una vez las antiguas Cortes de Castilla, y desde el *Martirologio* hasta la moderna *Guia de forasteros*, no hay un catálogo de hombres ilustres, donde a cada paso no se encuentre el nombre de algun hijo de esta ciudad. Desde S. Eustaquio y Esteban, jerezanos, hasta el Arzobispo Palma; desde Garcí-Gomez Carrillo hasta D. Tomás de Morla y D. Rafael de AristeGUI, actual Conde de Mirasol; desde el marino Estopiñan hasta el valiente Giralдино; desde el Presidente de Castilla, Mirabal, hasta el Fiscal del Consejo, Fernandez de Gatica; lo mismo en las armas que en las letras, Jerez ha producido siempre hombres que le han ilustrado y ennoblecido.»

En otro lugar añade el autor hablando de este pueblo:

«Acaso ninguno entre los de su clase, cuenta tantos y tan buenos establecimientos de Instruccion pública. Cuatro escuelas gratuitas, una de ellas de párvulos, modelo entre las de su clase, un colegio, un Instituto, y multitud de establecimientos privados, para la educacion de las clases acomodadas.»

dales formados en este pueblo, ya á la sombra de las hojas de sus parras ó de sus mieses, ya por el comercio, no son jerezanos)—las gentes de Jerez no son amigas de gastar, ni se dejan embullar por su rumbosa y alegre vecina Cádiz. Así es que aquella ciudad, que debería ser un modelo de elegancia, de trato lucido y de modo de vivir espléndido, no goza de estas ventajas. Fuera de las inmensas bodegas,—verdaderos palacios de las feísimas botas de vino,—fuera de algunas hermosas casas, labradas por lo regular con mas suntuosidad que gusto; fuera de su gran plaza de toros; no han contribuido su creciente prosperidad y su riqueza á embellecerlo. Sus alrededores, que debian ser alamedas y jardines, son los de un villorro. Carece de un lucido paseo, de un buen teatro, de bolsa y de otras cosas anejas á la acumulacion de gentes, de caudales, de los adelantos de la cultura.

No obstante, dos cosas hay en las que los habitantes de Jerez indígenas y forasteros, se unen y demuestran un gran desprendimiento; y es en cosas de culto divino y de caridad cristiana. En cuanto hemos visto, no hemos conocido pueblo que bajo estos conceptos, merezca mas sincera admiracion y mas justos elogios. Cuando se tiene noticia de las muchas caridades públicas y privadas que se hacen; de las limosnas repartidas en los entierros de los ricos; de las ofrendas llevadas á los templos; cuando se ve aquel magnífico hospital; aquellos hospi-

cios que brillan como plata; cuando se entra en aquellas iglesias, que deslumbran como oro y pedrerías, se siente un entusiasta placer, y se pregunta uno:—¿Pues acaso no vale mas esto que todos los decantados embellecimientos materiales, de que tanto se envanece el siglo?

Cuando los jerezanos labraron su plaza de toros, los del Puerto lo llevaron muy á mal, porque esto perjudicaba á sus nombradas corridas, tan afamadas en Andalucía. Y como en cuanto á burlones y ligeros de sangre, llevan entre todos los andaluces los de Cádiz, la Isla y Puerto de Santa María, la palma y la gala, es fácil concebir á qué punto fuéron por entónces víctimas los graves jerezanos que se emancipaban, de las burlonas saetas de los porteños. De ellas se podria formar un volúmen. Los jerezanos, por toda respuesta, hermoscaban cada vez mas su plaza. Ultimamente y por remate, la pintaron con los colores mas provocativos; pusieron cristales en algunos palcos, y hasta remates dorados; y echando una mirada de desprecio á la plaza del Puerto, entónces modestamente vestida de blanca cal como la Norma, les gritaron subidos sobre sus botas: *Sébase quién es Calleja*.—Los *coquinos* (1),—que son, como otros muchos, muy ele-

(1) *Coquinos* se llama á los naturales del Puerto de Santa María, por la abundancia que allí hay de un marisco de la familia de las almejas, que llaman *coquinas*.



gantes, muy ataviados, pero que no tienen un real en la faltriquera, esto es, ni Propios, ni mas baldíos que la mar,—quedaron confundidos de tanta grandeza y de tanto lujo, y aseguraron que los jerezanos, para cuando llegase el invierno, iban á mandar hacer una funda de hule para su *repulia plaza* (1).

Entre Jerez y la sierra de Algar se extiende una dehesa solitaria. Veíase en ella hace años, al lado de una vereda, un sombrajo, á cuyo amparo se habia establecido un hombre, que sobre una mesa despachaba alguna bebida. Andando el tiempo, habia labrado cuatro paredes, y cubiértolas con anea: habia compartido su interior en dos mitades, destinada una á cocina y despacho, y la otra á dormitorio, y se habia llevado allí á su mujer y dos hijos. Detrás de la casa habia levantado un vallado, que formaba un corral cuadrado, en que de noche recojia unas cabras, que de dia llevaba á pastar á la sierra su hijo menor; y habia hincado una estaca de olivo al frente de su casa, con el fin de que pudiesen atarse en ella las caballerías de los escasos transeuntes de aquella vereda. La estaca se habia coronado á la primavera siguiente, de una verde guirnalda, y pasando años, cuidada por su dueño, se habia hecho un olivo frondoso, que

(1) Estos embellecimientos se hicieron cuando visitaron á Jerez SS. AA. RR. LOS SRES. DUQUES DE MONTPENSIER.

proporcionaba al ventero una bonita cosecha de aceitunas que aliñaba, y eran, con el queso de sus cabras, los ramos de más despacho de su establecimiento. Muchos caballeros de Jerez que solían ir á cazar, descansaban en la ventilla del Tío Basilio, haciendo un consumo cuyo valor pagaban quintuplicado.

Cuando empieza nuestra Relacion, la mujer del ventero habia muerto, y su hijo mayor, de quien se habia hecho cargo su Padrino y Tío, que era un religioso de Santo Domingo, habia estudiado con gran provecho la carrera eclesiástica, y pasado como Capellan de un Regimiento á Lima. Así era que el Tío Basilio vivia solo y aislado; sin mas compañía que la que le proporcionaba de noche su hijo menor, ente estúpido y de pocas palabras, que desde la muerte de su Madre se habia acabado de entumecer; porque así como las naturalezas físicas endebles necesitan nutrirse por mas tiempo de los pechos de sus Madres, las naturalezas morales endebles necesitan por mas tiempo nutrirse de los cuidados y enseñanzas de estos sus terrestres ángeles custodios.

La humanidad tiene dos ideales; la vírgen y la Madre: así es que Dios las unió para formar el adorable Ser por medio del cual se identificó con ella.

Era una hermosa mañana del mes de diciembre. Estaban sentados ante la puerta del ventucho, sobre un banco de tosca mampostería, el Tío Basilio, que era ya un viejo débil y encojido, y su compa-

dre el Tío Bernardo, que era un anciano aun verde, robusto, ágil y jovial. Al frente, y á alguna distancia, estaba recostado sobre unas matas de palmito, un muchacho de mediana estatura, de talle delgado, que vestia el traje de cazador, que consiste en unos sajones de *raja*, (1) polainas y un capotillo que se pone por la cabeza como alforjas, de los que por la parte interior tienen faltriqueras, en que se guardan el pan y la caza menuda. Su cara pálida, aunque de buenas facciones, y como dice la expresion vulgar, *pintadita*, tenia algo de duro, y su mirada poco franca, si bien denotaba agudeza, no tenia nada de la jovialidad tan propia de la juventud. A su lado estaba su escopeta y un reclamo (*una perdiz*), en su puntiaguda jaula, cubierta con bayeta verde. El silencio era profundo, y solo interrumpido por el sonoro soplo de un viento largo, que no pudiendo hacer murmurar las recias é impasibles yerbas y monte bajo de la dehesa, se arrullaba á sí mismo en suave cantinela. Solo las gallinas, que tranquilas y satisfechas vagaban alrededor del ventucho, sentian su poder en sus airosas colas, que se doblaban, y solian arrastrar, haciendo dar traspiés á sus dueñas. El gallo, de cuando en cuando alzaba su coronada cabeza, é irguiéndose hácia atrás, lanzaba al aire su canto, como para atraer á su amo parroquianos. El gato, primer in-

(1) *Raja*, paño muy ordinario que usa en Andalucía la gente del campo.

ventor de *lo comfortable*, habia sábiamente escojido para acurrucarse, un ángulo de la casa bañado del sol, y al abrigo del viento, y en su duerme-vela gatuno echaba por entre sus guiñados párpados, disimuladas miradas á unos gorriones, que como los pobres de la mesa del rico, venian á buscar las migajas de la mesa de las gallinas. El sol derramaba alegría, y el silencio paz en el alma: el magnífico cielo parecia elevarla, y toda la naturaleza infundir tal bienestar, que el sentimiento íntimo cantaba en el corazon: ¡Dios mio! ¡qué buena es la vida, cuando á Tí se somete como á su principio y como su fin!

—Vaya, compadre, decia su compañero al ventero, no se queje Vd.; que parece Vd. pobre de sopa. Siempre está Vd. con *turbieses* (1). Míreme Vd. á mí, á pesar de mis cuitas. Cuando me voy á acostar, me quito el sombrero, lo pongo á un lado; y digo: aquí están las trampas:—me quito la chaqueta, la pongo al otro lado, y digo: aquí están las penas:—me *presino* y duermo como un Patriarca: pues sin trampas y sin penas, ¿quién no duerme bien? Y Vd., al que no le falta sino sarna que rascar, está siempre atollancado: ¡por *via* de Barrabás!

—Y qué quiere Vd.? si este dolor en la pierna lo he estrenado hoy, y esto echa el ribete á la empalizada! Casa vieja toda es goteras: ¡y si no fuera mas que eso!!

(1) *Turbieses*, como si dijera turbieces ó turbideces *de turbio*, tristezas.

—¿Pues qué mas le aqueja, compadre?

—¡Pues no es nada lo del ojo,—y lo llevaba en la mano! ¿Acaso no sabe Vd. que hay quinta; que han requerido á los mozos, y que mi José mete la mano en cántaro?

—¡Como ha de ser! ¡ese hueso todos le tenemos que roer! No bien rompió mi Juan la casaca (1), cuando salió soldado mi Manuel; y tuve paciencia.—Déjelo Vd. ir, compadre: asi se espavilará, que metido como lo tiene Vd. con las cabras, está el muchacho *endehesado*. Yo fuí soldado, y digo á Vd. que no me pesa, pues me hice un hombre en forma. Verdad es que fuí asistente, y tuve un amo que no sé lo que era mas, si valiente ó si bueno. Le queria... que ni que hubiese sido mi hermano menor. ¡Mil vidas hubiese dado por él! Y no es un decir. Pues ¿vé Vd. esta cicatriz en la frente? Con esta me señaló un francés en la batalla de Medellin, por ponerme por delante de mi Teniente á quien iba á matar. El matado fué él. Pero me dejó este rasguño por memoria. Su hijo de Vd. necesita espavilarse, compadre; que está *cuajado*, y no sirve para maldita de Dios la cosa.

—Señor, es un infeliz. No tiene las luces de su hermano el mayor; pero tiene sangre de horchata, compadre. Tiene el sentir mejor que el *pronunciado*.

(1) Cumplir el servicio.



—¡Ya! entónce es como los borricos; que todo se les queda por dentro. Pues si no le quiere Vd. dejar ir, póngale un sustituto.

—¿Y de dónde saco yo esos caudales, cristiano?

—¿De dónde los saca Vd? De donde los tenga metidos, compadre. Pues Vd. sus cuartos ha de tener; que bien le rinden sus cabras, y el despachillo bien le dá. Mas que lo niegue Vd., que es mas estéril que un arenal; y no gasta mas que pachorra; ni dá, mas que los buenos días. Así es que, cuando uno se acerca por acá, sucede como en el rancho de los Malpartidas: sale el perro diciendo: ¡jambre! ¡jambre!—sigue el gallo cantando: *siempre la hay aquí*;—y maulla el gato: *moriré estenuado*, miau miau.

—Vd. tiene siempre sobra de chacota y falta de razones. No se trata de bromas, compadre, sino de veras. ¿Qué hago, María Santísima, qué hago?

—Respirar por no ahogarse.

—Sólo me voy á quedar como un pitaco!

—Y hará Vd. malamente, compadre; traspase usted su venta, y véngase al pueblo.

—No puede ser eso, compadre. Aquí he vivido: estoy hecho, y no me hallo en otra parte alguna: aquí me he de estar hasta que deje esta por la otra.

El jóven, que hasta entonces habia estado escuchando la conversacion de los dos compadres, se levantó despacio esperezándose, y diciendo ¡upa!

—Hijo, le dijo el tío Bernardo, el compadre del ventero:

El que al sentarse dice ¡ay!  
y al levantarse dice ¡upa!....  
no es ese el yerno  
que mi Madre busca.

—Es que ya he andado dos leguas, contestó el muchacho.

—¡Valiente puñado son tres moscas! repuso el tío Bernardo. Pero vamos á ver: ¿quién te manda andarlas? ¿No es tu oficio rapar barbas? ¿á qué te metes á tirador? ¿Porqué te metes á aprender *laitines*? ¡Por *via* de Barrabás! Para echarla de Usia; porque tú eres de los que no se hallan bien donde Dios los ha puesto. Y esos, hijo mio, no suelen andar en el mundo por la vereda derecha.

—Tío Bernardo, dijo el muchacho echando al viejo una mirada rencorosa, tiene Vd. la lengua muy larga y muy afilada. Pero ¡anda con Dios! que le custodian sus canas.

Diciendo esto se alejó.

—¡Anda, anda, Juan Luis Navajas, le gritó el tío Bernardo, que el mucho humo te ahoga! Y no me la vengas echando de pechisacado, ni con amenazas; que á mí no me amedrentas tú, ni veinte monos como tú. Canas tengo; pero no me valen ellas para el que, como tú, no tiene ni fé ni ley. Lo que me vale es saber tú de atrás que á mí no me tienes que gallorear.

A pesar de que la serenidad de la atmósfera hizo que el que habia sido nombrado Juan Luis Navajas, no perdiese una palabra del áspero trepe que le dirigió el anciano, siguió su camino silbando y sin volver la cara atrás.

—¡Caramba, compadre, y qué *rescuadra* le ha echado Vd. al barberillo! No parece sino que ise la tenia Vd. guardada, dijo el ventero.

—Y *asina* es, compadre, repuso el tio Bernardo; porque ha de saber Vd. que mayor pícaro que ese no pisa las calles de Jerez. No todos le conocen como yo; pero yo le tengo calado como melon de plaza,—y él lo sabe,—desde cierto lance.

—¿Y á qué se mete Vd. con este hampon mal encarado? Mire Vd. que le puede salir caro, y ande Vd. con el ojo sobre el hombro. Por mí, cuando pasa de largo, le doy las gracias.

—Compadre, yo no le temo: verdad es que me tiene ganas. Pero su pellejo guarda el mio.

El lance á que aludia el honrado anciano, y que nunca salió de sus lábios, fué que una noche habia acertado á pasar por un sitio retirado en que se hallaba Juan Luis escondido y en acecho de una venganza. El tio Bernardo, que vió relumbrar en su mano una abierta navaja, le dió con su chibata un vigoroso golpe en el brazo, que le hizo soltar el arma homicida. El buen viejo la recogió, á pesar de haber querido impedírselo el barberillo.—Oye, Juan Luis, le dijo; no quiero per-

derte: si me lo quieres agradecer, sé hombre de bien.

Desde entónces lo que debió ser agradecimiento, se habia tornado en el aprendiz de barbero en un profundo ódio. Si las malas y soberbias naturalezas se rebelan contra toda superioridad, hácenlo con redoblado tédio y encono contra la de la virtud, por ser la mas incontestable.

Juan Luis se internó en la sierra, en donde á poco, se encontró con José Camas y sus cabras. Fuése á él, como tenía de costumbre, para pedirle leche; y mientras José, que se entretenia mucho en su soledad con las cosas que solia contarle Juan Luis en pago de la leche, se apresuraba á ordeñar una de sus cabras, le dijo éste:

—Con qué.... ¿entras en suerte, José?

El mas vivo terror se pintó en la cara del pobre idiota, que le respondió casi llorando:

—¡Mira tú, mi Padre que no me quiere libertar! ¿De qué le servirán á su mercé sus dineros?

—¿Pues qué, tiene dinero tu Padre? preguntó Juan Luis.

—¡Vaya! mas de cien onzas, ó una multitud asi-na; todo lo que gana lo hace oro. Y cuando murió el Padre de mi Madre, tomó su mercé su parte de casa en duros de oro.

—¿Pero dónde lo tiene guardado? tornó á preguntar el cazador.

—Mi Padre está en que yo no lo sé, porque me

cree muy *cuaco*, respondió José echándose á reir; pero lo sé; y muy bien que lo sé! Una noche, y cuando todo estaba solo, hizo su mercé un hoyo en la pared contra el suelo, debajo de la cabecera de su cama; allí lo metió, y cubrió el agujero con un ladrillo y mezcla, y luego todo lo encaló: así solo un zahorí dá con el escondite. Pero ya que no me quiere libertar, voy á tocar de suela; y zapatos han de romper ántes que den conmigo.

—No hagas tal, José, le dijo su interlocutor: ¿dónde irás de prófugo que no den contigo los demás mozos? En cogiéndote, te meten en gayola, y en seguida te cargan con el fusil. Mira: yo tambien entro en suerte; y si salgo soldado, iré con los otros: lo demás no es sino tirar coces contra el aguijon. Más adelante, y cuando se presente ocasion oportuna, desertaremos con más seguridad.

La cara del cabrero se iluminó al saber que Juan Luis iba á correr la misma suerte que él.

—¿Y me llevarás contigo si huyes? le preguntó.

—Sí, respondió el aprendiz de barbero, siempre que me prometas callar como un poste: ¿lo harás?

—Por el alma de mi Madre! contestó el cabrero.

Algun tiempo despues de las escenas referidas, habia tenido lugar la quinta; y tanto al barbero, como al hijo del ventero, les habia tocado la suerte de soldados, y habian sido conducidos á Sevilla. Como es de suponer, José cayó completamente en la dependencia de Juan Luis, que hizo de él una es-



pecie de asistente. Despues de algunos meses de servicio en el Regimiento, el barbero se propuso llevar á cabo su bien combinado plan de desercion que habia urdido, y que solo el dia ántes comunicó á su compañero.

Huyeron, pues, siguiendo la direccion del camino real hácia Jerez, internándose antes de llegar á este pueblo, por la sierra de Algar. Al sol puesto estaban extenuados, y Juan Luis envió á su seide José á unos pastores que éste conocia, para pedirles pan, lo que hizo ciegameute. En seguida le dijo que cuando anoheciera y hubiese seguridad de que nadie transitase por la vereda, deberia ir en casa de su Padre, y haciéndole presente su situacion, exigirle algun socorro para llegar á Gibraltar, en donde no les faltaria trabajo y seguridad. Pero cuando se acercó la hora, fué de parecer que valia mas que fuese él mismo de parte suya, por tal de evitarle el primer golpe de cólera de su Padre, á quien él se suponía capaz de convencer de la obligacion y necesidad en que estaba de socorrer á su hijo. Cuando la noche hubo cerrado, emprendió Juan Luis su marcha; pero volviéndose atrás, pidió á José su navaja, por si le acometia el perro bravo de su Padre, y asimismo un pañuelo para atarselo á la cabeza: ambas cosas le fueron al punto entregadas por José.

Al cabo de una hora, volvió Juan Luis. Si el pobre cabrero no hubiese sido simple, habria notado alte-

racion en la voz de Juan Luis, cuando éste le aseguró que habia hallado á su Padre inflexible; que solo habia podido arrancarle su traje de pastor; que se le traía para que se le pusiese y se inter-nase en la sierra, pues eran perseguidos; que por mas seguridad, era necesario separarse; y que él se iba hácia Portugal, donde esperaba quedar oculto.

Abria el dia tras de los montes de Ronda, sonrosado, fresco y perfumado, como se abre una rosa. La naturaleza cantaba por las gargantas de sus pájaros; el ganado mugía: las yeguas venidas para la trilla, unian el sonido metálico de sus cencerros á las demás armonías campestres, y el labrador se persignaba antes de emprender el afanoso trabajo de la siega, que no obstante ama instintivamente, pues es la recoleccion del gran don de Dios ¡el trigo! el trigo que tanto venera el cristiano, pues es el santo alimento que Dios le enseñó á pedirle!

Caminaba el tio Bernardo como siempre, con firme paso y lijero corazon, hácia el monte de que era guarda; acercábase á la venta de su compadre, y al llegar, extrañó ver la puerta abierta.

—¡Vaya! pensó, que ha madrugado el compadre! me alegro: por lo visto, no le aqueja hoy achaque.

Asomóse á la primera pieza; pero á nadie vió  
—¡Compadre? gritó en rúcia voz, y nadie con-

testó. Solo el perro del ventero aulló lúgubrementel

El tio Bernardo pertenecia á una clase de hombres comunes en España, que tienen una impasibilidad completa, que ni altera el temor ni perturba la sensibilidad; que reciben las impresiones claras y definidas por la razon, y no por confusa aglomeracion de sensaciones, las que anticipan los hechos y los abultan. Y no obstante, la soledad, el aire de abandono, el hosco silencio,—solo interrumpido por el lúgubre aullido del perro, que parecia helar aquella casa,—le impusieron. Paróse un momento, y volviendo la vista en torno suyo:

—¡Jesus María!—exclamó con hondo acento, al ver caída en el suelo una ensangrentada navaja. Arrojóse hácia la alcoba, empujó con violencia la puerta, y apénas la hubo abierto, dió un paso atrás. Deshecha la cama, su mal colchon tirado en el suelo cubria un bulto, pero no tanto que no asomase una mano lívida, la que yacia en una laguna de sangre: á su lado estaba sentado el perro, que volvió á aullar con mas desconsuelo al ver entrar al amigo de su amo. Las tablas y los bancos de la cama habian sido desviados con violencia de su sitio, y en el suelo se veia una palanqueta, con la que se habia abierto un hoyo en la pared cerca del suelo; allí, un hueco oscuro y vacío; y cerca, algunos escombros con manchas de sangre. Todo esto lo vió y observó el tio Bernardo de una sola mirada.

—¡Robado! murmuró; su oro le perdió!

Acercándose en seguida al colchon, lo levantó por una punta. El infeliz ventero yacia boca arriba: en la lucha que debió preceder á su muerte, su camisa se habia desgarrado, y así dejaba descubierta una enorme herida que atravesaba su vientre. Agotada la sangre que por ella se habia vertido, veíanse los bordes de la herida gruesos y blancos desviarse uno de otro, como para dejar entrever las destrozadas entrañas de la víctima; la que con los ojos de par en par, y desatentados, y la boca abierta, como lanzando el último grito para pedir socorro, yacia ofreciendo el mas espantoso cuadro que puedan formar la muerte violenta y el crimen misterioso.

—¡Muerto! murmuró el tio Bernardo: ¡Dios le haya perdonado! añadió dejando caer el colchon sobre el horroroso espectáculo, que algunas horas despues habia de hacer desmayarse á un jóven escribiente, que acompañó al juez al lugar de la catástrofe.

El tio Bernardo salió, ató una cuerda al perro, que se llevó consigo, atrancó la puerta de la casa lo mejor que pudo, y se volvió á Jerez á dar parte á la justicia.

Del sumario y declaracion de testigos resultó averiguarse:

Que el ventero debia tener una buena cantidad de dinero, lo que era confirmado por los alterca-

dos que tuvieron el Padre y su hijo José sobre ponerle sustituto; afirmando el muchacho á cuantos hablaba, que á su Padre le sobraba dinero para libertarlo, y negándolo el primero:

Que el escondite donde guardaba ese dinero, era evidentemente el hueco vacío, abierto aquella noche en la pared; y que nadie podia tener noticias de este lugar secreto sino su hijo:

Que la navaja teñida en sangre hallada en la pieza inmediata, con la que indefectiblemente se cometería el asesinato, pertenecía á José, como lo afirmaba el armero que se la vendió en dias de marchar:

Que segun una requisitoria enviada de Sevilla, habia desertado José de su Rejimiento la víspera de la infausta noche en que se cometió el crimen:

Que la tarde ántes, al ponerse el sol, habia vagado el desertor por las cercanías, segun deponian unos pastores, á los que habia pedido pan y agua, por no haber probado bocado en todo el dia:

Que buscando la partida al delincuente, habian hallado entre unas matas un pañuelo ensangrentado, que presentado á una muger que lavaba la ropa al Padre y al hijo, habia reconocido como perteneciente á José:

Que, fuera del dinero, lo único que habia faltado de casa del ventero, habian sido la zamarra y calzones de piel de cabra, que como pastor gastaba José, y algunas otras prendas de vestir del mismo.



Por consiguiente alcanzó el juzgado la convicción de que era José el parricida, y el pueblo alzó su poderoso anatema contra el desnaturalizado hijo, y levantó con horror su dedo señalando aquella solitaria venta, antro del mas espantoso atentado, la que fué abandonada, despues de clavar en la puerta una cruz negra, y quedó silenciosa y vacía como un horroroso cadalso despues de haber servido. El techo se hundió, el olivo se secó, y el vallado se desmoronó, cual si el terrible Simoun hubiese pasado sobre ellos!

En noches tempestuosas, cuando el viento que gime, busca por simpatía los lugares que asombran, entrábase á aullar en la vacía estancia, y algun portazo que daba con violencia, hacía estremecerse al guarda ó al pastor que vagaban en aquellas cercanías!

Mas el reo no pudo nunca ser habido.

Algun tiempo despues de la perpetracion del crimen cometido en la solitaria venta, llegaba á un cortijo situado en la vertiente de levante de la sierra de Ronda, no léjos de Coín un hombre vestido de cabrero, enfermo y extenuado. Compadecidos los trabajadores y el aperador, le auxiliaron en lo que pudieron, y preguntándole quién era y cómo se hallaba en aquel estado, les respondió que era su oficio cabrero; que habiendo salido soldado, habia desertado, porque no se hallaba sino en los montes y al aire libre. Casualmente necesitaba el

dueño del cortijo de un cabrero; y así, en cuanto restablecido estuvo, pusieron á su cuidado una piara de cabras, con las que se internó en los montes, en donde siguió oculto y desconocido, vejando tranquilamente como los alcornoques, robles y acebuches, sus compañeros.

Por ese mismo tiempo salia de Gibraltar un barco con destino á Lima. Veíase pasear sobre la cubierta un jóven con elegante vestido de viaje, con un casaquin de mahon, pantalon igual y un sombrero de ancha ala, rodeado con primor de una cinta negra, cuyos cabos pendian por la espalda. Este jóven, de aire petulante é insolente, era llamado D. Victor Guerra, y segun se susurraba, aunque no se sabia por él, iba á Lima á recoger la herencia de un pariente: por lo cual los demás pasajeros le acataban, incluso el capitán. Bien agenos de que aquel que por la insolencia con que se daba tono, sentaban cortésmente á la cabecera de la mesa, era un aprendiz de barbero, un desertor, un ladron, y un infame asesino! Porque éste pasajero arrogante era Juan Luis, el asesino del infeliz ventero, que provisto de documentos falsos, fabricados por un judío en Gibraltar y bien equipado á favor de las robadas onzas, iba á América á probar fortuna, siguiendo las inspiraciones de su desmedida ambicion y de su colosal orgullo.

Cuando llegó á Lima, intentó varios medios de prosperar; pero en ninguno medró, faltándole co-

nocimientos y perseverancia: solo en el juego tuvo suerte, como suele acontecer á los pícaros. No obstante, esto no bastaba para llenar sus altas miras, ni para sostener el boato en que vivia: sus recursos disminuian, y el porvenir no le brindaba esperanzas. Asi es que se decidió, con la audacia que le era natural, por la carrera de las armas; porque siendo valiente, y estando estimulado por su ánsia de figurar y de ocupar un puesto lucido en la sociedad, sentia que no habria en su azarosa carrera empresa árdua que no estuviese pronto á acometer, ni hipocresía que no fuese capaz de sostener sin marrar ni deslizarse, para llegar á sus fines. Ardía entonces en Lima la guerra, á que puso término la batalla de Ayacucho.

Ayacucho, que en lengua india significa *el campo de los muertos*, fué el lugar en que en tiempo de Cárlos III levantó el indio Tupac-Amaro el estandarte de rebellion contra la Metrópoli; el cual fué sometido por la lealtad y esfuerzo del General Don José Lavalle, primer CONDE DE PREMIO REAL: y en ese mismo Ayacucho, *campo de los muertos*, fué donde en el año de 1824 murió desgraciada é inopinadamente la dominacion española en aquella parte de América.

Presentóse el falso D. Victor con su habitual osadía al General, que se apresuró á admitir entre sus filas al gallardo jóven, el que á poco tiempo, de cadete pasó á alférez, distinguiéndose en todas

ocasiones por su bizarría, su actividad é inteligencia. Habia sabido insinuarse con todos los oficiales que alternaban amigablemente con él, y sobre todo hacerse buen lugar con el Coronel de su Regimiento, hombre de mucho mérito y distincion, que habia casado en Lima con una muger rica, y tenia una hermosa familia compuesta de una niña y de dos niños. Eran estos instruidos por el Capellan del Regimiento, que gozaba de la confianza y amistad del Coronel, porque á las virtudes del Sacerdote y al carácter mas suave y apacible, unia las mas excelentes cualidades del hombre, y un saber poco comun.

Hacia algun tiempo que D. Gaspar Camas, á quien todos llamaban el Padre Capellan, habia caido en un profundo abatimiento, cuya causa se supo, pero sobre la cual todos callaban, como si por instintiva benevolencia esperasen que el silencio trajese en pos de sí el olvido.

Una tras otra, y con corto intervalo, habia recibido el Capellan las infaustas nuevas de la desercion del servicio del Rey, de un hermano suyo, la del asesinato de su Padre, y la de la muerte del Rector de Santo Domingo, su Tio y Padrino, que le habia educado, y al que todo lo debia. Profundamente afectado por tamañas desgracias, el Padre Capellan habia querido volverse á Europa y retirarse á la soledad; pero los ruegos del Coronel y de su muger, y el entrañable cariño que tenia á los niños, le detuvieron.

Búrlase á veces la suerte de la justicia, con des-  
caro; y la justicia se da por vencida, porque su  
REINO NO ES DE ESTE MUNDO. Así se verificó en la  
relacion que vamos haciendo. No era solo el valor  
el que proporcionaba á D. Victor Guerra cada dia  
nuevos lauros, puesto que en el Regimiento habia  
otros muchos tan valientes como él; sino era tam-  
bien la fortuna, que no dejaba de brindarle  
las ocasiones de distinguirse, que negaba á otros.  
Ella era la que ponía su dinero al naipe que habia  
de ganar; ella la que desviaba los tiros del enemi-  
go del pecho de su protegido; ella la que le inspi-  
raba y sostenia; la que empujaba su gran ariete, la  
audacia; en fin era la locomotora que impulsaba  
su rápida carrera.

No es una verdad nueva,—pocas lo son,—que  
el éxito es el que da valor á las personas y mérito  
á las empresas. ¡Cuántos han pasado por menguados  
sin serlo! cuántos por entendidos, sin tener nada de  
ello, porque á la Fortuna le plugo burlarse de la Jus-  
ticia, segun llevamos observado!!! ¡Y qué bien dijo  
un Pero-grullo cualquiera, cuando deseó á su deu-  
do fortuna y no saber! En la opinion de los hombres  
influye el éxito tan poderosamente, que el que lo-  
gra, es encomiado, admirado y celebrado nécia y  
estúpidamente; así como el que no logra, es puesto  
á un lado y despreciado, mientras se rie la Fortuna  
de este ridículo género humano, y llora la Justicia  
su impotencia sobre la nécia muchedumbre.



Varios años pasaron, en los que el fingido Don Victor, de cadete llegó á Comandante. El nuevo Comandante deslumbraba con su lujo, su aplomo y su envalentonamiento. ¿Parecíale al asesino que el aprecio ajeno echaba indulto sobre su impune crimen? ¿Hacíase ilusion de que la nueva posicion que se habia labrado, cubria con su esplendor el negro y ensangrentado hoyo, en que robó su fortuna? ¿Creia acaso que con haber mudado de nombre se habia regenerado como el fénix, y que con el nombre del que le cometi6, era extinguido su delito? ¿Tenia conciencia? ¿tenia remordimientos? ¿tenia siquiera el temor indefinido de que el ocultísimo delito se descubriese?—No podríamos decirlo; porque estos son arcanos de la maldad que solo ella comprende.

Pero lo que sí creemos es, que hay hombres tales, que en ellos duerme tranquila la conciencia cuando no la estimula y despierta el temor. Cuando este falta,—por la seguridad de la ocultacion de la realidad en cuanto á la vindicta humana, y por falta de temor, nacida de la ausencia de la fé y religion en cuanto á la justicia divina,—la conciencia decae, se duerme; se aletarga. Pero momentos hay en los que Dios, por su divina misericordia, la sacude, la despierta, la vigoriza. Uno de estos momentos es el de..... la muerte! Y este momento parecia haber llegado para D. Victor Guerra, cuando recogido en unas angarillas en el campo de batalla de los llanos de Junin, era traído á su aloja-

miento con el pecho atravesado por una bala enemiga.

Después de la primera cura, el cirujano mandó que se avisase con prisa al Capellán, para que viniese á prestar los socorros espirituales al moribundo.

No tardó aquel en presentarse, y los amigos y demás oficiales pasaron á la pieza inmediata, dejando solos al Sacerdote y al moribundo.

Media hora después salió el Capellán. Su rostro estaba espantosamente demudado; su palidez era lívida, y sus esfuerzos no bastaban á comprimir un temblor, que hacia entrechocarse sus dientes con el cristal del vaso de agua que se apresuraron á ofrecerle.

—No es nada, no es nada: un vahido, respondía el Padre á las preguntas que le hacían.—Ese cuarto tiene un ambiente sofocante, y ántes de venir me sentía indispuesto. No es nada, señores: esto pasará al aire libre. Acudid al enfermo, que me parece siente alivio.

Efectivamente, hallaron al herido sumido en un sueño benéfico.

¿Qué había puesto á este Sacerdote, tan naturalmente sereno, en tal estado? El lector, que conoce los antecedentes del moribundo, podrá inferirlo. ¡Acababa de absolver en nombre de Dios, cuyo ministerio ejercía, al arrepentido asesino de su Padre!

El Padre Capellan habia salido, y se habia dirigido con pasos trémulos á la iglesia: allí habia caído postrado, en cuya postura permaneci6 horas. Y cuando sali6 del templo, veíase como siempre su frente serena, sus ojos tranquilos, y su boca benévola!

Habian vencido, en aquella entrevista con Dios, el santo deber á los efervescentes sentimientos humanos; el ministerio á la personalidad; el Sacerdote al hombre! La calma habia vuelto á su ánimo; mas el físico se resintió. Al entrar en su casa fué acometido de unas calenturas cerebrales, que le quitaron todo conocimiento: su esfuerzo her6ico le habia rendido.

Créese teorías morales, abstracciones místicas, exageraciones religiosas, la repetida doctrina de que las desgracias y males terrenos suelen ser favores de Dios: verdad que vemos confirmada todos los días; pero que á pesar de eso es relegada por los pensadores filósofos entre las consejas de los *estúpidos* tiempos pasados.

La desgracia que habia puesto á D. Victor Guerra á los bordes del sepulcro, habia sido el golpe con que Dios habia despertado aquella entumecida conciencia. Si hubiese muerto empapada su alma en lágrimas de contricion, después de purificada por la expiacion, se hubiese salvado. Si aun quedando en vida, otras desgracias le hubiesen sobrevenido, acaso habria perseverado en la buena sen-

da de la penitencia. Pero no fué así! Apenas convalecía, cuando un coro de alabanzas por su nueva hazaña, vino á lisonjear su orgullo; y esperanzas de adelanto volvieron á soplar sobre su insaciable ambicion. Los tres galones de Coronel brillaron en su porvenir como un punto luminoso y culminante. Mareado y deslumbrado, no pensó mas que en las glorias de la tierra. La conciencia, los remordimientos, los santos propósitos se desvanecieron: los ángeles buenos se velaron la faz, y huyeron de su cabecera!

Algun tiempo después, su Coronel, que ya entonces era General, volvía á España con toda su familia, y persuadía á D. Victor Guerra, ya á la sazón Coronel, que le acompañase. Este, que veía cumplidos sus mas ardientes deseos, concibió el propósito de alcanzar el apogéo de su suerte, consiguiendo unirse á la hija del General, que á una gran belleza y á una excelente educacion, unia las no ménos codiciadas ventajas de ser de nobilísima estirpe por su Padre, y heredera de una gran fortuna por su Madre.

Hundia la mente del ambicioso lo pasado en la profunda sima de lo borrado é inaveriguable, con reflexiones tranquilizadoras que de continuo se hacia. Desde su salida de España, se decia para sí, habian pasado diez años: era imposible que nadie reconociese en el brillante Coronel D. Victor Guerra á Juan Luis, llamado por mal nombre *Navajas*,

aprendiz de barbero de un barrio de la ciudad de Jerez. En cuanto á la muerte de un ente pobre, insignificante y aislado, como el ventero, era un hecho del que después de tantos años nadie haría memoria.

El General quiso igualmente llevarse consigo al Capellan, que solo permanecía en América á instancias suyas; pero sabiendo éste que les acompañaba el Coronel, buscó un pretexto plausible para eludirlo y separarse por algun tiempo de sus amigos.

Los viajeros llegaron felizmente á Burdeos, destino del barco á cuyo bordo iban. De allí pasaron á Marsella, y de este punto á Málaga, que era la patria del General.

Solo despues de haber llegado á esta ciudad, se determinó el falso D. Victor á pedir al General la mano de su hija, de quien habia sabido hacerse amar, y á la que se hacia ilusion de adorar.

Nunca habia amado aquel hombre sin corazon, y cuya vida agitada é inquieta, toda dedicada á dos fines, que eran conquistar un futuro tan incierto y eventual, y cubrir un pasado tan tremendo y amenazador, no le habia dejado notar que en la tierra germinan perfumadas flores y en el corazón dulces afectos. Pero ahora se persuadia de que amaba con furor; y no se mentia del todo á sí mismo. Hay personas, asi en el sexo femenino, como en el masculino, que aman en los objetos de su cariño, no su individualidad, sino la posicion, lustre y venta-



jas que el ser amados de ellas les proporcionan: que equivocan, por tanto, la pasión de la vanidad con la del amor. Sobre este asunto sabemos otro drama, que puede que refiramos otro día (1).

La proposición de Guerra no agradó al General, á pesar de la predilección con que le miraba; porque era evidente que podía aspirar su hija á un enlace mas brillante. Pero las lágrimas de esta y la intercesión de su Madre que la patrocinaba, acabaron por triunfar de su oposición.

El Coronel tocaba, pues, á la cima de su ventura: se acercaba el momento en que nada le quedaria que pedir á la fortuna, que le daba aun más de lo que se habia atrevido á pedirle. Pero acaecía, que mientras más brillante se le hacia lo presente, más espantoso yacía á lo léjos lo pasado; puesto que, mientras mas se desviaba este, y mientras más glorioso aparecía el primero, más horroroso se hacia el segundo; y por lo tanto, más espantosa la posible reunión y choque de ambos. Apartaba los ojos de este inmóvil pasado; ¡pero no por eso se desvanecía! Muchas noches se dormia sonriendo á sus glorias, á sus amores, á sus esperanzas; y solíale despertar una horrorosa pesadilla. Ya oía una voz que le llamaba por su nombre, y por su odioso apodo; ya veía á José Camas aparecer como

(1) Al hacer esta reimpression, está ya escrita la indicada Relacion, y lleva por título LA FARISEA.

testigo acusador de la muerte de su Padre; ya al ventero, de rodillas, pedirle la vida; ya maldecirle en las ansias de la muerte! Pero con los rayos del sol se desvanecian estas negras y lúgubres visiones, y volvía la confianza á su ánimo. Con el uniforme tornábase el altivo y osado D. Victor Guerra; y al lado de su prometida, se decia:—seguro estoy á la sombra de rama de tan buen árbol.

El General marchó con su familia á Madrid, en donde estaba establecido su Hermano mayor. El Coronel, que estaba en Málaga de reemplazo, tuvo que permanecer allí, por haber sido nombrado por la autoridad militar para presidir un Consejo de Guerra, que debía juzgar á un desertor con circunstancias agravantes cuyo Regimiento habia pasado á Cuba, y que habia sido hallado despues de muchos años de estar prófugo.

Habíase reunido el Consejo en el dia señalado. Seis Capitanes, formando un medio círculo, oían religiosamente la acusacion, que, con los datos recojidos en el teatro del crimen, leía el fiscal. Era ésta la de José Camas, cabrero de oficio, desertor y parricida. Del todo entregados á la alta mision que les era confiada, los Capitanes no notaron la lívida palidez, que como una mortaja, se extendió sobre el rostro del Presidente, al oír la acusacion y el nombre del reo; ni le vieron inmóvil retener con esfuerzo de atleta las oscilaciones de su oprimido pecho.

La lectura seguia , y las pruebas eran tremendas é irrecusables.

Entónces , un pensamiento de aquellos que envia el infierno , desde su mas profundo seno , á los hombres que ya tiene conquistados , se presentó fatídico y claro , como el relámpago que de su centro lanza una negra nube , al Presidente. Y fué este:— ¡la muerte de este idiota es la lápida , que para siempre sepulta mi secreto!

Un momento despues añadió mentalmente la máxima vulgar expresada por algun La Rochefoucauld popular:—dijo mi vecino: «si uno ha de morir , que se muera mi Padre , que es mas viejo que yo.»

La acusacion terminaba pidiendo la pena de muerte. La defensa fué endeble , pues no hallaba bases en qué fundarse , ni apoyo en el reo , que nada decía para disculparse , y no hacía mas que llorar negando su crimen.

El infeliz fué introducido y sentado en el banquillo.

El Coronel volvió su desatentada vista hácia otro lado.

—Pueden Ustedes interrogar al reo , dijo el Presidente con voz firme , aunque ronca y sorda.

Los tres Capitanes mas jóvenes miraron con profunda compasion á aquel infeliz , envuelto en sus pieles de cabra , indefenso , estúpido , abatido y lloroso como un niño.

—¿No decís que la noche en que se cometió el crimen, no estábais solo? preguntó el primero.

—Sí, señor.

—¿Pues con quién estábais?

Al Presidente le acometió en este instante un violento golpe de tos.

—No lo puedo decir, contestó el encausado.

—¿Y porqué?

—Porque así lo prometí, repuso llorando el infeliz preso.

—¿Y qué hicisteis con el dinero robado? preguntó otro de los vocales.

—¡Señor, si yo no he robado dinero ninguno!

—Sistema completo de denegacion, dijo otro: — ¡qué hipócritas los hay entre estos rústicos del campo!

—¿Reconoceis esta navaja? preguntó otro descubriendo la que se hallaba sobre la mesa.

—¡Yo, no! respondió el reo, que despues de diez años no recordaba su navaja.

—Basta, señores: dijo el Presidente, que al ver la navaja se habia puesto de pié con desaliento.— Que se lleven al reo.

—Señores; ¡por amor de María Santísima, mirad que soy inocente! exclamó el preso cruzando sus manos; ¡tened compasion de mí; por la Sangre de nuestro Salvador!

—Que se le lleven, gritó el Presidente.

—Señores, ¡soy inocente, soy inocente! gemia el infeliz entre sollozos mientras se le llevaban.

—Yo así lo creo, murmuró compadecido el mas jóven de los vocales.

—¿Y en qué fundais esa creencia? preguntó con vibrante voz el Presidente.

—En que al ver á ese hombre, he sentido llenarse mis ojos de lágrimas, contestó el Capitan.

—¡Prueba contundente! dijo irónicamente otro de los Capitanes. ¿Asistís por primera vez á un Consejo de guerra?

—No señor, contestó el jóven con viveza: he asistido á otro, en el que con horror y repugnancia condené al reo; porque, sobre mi conciencia, me obligaba por juramento el Código á hacerlo. Pero esta vez, y en atencion á este mismo juramento, le absuelvo.

—Sois dueño de hacerlo, dijo el Presidente; pero no ignorais que debeis dar vuestro voto por escrito y á vuestro turno.

—Es el mio el primero, repuso el jóven acercándose con viveza al pliego, y escribiendo su voto por la vida. Los demás escribieron sucesivamente los suyos, y cuando llegó el pliego á manos del Presidente, estaban los votos empatados.

La juventud, cuya hermosa prerogativa es la generosidad, habia votado por la vida; los otros tres vocales por la muerte. ¡El voto del Presidente iba á decidir! (1) Este no vaciló, y tomando la pluma escribió:

(1) Este voto del Presidente vale por uno si es de muerte,



«Visto lo que arroja de sí la causa de José Camas, es mi voto sea condenado á la pena de ser pasado por las armas, con arreglo á ordenanza y Reales órdenes aclaratorias del 17 de febrero de 1778, y 6 de marzo de 1815,» y firmó:—*Victor Guerra*.

Al dia siguiente salía en posta el Coronel para Madrid; al otro era fusilado el infeliz José Camas. ¡Pobre justicia humana, qué infalible te crees en tu arsenal de leyes y de Códigos! ¿Y qué, no basta una sola sentencia condenatoria infligida á un inocente, para hacer que se suprima ese terrible derecho de condenar á muerte, que á tan atroz, aunque involuntario atentado puede dar pábulo?

Poco tiempo despues de los sucesos referidos, se hallaba el Padre Capellan de regreso en Europa, encerrado en su habitacion de Jerez, entregado al mas profundo dolor. En sus manos tenia un papel público, en el que con fecha de Málaga se daba cuenta de la ejecucion de un parricida: «Este infeliz, decia el papel, llamado José Camas, convicto por irrecusables pruebas, nunca confesó su crimen. Fuese natural ó fingida estupidez, no pudo ó no quiso alegar ningun descargo, ni aun disculpa alguna que atenuase su horroroso atentado. Murió humilde y abatido, sin dejar hasta el último instante de protestar su inocencia.»

y por dos si es de vida. ¡Qué hermosa aparece la justicia cuando inclina su balanza á la clemencia!

A esto seguía la lista del Presidente y vocales que habían compuesto el consejo de guerra....

—¡El! ¡él! —murmuraba con asombro D. Gaspar— ¡él! ¡condenar al infeliz, cuya inocencia le constaba! ¡Pobre hermano, mas cruelmente asesinado que su Padre! ¡Pobre ser, que se ha entregado indefenso á la fiera que le ha despedazado!

El Capellan habia dejado caer la cabeza entre las manos, y de cuando en cuando un sollozo hon-do y seco desahogaba la opresion de su pecho. Die-ron unos golpes á la puerta de su cuarto.

—No puedo ver á nadie, dijo con alterada voz el Padre Capellan: estoy indispuerto.

—Abra Vd., señor D. Gaspar, que soy yo, Ber-nardo, y me precisa hablarle, dijo una voz desde fuera.

El Padre Capellan, que conoció la voz del an-ciano amigo de su Padre, serenó en cuanto pudo su semblante, y abrió.

—Tio Bernardo, le dijo, sabeis la nueva desgra-cia con que Dios me aflige, y que no estoy capaz de ver á nadie.

—Todo lo sé, contestó el anciano; y más de lo que cree su mercé. Y así vengo á decirle que su hermano era inocente.

—Harto sé, repuso el Capellan, que aquel infeliz era incapaz de cometer un crimen. Pero tales han sido las apariencias, tal su inercia en defenderse, que la verdad no ha podido hacerse luz.

—Su hora le llegará, D. Gaspar, repuso el veterano.

—¡Y será tarde! gimió el Capellan dejándose caer en un sillón.

—Esta será la pena que amargue lo que me queda de vida, señor;—dijo el tio Bernardo, por cuyas atezadas mejillas se resbalaron las dos primeras lágrimas que habia vertido aquel hombre, cuya entereza rayaba en estoicismo.—Pero este José no parece sino que era el primer interesado en que se cumpliera su desgraciado sino! Le habia encargado que lo primero que hiciese si llegaban á prenderle, fuera avisarme; y es lo primero que no hizo! Dios le crió corto de luces, y con su aislada vida se acabó de entumecer.

—¿Pues qué? ¿le visteis despues de haber desertado? preguntó el Padre Capellan con ansia.

—Si señor, contestó el tio Bernardo;—pero escuchadme, que todo os lo voy á referir.—Desde que cundió la voz de que era José el matador, dije yo que no lo era; y me las mantuve hasta con el juez, que me mandó llamar. No tenía más razon que alegar, sino que conocia, á aquel infeliz, que no era capaz de matar ni á una mosca, y que esta conviccion era más fuerte que cuantas pruebas me pusieran delante. Mis sospechas tenia yo de quién fuese el reo, porque tambien la conocia de atrás; pero no podia aventurarme á nombrarle sin una prueba que á ello me autorizase.

—Pero ¿á quién sospechais de ese atentado?— preguntó el Capellan clavando los ojos en su interlocutor.

—A un alma de Cain que vos no conoceis, Padre. Esa es harina de otro costal, y saldrá á amasarse á su vez: todo se andará, si la sogá no se quiebra! Habia yo recogido, cuando la desgracia, el perro de mi compadre, que era valiente y fiel, como de buena casta. Un dia que pasaba por la abandonada venta, el animal se paró en la puerta, y se puso á aullar lastimosamente. Por mas que le llamaba, no queria seguirme, ni desviarse de la puerta. Preciso será, dije para mí, abrirle, para que se desengañe de que su amo no está allí. Abríle la puerta, que por aquel entónces aun estaba en su lugar, y el animal entró presuroso. Anduvo las estancias como buscando, y parándose de cuando en cuando para alzar la cabeza y dar aullidos, hasta que llegando á un rincon, en el que solia dormir sobre un monton de paja, sacó de entre esta un girón de tela que se puso á despedazar con rabia. Metiré á él, y le quité aquel girón, que al examinarlo, hallé ser la tira de un pantalon, que desde luego discurrí habria arrancado aquel valiente animal al asesino, al verle acometer á su amo. Conociase que el perro habia saltado á la cintura del dueño de aquel pantalon, porque desde allí estaba arrancado el pedazo, el que tirado con violencia, se habia rajado hasta abajo; en un lado habia una pe-

queña faltriquera, y en esa faltriquera una carta.

—¡Una carta! exclamó agitado el Capellan.

—Si señor, una carta: aunque era de amores y nada aclaraba, tenia el sobre, y esto bastaba; que una chispa enciende una llama grande (1).

—¡Tio Bernardo! exclamó el Capellan levantándose y cruzando sus manos sobre su cabeza,—¡teniais en vuestras manos su salvacion, y habeis dejado morir á un inocente!

—Aguarde su mercé, señor, que no he acabado,—repuso el tio Bernardo con calor,—oid hasta el fin, y juzgad después. Al pronto, continuó el anciano, no supe qué hacerme. José andaba prófugo por desertor, y no habia podido ser hallado; y otro tanto sucedia al reo. Pensé que si ese malvado llegaba á saber que era acusado, sería capaz de matar á José, para que nunca pudiese atestiguar contra él. Asi discurrí que era mas precavido guardar esta prueba de su culpa hasta que fuese preso, y de esta suerte, imposibilitado de cometer una nueva maldad. Tenia encargado á un escribano, pro-

(1) En el territorio de la Audiencia de Mallorca se descubrió hace pocos años un horrendo asesinato, mucho tiempo despues de cometido, y sin que se le hubiese hallado rastro, por haberse encontrado en la casa en que se ejecutó, el taco de la escopeta con que habia sido perpetrado, y que era una carta de seguridad ó documento de la policía, del cual se habia quemado la mayor parte, pero quedando intacto el nombre del dueño, que era cabalmente el asesino, y confesó su crimen en cuanto de el se le hizo cargo con aquel mudo testimonio.

Asi burla la justicia de Dios, cuando quiere, las astucias de los hombres!

(N. del E.)



metiéndole un buen estipendio, que me avisase cuando viese en los papeles la prision del uno ó del otro, á pesar de que siempre estuve en el entender de que aqui serian traídos para seguirles la causa. Mas ambos parecian haber caído en un pozo; porque pasaron los años sin que nada se supiese de ninguno de los dos.

Andando el tiempo, lleváronme unas diligencias de que fuí encargado, á Ronda, y desde allí tuve que andar algunos pueblos. Un dia que me habia internado en el monte tras una liebre, me hallé con un cabrero, en el que con sorpresa reconocí á José. —¡Muchacho! le grité, ¿tú por aquí?—Si señor, tio Bernardo, me contestó sin alterarse. Pero no se lo diga Vd. á nadie; no sea que me quieran volver á llevar al Regimiento, á ponerme casaca y corbatin.—¿Y te desertaste solo? le pregunté.—No señor, con otro; pero no puedo decir quién es, porque asi me lo pidió, y se lo prometí por el alma de mi Madre.—Bien está, no te lo pregunto, le repuse; pero dí, hombre, ¿qué hicieron ustedes al desertar?—Nos vinimos á la sierra de Algar, contestó: al anochecer, mi compañero me mandó pedirle pan á unos pastores que yo conocia, porque estábamos desfallecidos.—Ya, dije, ya estoy.—Y ¿qué hicieron ustedes después?—Aguardamos la noche, me contestó José; y entónces fué mi compañero á ver á mi Padre, por si nos queria socorrer.—¿Y por qué no fuiste tú? le pregunté.—Porque mi compa-

ñero dijo que mi Padre se pondría fuera de tino si me veía desertado.—¿Y no te pidió nada tu compañero?—¿Qué me había de pedir? Pero.... sí! Recuerdo que me pidió mi navaja y un pañuelo, que no me devolvió, ni yo le pedí, porque cuando vino, estaba desatentado, habiendo visto á uno de la partida que nos venia persiguiendo. Me trajo el pobreillo —¡Dios se lo pague!—mi ropa de pastor, que le pidió á mi Padre; diciéndome que me la pusiera, y me metiese por los breñales de la sierra; que él iba á tirar hácia la raya de Portugal. Y aqui estoy.—¿Y no te dió parte de lo que le dió tu Padre? le pregunté.—¿Qué había de dar mi Padre! ¡dar! ¡ya iba! Nada le dió; eso bien se lo previne yo ántes que fuese á pedirselo.—Es que tu Padre no tendría dinero, hombre, le dije.—Si señor; ¡vaya si tenía! y mas de cien onzas de oro tambien! que yo las *cuqué* (las atisé).—¿Y le dijiste esto á tu compañero?—Si señor; pero á la par le dije que ántes se le arrancaba á mi Padre el corazon que sus onzas; y así sucedió.—Oye, José; ¿y no te dijo tu compañero que tu Padre había muerto?—¡María Santísima, señor! ¿pues qué, se ha muerto su mercé?

Mis temores tenía yo de que aquel condenado hubiese podido pervertir á José; porque al fin, dice el refran, que la sangre se hereda y el vicio se pega. Pero hizo el cuitado esta pregunta con tanta sorpresa y dolor, que si aún me hubiese quedado duda sobre su inocencia, se hubiese desvanecido.

—Si, hombre: le dije, murió!

Entonces José se puso á llorar á sollozos: le consolé cuanto pude, y acabé por decirle que veria de lograr su indulto. Pero que si entre tanto era reconocido y preso, le encargaba que lo primero que hiciese fuera darme aviso, lo que me prometió: despues de lo cual, nos despedimos. Apenas habia andado unos pasos, cuando me volvió á llamar.—Tio Bernardo, me dijo, en la pared de la cabecera de la cama de mi Padre, pegado al suelo, hay un hoyo en donde tenia mi Padre emparedadas sus onzas; sáquelas Vd. y mándele decir misas al pobrecito de mi alma.—Bien está, contesté compadecido de ver cuán ajeno estaba el cuitado de la espantosa realidad y del tremendo cargo que, gracias á las astucias endemoniadas del otro, sobre él pesaba.—Vuestro Padre fué el muerto, prosiguió el tio Bernardo presentando á D. Gaspar la tira del pantalon que contenia la carta: aquí teneis la condenacion de su verdugo!

El Padre Capellan alargó bruscamente la mano para asir lo que le presentaba su interlocutor; pero la retiró con un movimiento de horror.

—Envolvedla de nuevo en los papeles en que la guardabais, le dijo. Y mientras el tio Bernardo cumplia con despacio el encargo, el Padre Capellan se paseaba en un violento estado de agitacion por la estancia.

—Ya está, dijo al fin el anciano alargando un

bien envuelto bulto al Capellan; mas éste, parándose ante su interlocutor, pálido y alterado el semblante, pero con una mirada inspirada, le dijo:

—Los muertos solo necesitan sufragios. Guardad vuestra prueba condenatoria: yo la rehuso.

—Señor, exclamó el anciano, ¿no deseais que se castigue á un criminal?

—No, porque..... esto ya nada remedia!

—¿Y os parece poco que se sepa la verdad? ¿no quereis revindicar la memoria de vuestro hermano?

—¿Para qué? repuso con abatimiento el Capellan.

—Para borrar la ignominia que deshonra vuestra familia, que aunque pobre, tiene patente de honrada.

—Mi familia se extingue en mí.

—¿Y vos quereis cargar con el sambenito, señor?

—Yo, tio Bernardo, no permanezco aquí donde me conocen. Pienso agregarme á las misiones de China, de las que pocos vuelven.

—¿Y la justicia? ¿y la vindicta pública, señor?

—Sus ministros tiene, tio Bernardo.

—¿Pues qué, ¡perdonariais!....

—Haré lo que pueda para lograrlo. Y lo primero será no tratar de perseguir al reo.

—Señor, —dijo con una mezcla de respeto y de impaciencia el tio Bernardo;—eso es ser santo!

—No: es simplemente levantar la mano en las cosas de la justicia mundana, en las que no quiero

intervenir. Y no creais que sea preciso ser santo para esto: la sola sabiduría humana lo enseña; pues un poeta indio ha dicho: «la virtud perdona al malvado, como el sándalo perfuma el hacha que le hiere.»

—El Padre de su mercé decia que José tenía sangre de horchata; y quiéreme parecer que ésta es la de toda la familia, Padre Capellan. Si yo supiera dónde habia de dar con el reo, habia de llevar su merecido. Y más le digo á su mercé; y es que creeria cumplir con mi deber de hombre honrado, arrancando la máscara á un bribon.

—Cada cual tiene ó entiende los suyos á su manera, tio Bernardo, contestó el Capellan. Pero difícil será que deis con él; que desaparecido hace diez años, estará expatriado ó muerto. Rogad mas bien por su alma, ó por su conversion.

—Señor, dice el refran «que á carrera larga nadie escapa.» Y ahora que no puede dañar, no he de parar hasta que dé con él; que «con viento se limpia el trigo; y los malos, con castigo.»

—Si con buscarle y acusarle cumplís con vuestro deber de hombre honrado, al perdonarle cumplís con una virtud de cristiano, tio Bernardo.

—¡Por vida de sanes! exclamó el anciano, eso es perdonar sin tino, señor; y maldades hay que no lo merecen.

—No hay culpa exceptuada en el gran precepto del perdon, tio Bernardo.



—Pues señor, repuso el veterano con energía, yo no estoy como su mercé, con un pié en el cielo ¡y le aseguro que si doy con ese bribonazo, por la leche que mamé! que ha de pagar sus delitos. ¿Y creéis, Padre, que me condenaré por eso?

—No digo eso, amigo Bernardo, no digo eso: he expresado mi sentir sin acriminar el ajeno. ¿Pero á qué discurrir sobre este asunto, cuando es casi una imposibilidad que halleis al que creéis reo?

—¿No hallé á José? repuso con viveza el anciano.

—Fué una gran casualidad, tio Bernardo.

—Es que hay casualidades que parecen providencias, señor D. Gaspar.

—Considerad que diez años cubren con un espeso velo lo pasado.

—Señor, dice el refran que MÁS LARGO ES EL TIEMPO QUE LA FORTUNA. Se hallará. Y ya que vos no quereis hacerlo, yo le buscaré; y si le hallo..... ¡de Dios le venga el remedio! Por lo pronto voy á llevar mi deposicion al juez, dijo el anciano alejándose precipitadamente.

Una mañana estaban reunidos el General y su hermano mayor en el despacho del primero, que habitaba una hermosa casa, en una de las calles principales de Madrid. El General parecia abogar con calor por alguna cosa que su hermano reprochaba, y ambos interesados altercaban en su contienda.

—En ninguna época, como en la nuestra, decia su hermano al General, se han visto hombres colocarse en primer término, y figurar, ya por su riqueza, ya por su rango, ya por su preponderancia política, ya por sus excentricidades, sin que se haya averiguado ni el rincón oscuro de donde salieron, ni las circunstancias que les sirvieron de escalones para subir. Mancomunado el misterio en que se envuelven estos improvisados personajes, con el *qué me se dá á mí* de una sociedad que vive al día, sin cuidarse más que de lo presente, lo pasado queda sin huéllas, como el rastro de un barco entre las olas del mar. Se ha filtrado tanto esta tendencia, se ha generalizado á tal punto este divorcio con el pasado, este desdén por la cuna, este olvido indiferente hácia aquellos á quienes debemos la existencia, nuestra crianza y nuestro nombre, que es poco frecuente oír á los hijos en general, y á los encumbrados en particular, recordar á sus Padres con aquel cariño, aquel respeto, aquella veneración que les es debida solo por serlo.

—Hermano, —contestó el futuro suegro del Coronel, —es tendencia general de los ancianos, la de enaltecer el tiempo pasado, deprimiendo el presente. No quiero seguirte en este monótono carril.

—Cierto es que así sucede á ancianos y no ancianos, cuando se trata de las malas tendencias que dominan. Y cada era tiene las suyas propias, porque la humanidad, así como las naturalezas, son

y serán imperfectas, por más que los filósofos regeneradores y los modernos Hipócrates se afanen en querer lo contrario. Si curan una enfermedad moral ó física, aparecerá otra nueva; y siempre morirán igual número de vivientes con otras enfermedades, y aparecerán malas tendencias con otros giros. ¡Esto ha sido, es, y será siempre!

—¿Y todo esto, repuso el General, para venir á caer en que desapruebas el casamiento de mi hija con el coronel Guerra?

—Es muy cierto, hermano.

—¿Y sin mas razon, prosiguió el General, que la de no conocer á su Padre, á su abuelo y á su tatarabuelo?

—En parte sí, puesto que han de ser los de sus hijos, que serán mis sobrinos y herederos.

—Son unos ricos hacendados de Zahara, y su apellido es ilustre.

—No hay apellido ilustre sin filiacion. Me he informado por conducto fidedigno, y he averiguado que si bien existen individuos de ese nombre allí, son pobres jornaleros, que han tenido un hijo que en 18..... fué embarcado como soldado para América, y que están en la persuasion de que su hijo ha perecido, pues nunca más han vuelto á saber de él..... El Coronel dice que sus Padres han muerto: ahora bien, ¿qué te parece de renegar así de sus Padres porque son pobres?

—Seria horrible si fuese cierto.

—¿Y qué te parece, hermano, el decirse hijo de ricos propietarios, siéndolo de pobres jornaleros?

—Sería ridículo, si fuese exácto.

—¿Me darás, pues, la razon si desapruebo este enlace con un hombre que une al feo borron de descastado, tan miserable vanidad?

—Hermano, no creo en tus noticias; esos Guerras serán otros; es un apellido muy general. Mas dado caso que fuesen ciertas, —¿son estas debilidades humanas, suficientes para contrapesar las muchas otras ventajas que hacen del Coronel Guerra una boda brillante si nó lucida? Su carrera es brillante, su mérito incontestable.

—Bien está, bien está; eso es en cuanto á su vida militar. ¿Pero... y en la privada?

—No hay uno de sus compañeros que no haga de él en éste punto elogios; además es rico.

—Sí, dijo con amarga sonrisa el anciano; fortuna hecha al juego!

—Eso es pecado venial en América, hermano, repuso riéndose él General penosamente afectado, y no pudiendo dejar de defender á su presunto yerno.

—¡No digo! exclamó con amargura el anciano: ¡lo pasado es el surco en el mar! ¿Qué extraño es que se pierda la vergüenza, si hoy dia, aun personas tan virtuosas y llenas de pundonor como tú, se constituyen en quita-manchas de las mas féas?

—Pero, hermano, —dijo con triste inquietud el General; —mi hija le quiere.

—Tu hija es una excelente y dócil niña, que no se habria dejado llevar de su cariño, si te hubieras opuesto á él.

En este momento entró radiante el Coronel, el que halló, como de costumbre, frio y seco al hermano del General. Este, en cambio, se esforzó en indemnizar á su futuro yerno de tan visible desvío prodigándole muestras de afecto y de cordialidad.

No habia pasado un cuarto de hora, cuando dieron unos golpes á la puerta del despacho.

—¡Adelante! gritó el General.

Abrióse la puerta, y apareció en el quicio un anciano aseadamente vestido con el traje de campesino andaluz.

—¡Bernardo! ¡por fin viniste! —gritó el General, apenas le vió, arrojándose hácia el recién entrado, y echándole los brazos al cuello. Cogiéndole en seguida de la mano, lo arrastró tras de sí al interior del despacho, y presentándosele á su hermano y al Coronel,—aquí teneis, dijo, á Bernardo, mi fiel y valiente salvador, al que debo la vida. Mirad, mirad, añadió desviando las canas de la sien del que llamaba su salvador, mirad esta cicatriz que estampó el sable del enemigo; aqui está imborrable la prueba de su lealtad, como lo está su recuerdo en mi corazon. ¿Pero cómo te va, amigo? Ya veo que los años han pasado sobre tí como sobre un robusto roble, sin haber hecho mas que platear tu cabello y curtir tu enérgico semblante.



—Señor, contestó el anciano, de salud no me va malamente; y de ánimo lo mismo. Pues aunque mis tramosos paso, no me amilano; que pesadumbres no pagan trampas. Su mercé Usía sí que está arrogante! ¡Ya! ¡cómo que tiene diez años menos que yo! ¡Ya sé que su Excelencia se ha casado, y tiene hijos como pimpollos! ¡sea para bien!

—Ya los verás, Bernardo, ya los verás; ¿y los tuyos? ¿y tu mujer?

—Señor, mi mujer está tan encojida y arrugada, que parece una castaña pilonga. Los hijos, uno sirve al Rey; los demás están casados, y con un celemin de hijos.

—Bernardo, tú no te separas ya más de mí.

—Señor, ¿y cómo dejo á la mujer?

—Te la traes.

—¡Qué, señor! mas fácil es traerse á la Cartuja! Allí está endiosada entre los hijos y los nietos, y con mas raíces que una cepa.

—Pues bien, voy á fincar, y no te faltará buena colocacion: tus trampas cuéntalas desde ahora entre los muertos. Aquí tienes, añadió el General señalando al caballero anciano, á mi hermano, de quien tanto te hablaba; y aquí, prosiguió señalando al Coronel, al que va á ser mi yerno.

Al ver al antiguo asistente, D. Victor Guerra habia mudado de color, y hasta hecho un movimiento para tomar su sombrero y alejarse. Pero reflexionando con su acostumbrada presencia de ánimo

que el encuentro con aquel hombre no era fortuito, y que debería repetirse diariamente en lo sucesivo, sostenido por su siempre triunfante audacia, y por la confianza de que no era posible que fuese reconocido, habia vuelto á sentarse, —al parecer tranquilo,— y leía un periódico. Al oirse presentar por el General á su antiguo asistente, levantó con arrogancia la cabeza, que inclinó ligeramente para saludar al reciénvenido.

Pero apenas le hubo fijado éste, cuando se pintó en su abierto semblante el mas profundo asombro, y no pudo desviar la vista de aquel rostro pálido y altanero.

Entretanto el General se habia levantado y tocado la campanilla.

—Llévate, le dijo al criado que entró, á este huésped que me ha llegado: que se le sirva de almorzar y se le atienda como á persona de mi propia familia. Anda á descansar, Bernardo, añadió, que en seguida quiero presentarte á mi mujer é hijos, que ansían por conocerte. Y empujando por el hombro al anciano, que continuaba absorto, le hizo seguir al criado.

—¿Cómo se llama ese Coronel? preguntó al criado el tío Bernardo.

—D. Victor Guerra: ¿le conoceis?

—Juraria que sí, contestó el huésped; pero por entónces no era Coronel, ni se llamaba D. Victor Guerra. Mas como de esto hace tiempo, ántes de

afirmarlo quiero cerciorarme de si es el mismo.

El tio Bernardo no habia podido pasar un bocado. A poco se habia levantado, y con pretexto de ir á buscar sus alforjas al meson, habia salido. Pero no habia pasado del portal; en el que parado, y con una mirada ardiente y ansiosa, aguardaba, —al parecer,— algo que conmovia todo su ser. No podia aun dar crédito á sus sentidos al reconocer en el Coronel al asesino del ventero; é iba á valerse de una treta para cerciorarse de la verdad.

Al cabo de media hora se oyeron pasos en la escalera; el anciano levantó su ansiosa vista, y vió bajar con toda su arrogancia al que esperaba. Retiróse á alguna distancia ocultándose en la sombra.

Apenas traspasaba el Coronel el último escalon, cuando oyó una voz que decia:

—¡Juan Luis!

El Coronel volvió instantáneamente la cabeza.

—¡No has olvidado tu nombre! exclamó el tio Bernardo, poniéndose frente al Coronel. Juan Luis *Navajas*, ladron, asesino! Lo que si pareces olvidar en tus postizas grandezas, es que «la verdad adelgaza, pero no quiebra.»

El Coronel como herido de un rayo al oir formulada aquella tremenda acusacion, habia tenido que apoyarse en la pared para no desplomarse. Mas, reponiéndose instantáneamente, —como el que habiendo caido en lo profundo del mar hace un esfuerzo desesperado para volver á la superficie,— se

recobró, y dijo con una vehemencia que en vano trataba de disimular bajo la capa de un frío desden:

—¿Se os ha ido el juicio? ¿deberé compadecer vuestra locura, ó castigar vuestra osadía?

—¡Osadía! repuso el anciano, cuya voz temblaba de indignacion. —¿Quién habla de osadía? ¡vil, infame! ¡tú, que sobre hurto y sangre has labrado tu fortuna! Has creído poder, como la serpiente, soltar tu piel y seguir arrastrándote impune con otra; olvidando en tu loco delirio que de San Juan á San Juan no le queda Dios á nadie á deber nada!

—¡Viejo estúpido ó insensato, refrenaos!—exclamó con ira el Coronel,—y no abuseis de la prudencia que observo, en consideracion al General. Pero, callad; y no me forceis, ó á cortaros con mi espada vuestra viperina lengua, ó á acusaros á la justicia como descarado calumniador.

—¡A la justicia, sí! á esa mostraré yo las pruebas de lo que afirmo!

El Coronel soltó una seca y acerba carcajada.

—Juan Luis, Juan Luis, dijo el anciano: por su mal le nacieron alas á la hormiga! Subiste sirviéndote de hincapié un robo y una muerte: hiciste más: urdiste con tal maldad tu trama, que en ella hiciste perecer á un inocente, creyendo que pagando él por tí, estabas salvo.

El Coronel echó mano á su espada.

—Quietos! dijo el anciano; que una muerte más

no te salva. Porque las pruebas de tu delito no mueren conmigo; que en manos de la justicia las dejé, y te está siguiendo la pista. Largo tiempo has triunfado, has lucido, has gozado!....

—La gloria y el dinero son para quien los gana, y ganados los tengo, rústico deslenguado, dijo el Coronel con altanería.

—Sí, sí, te sopló la suerte, como una desatinada que es. Pero ya todo se te acabó; y pagarás el capital y los réditos. Porque sábete, Juan Luis, que **MÁS LARGO ES EL TIEMPO QUE LA FORTUNA!**

—Considerad que yo os acusaré de calumniador infame; á no ser que generosamente os perdone, si os retractais de lo dicho, y prometeis callar esas visiones de vuestro trastornado cerebro, dijo el Coronel, que nunca perdía la cabeza. —En ese caso os prometo, en consideracion al General, ser vuestro ferviente protector. Soy rico, generoso, y el que salvó la vida á mi suegro, puede estar seguro de mi gratitud. Desde ahora podeis contar con cuarenta mil reales como principio de otros beneficios.

—¡Anda, anda, mal nacido! que aunque me ves vestido de lana, no soy oveja, respondió el veterano. El que, como tú, tiene echada el alma atrás, no es extraño que trate de sobornar á un hombre de bien. Pero yo no vendo mi honra, que vale mas que todas tus mal ganadas grandezas. ¿Pues qué? ¿te habia yo de dejar casar con la hija del General?



¿habia de dejar infamada la memoria del infeliz de José? ¿habias tú de seguir impune disfrutando el beneficio de tus iniquidades? No en mis dias.

—Pues callaréis para siempre , ya que perderme intentais, exclamó con honda voz en una explosion de ira el Coronel. Pruebas de vuestra calumnia ni teneis ni podeis tenerlas; pero basta ella para manchar mi immaculado honor.

Diciendo esto se habia arrojado fuera de sí con una pistola en la mano hácia el anciano. Pero en este momento se oyeron pasos en la escalera, y huyó precipitadamente.

Cuando llegó á su casa, habia logrado serenar la tempestad de su alma.—¡Serenidad! se dijo, ¡sangre fria, que es la que salva!—¿De qué pruebas puede hablar ese mi eterno perseguidor? No existen. Negaré. —¿Quién no creerá al Coronel Guerra cuando desmienta á un viejo estúpido? ¡En mala hora se ha hallado en mi camino! El General le aprecia y tiene fé en él: pero.... ¡valor! Juguemos el todo por el todo. Mi buena estrella no me abandonará: en ella confio.

El Coronel se fué á comer á una fonda, fortificando su impasibilidad con el bullicio, atolondrándose con conversaciones animadas, que empezaba y cortaba con desasosiego, que procuraba hacer aparecer como aturdimiento.

A la oracion volvió á su casa, en la que halló una carta. Sorprendióle, porque de nadie podia es-

perar comunicacion alguna: abríola presuroso: era un anónimo, y solo contenia estas tres palabras latinas de una concisa y conocida advertencia.

FUGE, LATE, TACE!

Aunque la letra era fingida, el Coronel creyó reconocer la del General: quedó inmóvil fijando la vista en la abierta carta que permanecia en su trémula mano.

—¡Lo sabe! murmuró. El mal viejo se lo ha dicho! Pero no le habria dado tan entero crédito un hombre de tanta cautela como el General, si no le hubiese comunicado esas pruebas de que me habló..... Pero..... ¿cuáles pueden ser?.... No existen..... ¡miente el villano!.... Y no obstante, hay ciertamente..... hay ciertamente un Génio, enemigo del reposo del hombre, que suele alguna vez, cual los vampiros, desenterrar cadáveres yertos y olvidados, del centro de la tierra. *Fuge, late, tace!* huye, ocúltate, calla!—¿Y con qué fin me traza esa línea de conducta el General? ¡Está claro! Quiere evitar un escándalo que avergüence al Regimiento de que fué jefe, que abochorne á la muger que decia amarme, y humille al que se decia mi amigo! ¡Compañerismo, amor, amistad!... ¡palabras huecas y sin raíces, que no resisten á un impulso de orgullo!

Así raciocinaba aquel hombre. ¡Y no es él solo! ¡Cuántos culpan, como él, á la sociedad y á los afectos, por no culparse á sí propios! ¿Cuál será la

verdad de que no se abuse? ¿cuál la sentencia que no se aplique mal?

Juan Luis veía—con tanta más rabia y asombro cuanto que no lo aguardaba,— desmoronarse el edificio de su insolente prosperidad, labrada por el engaño y la hipocresía; veíalo caer,—levantado como estaba sobre una sepultura y una mentira,—al empuje de un cadáver que se alzaba, y de la verdad que se hacia luz, á pesar de sus criminales esfuerzos por aniquilarlos!

Aun reflexionó algunos instantes aquel criminal, hecho tan insolente por su fortuna: se vistió en seguida de paisano, se ciñó al cuerpo un cinto de onzas, y salió. A los dos dias se embarcaba en San Sebastian para Inglaterra.

No se engañó en sus cálculos. La carta era del General. Este, cuyo carácter era mas delicado que enérgico, instruido de todo por su antiguo asistente, avergonzado como Coronel del Regimiento en que habia servido aquel infame, horrorizado y humillado como Padre, del que habia admitido por yerno, quiso á toda costa evitar el público escándalo de la aprehension y condenacion del criminal.

Cuando el tio Bernardo supo la fuga del reo, se arrepintió amargamente de haberle puesto sobre aviso, aunque le habia sido necesario acabar de convencerse de la identidad de su persona.

—Se ha escapado ese perverso Juan Luis Nava-

jas, dijo. Pero... ¿á dónde irá que á los ojos de Dios se esconda? Y Dios consiente; pero no para siempre. Su hora ha de llegar; que quien mal anda, mal acaba.

El tio Bernardo hablaba proféticamente; porque á poco se pudo leer en un periódico de los Estados-Unidos la relacion del siguiente suceso:

»Las casas de juego siguen siendo cuevas de  
»crímenes. En la pasada noche ha tenido lugar  
»en\*\*\* Street el mas horroroso suceso. No há mu-  
»cho que llegó aquí un español que se apellidaba  
»D. Claudio Jaen: su carácter altanero, su humor  
»irascible y su aire provocativo le habian hecho  
»odioso en los alojamientos en que habia vivido.  
»Pasaba sus noches en las casas de juego, en las  
»que ganaba con tan loca fortuna, que se susur-  
»raba entre los demás jugadores que no jugaba  
»limpio.

»Entre estos el mas encarnizado contra él era  
»un limeño de pocos buenos antecedentes, que ase-  
»guraba además haber conocido al referido sugeto  
»en Lima, en donde llevaba el nombre de D. Vic-  
»tor Guerra. Supo todo esto al entrar anoche en  
»la casa de juego el llamado D. Claudio Jaen, y se  
»puso en un estado de furia difícil de describir.  
»Al ver entrar poco despues al limeño, se arrojó  
»sobre él con furia clavándole un puñal en el pe-  
»cho; mas no pudo llegar á su antagonista tan  
»pronto que no hubiese éste sacado una pistola

»que descargó á quema-ropa sobre su agresor,  
»exclamando: señores, ya veis que castigo á un  
»asesino.—La muerte de D. Claudio Jaen fué ins-  
»tantánea; el limeño vivió algunas horas, y esta  
»tarde ha dejado de existir.»

Tambien pudo verse algun tiempo después en los periódicos españoles una carta de un misionero en que daba cuenta del martirio sufrido por otro, llamado el Padre Gaspar Camas. Ambas cosas supo el tio Bernardo por el General.

—¡Vaya! dijo; cada cual ha muerto como ha vivido: el uno, como un santo Mártir; el otro, como un ladron y asesino.—Dios premie al uno, y perdone al otro!

—Vaya, Bernardo: esa es una buena palabra, que me alegro verte aplicar á ese hombre, que tanto has odiado y tanto has perseguido, le dijo el General.

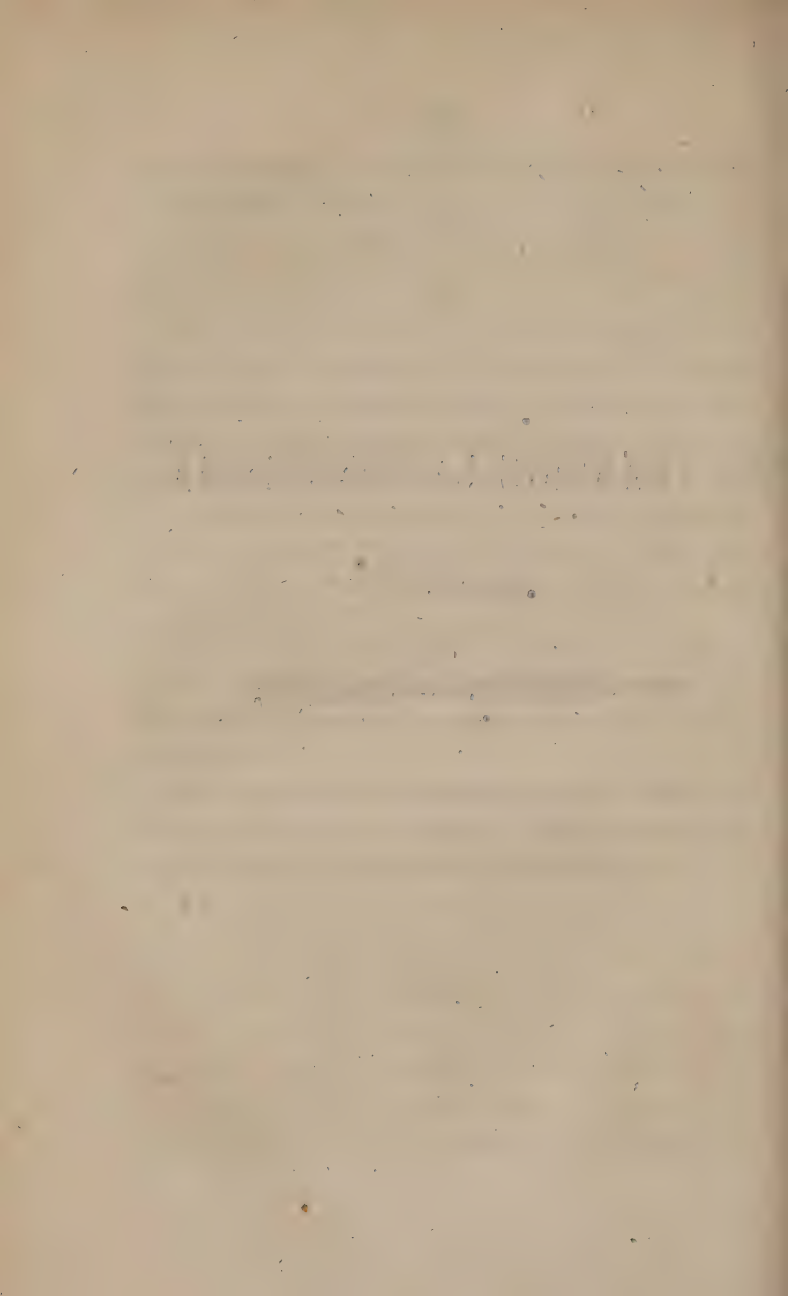
—El campo santo es un sagrado, señor!—Delante de una sepultura no debe el cristiano tener mas que oraciones! — repuso el tio Bernardo.



# NO TRANSIGE LA CONCIENCIA:

RELACION

POR FERNAN CABALLERO.



# NO TRANSIGE LA CONCIENCIA.

---

¿Porqué, pues, el mortal ciego se lanza  
tras mentida ilusion que poco dura?  
Solo asegurará su bienandanza  
la paz del alma y la conciencia pura.

*Francisco Javier de Búrgos.*

*Un seul printemps suffit à la nature,  
à reproduire ses fleurs et sa verdure ;  
jamais la vie ne reproduit  
la paix du cœur qu'un seul instant détruit.*

Bástale á la naturaleza una primavera  
para recobrar sus flores y su lozanía; pero  
no alcanza la vida del hombre para devolver  
al corazon la paz que puede destruir un solo  
instante.

## CAPITULO I.

Así como en las desiertas costas del mar se ve blanquear un nido de gaviotas en la concavidad de una peña, así aparece Cádiz en la concavidad de sus murallas. Hánla labrado tan denodadamente entre las olas, que la tierra alarga un brazo para asirla. Lleva este angosto brazo de piedra y arena,

como un brazalete, la Cortadura; esto es, una fortaleza construida en tiempo de la gloriosa guerra de la Independencia: separa las violentas olas del Océano de las tranquilas aguas de la bahía, y conduce á la ciudad de San Fernando, que en el fondo de la ensenada abre sus arsenales de la Carraca como hospitales, á los barcos que, heridos y maltratados en sus azarosas carreras, regresan á sus lares. ¡Pobres barcos, á los que los huracanes dicen: ¡marcha! ¡marcha! como los acontecimientos se lo gritan á los hombres! y que al llegar á su patria se asen á ella con sus áncoras, como niños con sus manos al cuello de su Madre.

Pasada la ciudad de San Fernando,—gallarda y digna vecina de Cádiz,—que ostenta su Calle Larga parecida á un estrado, y sus casas brillantes y sólidas como si fuesen de plata maciza; y atravesando el puente Zuazo, tan antiguo que se atribuye su construccion primitiva á los fenicios, el camino se divide en dos: el de la izquierda sigue costeanado la bahía, y el de la derecha se dirige á Chiclana. Se entra en este precioso pueblo por una arboleda de álamos blancos, que toman asiento entre verdes huertas,—á la manera de nobles ancianos encanecidos,—estimulando con su susurro á las plantas pequeñas y tiernas á crecer y fortalecerse, para resistir como ellos á los vendavales. El pueblo es grande, y el rio Liro lo divide en dos mitades como un cuchillo de plata.

Dominábanlo otras veces sobre dos alturas, una torre morisca ruinosa, como imagen de lo pasado en la una; y una lindísima capilla, como imagen de lo presente, en la otra. De pocos años á esta parte la torre ha desaparecido, y la capilla es una ruina.

Era un templo, era un altar  
donde llora el desvalido:  
yo lloré; volví á pasar...  
¡y era polvo consumido,  
que tambien me hizo llorar! (1)

Era esta capilla (dedicada á Santa Ana) de construcción redonda, y estaba ceñida de una columnata, que formaba en su alrededor una galería, desde la cual se admiraba un hermoso panorama, esto es, una bella vista circular.

La aislada y abandonada torre tenia á sus pies el cementerio; como si los hombres muertos buscasen simpáticamente la sombra de la muerta torre! Esta torre, que parecia un sello de piedra que ostentase los archivos del pueblo; que era una herencia de generaciones guardada por la comarca, como la mómia de un vencido caudillo, embalsamado por los aromas de las flores del campo; esta torre austera, que no tenia conexiones ya sinó con los muertos, que á su alrededor se volvian esqueletos; con las aves nocturnas que en sus oscuros antros, huian del bullicio y de la luz del dia; y con

(1) Don Juan Arolas.

NO TRANSIGE, ETC.



los vientos, que venian á gemir tristemente en las brechas, que podian considerarse como heridas causadas por el tiempo: ¡esta torre inofensiva no pudo escapar al moderno vandalismo! ¡Ni el respeto á los recuerdos que evocaba; ni el respeto al cementerio que tan expresivamente presidía; ni lo romántico de su aspecto; ni lo histórico de su origen, pudieron valerle! ¡Fué demolida bajo el sábio pretexto de que..... *estaba ruinosa!!!* ¡Ruinosa una ruina!! ¡ruinosa aquella torre, que llevaba los siglos, cómo vosotros los dias! ruinosa aquella mole petrificada, que hubiera vivido más que todas vuestras construcciones de yeso y de madera!

Tambien la capilla, cerrada y abandonada, ha sido presa de la destruccion. Ya ha desaparecido la columnata que tan noblemente la ceñia. Arbolado, edificios, conventos, santuarios, castillos, palacios feudales, hasta las ruinas van desapareciendo! sinque ni siquiera se levanten fábricas, ni se planten huertas para reemplazarlos, para vestir con cocos (1) y flores á la noble matrona España, en lugar de los tisús y joyas de que la despojan!—¿Qué nos quedará pues?—Dehesas para criar la fiera salvaje y feroz, cuyas lides forman el ameno y culto placer que goza con preferencia del favor del público!!! ¡Dios mio! ¿Será que la ferocidad y la crueldad del hombre necesitan un desahogo, como lo

(1) Cocos, percales.

necesita y lo halla la atmósfera alguna vez en sus tormentas, relámpagos y truenos, para descargarse de su electricidad?

En los tiempos en que Cádiz era el Rotschild de las ciudades; en aquellos tiempos en que, según decían los forasteros de fuste, hacían los comerciantes de dicho pueblo la vida de rumbo, y con la grandeza propia de Embajadores; la mayor parte de ellos tenían casas de campo en Chicla-na, que se labraban y amueblaban con extraordinaria riqueza y buen gusto. Aunque deslustrado, aun quedan grandes vestigios de aquel elegante lujo, á que la venida de los franceses de Napoleon dió el golpe de muerte.

En la época presente, en la que se cumple en muchos casos aquel conocido adagio, *se abajan adarves y se levantan muladares*; cuando los ancianos cuentan las grandezas y fáusto de aquella época; la gente, no dirémos *jóven*, sino *nueva*, cree oír cuentos de *Las mil y una noches*, y alternan en sus lábios el asombro y la crítica. Garbo, generosidad, esplendidez, son—al parecer de nuestra época,—materia para un apéndice al D. Quijote, es decir, virtudes fantásticas, que solo pueden existir en un cerebro sobreexcitado (1).

(1) Aunque la época lejana que aquí se pinta, no nos permite dibujarla con la autoridad de testigos oculares, podemos, no obstante, afirmar la exácta verdad de la pintura de aquella época, y todos sus pormenores, porque las fuentes de donde hemos sacado estos datos, son las mas autorizadas y fidedignas.

Cuando empiezan los sucesos que vamos á referir,—qué es á fines del siglo pasado,—Chiclana estaba en todo su auge, brillaba el oro por Cádiz, y esparcía sus rayos en sus alrededores, como el sol en el cielo. Solo en la Habana se sabe hoy,—cual allí se sabia entónces,—echar por ahí las onzas con la misma sencilla indiferencia con que arrojan los niños globulillos de espuma de jabon en el espacio, y con el señorío de Príncipes, que ni miran ni ponen precio á lo que dan ó gastan en obsequio de otros. Cuéntase que fué en esta época cuando la famosa Duquesa de Alba dijo á un jóven, que al ver en su mesa veinte mil duros, opinaba que esta suma, que para ella era tan poca cosa, haria la fortuna de un hombre: ¿los quieres? El jóven admitió. La Duquesa le mandó el dinero, y... le cerró su casa. Hoy dia sucederia lo contrario: no se daria el dinero; pero en cambio no se cierran las puertas al que lo adquiere, sea cual sea el medio de que para ello se haya valido.

En una de las anchas y alegres calles del mencionado pueblo, descollaba entre todas una hermosa casa, aunque solo tenia un piso algo elevado del suelo. Subíase á ella por una escalinata de mármol, y era su puerta de caoba, tachonada de grandes clavos de brillante metal. Coronaban el frontispicio las armas de su dueño esculpidas en mármol. La nobleza y la riqueza se buscan, porque primitivamente fuéron hermanas—hoy dia, ni aun primas

son! La casa—puerta,—así como el patio y todas las habitaciones, hasta las oficinas interiores,—estaban soladas con magníficas losas de mármol azules y blancas. Sostenian las cuatro galerías que rodeaban el pátio, columnas de jaspe; en el centro de éste, rodeada de macetas y estatuas de alabastro, corria una fuente sin cesar, celebrando con su pura é infantil voz, lo mismo al pimpollo entreabierto como una esperanza, que á la flor que caia deshojada como el desconsuelo. Entre columna y columna pendian, cubiertas de verdes y floridas colgaduras de jazmines y mosquetas, doradas jaulas con vistosos pájaros; un toldo de lona con puntas ribeteadas de color, cubria el pátio y conservaba la frescura, esparciendo una sombra suave como un *duerme-vela* en una siesta de verano. Las paredes de la sala eran de estuco blanco sobre un fondo celeste; la sillería y sofá, de ébano con adornos de plata maciza, y forros de gró de Tours celeste. Era su hechura sencilla y mezquina, á la griega, moda que habia entronizado la revolucion de Francia, poniéndola á la órden del día con el gorro frigio, los nombres de *Antenor*, *Anacársis*, *Temistocles*, *Aristides*, y otras cosas ménos inofensivas. Sobre la mesa, que ostentaba cuatro pies derechos é istriados, habia un magnífico reloj de mármol blanco y bronce negro y dorado. Pasado á la sazón en las artes tambien el gusto por lo pastoril é idílico, privaban entónces las graves y clásicas alego-

rías, á las que en breve debían seguir los cañones, banderas y coronas de laurel bélicas, con que Bonaparte había de hacer evaporarse en ancha atmósfera, el ardor de la calentura revolucionaria francesa. A su vez la época de la Restauración,—en la que acabó la legitimidad con el despotismo del sable, como éste había concluido con el despotismo de la democracia,—(1) trajo las ideas monárquicas y los sentimientos religiosos, con el caballerismo, la lealtad, la fidelidad y la religiosidad antiguas, que habían de introducir el romanticismo en la literatura, y el gusto gótico en las artes y modas, siguiendo luego el gusto á lo Luis XIV y Luis XV, llamado *rococó*. Cual niños, los hombres son entusiastas de lo nuevo, y pisan en seguida con desprecio lo que era su ídolo un momento ántes. Shakespeare ha dicho: «*fragilidad*, tu nombre es muger!» Bien pudiera haber añadido: «*cam-bio*, tu nombre es hombre!»

Formaba el reloj un grupo compuesto de un anciano que representaba al Tiempo; de dos bellas jóvenes desnudas y enlazadas, que se apoyaban en el anciano, y personificaban la Inocencia y la Verdad, y de otras dos figuras envueltas en negros velos, que figuraban la Maldad y el Misterio hu-

(1) Dice Dumas á quien no se tachará por cierto de antibonapartista ni de legitimista:—«Por espacio de setenta y dos años llevó Luis XIV la corona y REINÓ;—por espacio de diez y nueve años tuvo Napoleon en su mano el cetro, y gobernó con el despotismo.»



yendo del anciano, que con el dedo levantado parecía amenazarlas. La efigie del viejo estaba bien y característicamente esculpida, y cuando á su expresivo gesto se unia la clara y vibrante voz de la hora que contaba á sus muertas hermanas, parecía amenazante la voz del austero anciano, y no podia ménos de conmover al que, meditando sobre el sentido de aquella alegoría, oía resonar sus pasados ecos.

A cada lado del reloj habia un candelero formado de un Negro de bronce, posado sobre una base redonda de mármol adornada de cadenitas del mismo metal: llevaba el Negro sobre la cabeza y en cada mano, unos cestos de flores doradas, en cuyos centros se colocaban las velas. El techo de la sala estaba pintado, figurando leves nubes blancas y grises, entre las que asomaba una Ninfa ó Hija del Aire, que en sus manos parecía sostener los cordones y borlas celestes, de que pendia una lámpara de alabastro destinada á filtrar una luz suave como la luna, luz que favorecia en extremo la belleza de las mugeres, y era adoptada para tertulias de confianza. En medio del cuarto, sobre un velador de mosaico, habia un gran globo de cristal, en que nadaban pececitos de colores, que ostenta el agua en competencia con el aire, que muestra sus encantadores pájaros, y con el jardin que ostenta sus deliciosas flores. Allí vivian suaves y callados, sin que les intimidase la transparencia de su círcu-

lo de accion mirándolo todo con sus grandes ojos sin comprender nada, cual pequeños idiotas. Coronaba este globo otro mas chico, que estaba lleno de flores; y habia profusion de ellas colocadas en jardineras en los huecos de las ventanas. Pendian de estas, cortinas de muselina guarnecidas de encajes, poco mas ó menos como se ven hoy dia, con la diferencia de que la muselina de aquellas no era inglesa, sino de la India, y que los encajes no eran de algodón y de telar, sino de hilo y de bolillos. Como era verano, las persianas no dejaban penetrar en la sala sino una débil claridad: la atmósfera estaba embalsamada por las flores y por pastillas de Lima.

Sobre el sofá estaba recostada una mujer de extraordinaria belleza: una profusion de rizos rubios cubrian una de sus manos de alabastro, en la que se apoyaba su cabeza, reclinada sobre uno de los cojines del sofá. Un peñador de olán, guarnecido de encajes de Flandes, cubria sus perfectas y juveniles formas; y solo asomaba por entre el encaje la punta de su pié, calzado á la moda de entónces, con media de seda y zapato de raso blanco. Las damas de importancia no gastaban otro á ninguna hora del dia, y llegó el lujo hasta gastar zapato de encaje forrado de raso de color. Los apóstoles de la última moda, sobre todo si viene de allende, grandes admiradores de los *brodequins*, echan una mirada de soberano desprecio sobre ese

rico y elegantísimo uso, que tiene dos pecados mortales—*el ser antiguo, y el ser español.*

Brillaba en la mano izquierda de la jóven acostada en el sofá un magnífico brillante; y con un pañuelo de olan, bordado en Méjico, que en ella tenía, enjugaba de cuando en cuando una lágrima, que se deslizaba lentamente por sus anacaradas mejillas. Sin duda piensa el lector haber adivinado que esa lágrima solitaria que vierte una mujer jóven y hermosa, rodeada de aquel lujo, indicio de una posicion envidiable, es y no puede ser sino una lágrima de amor. Sentimos decirlo: el lector ha adivinado mal. Y en obsequio á la verdad, y aun á costa de desprestigiar á la heroína de nuestra relacion, tenemos que decir que esa lágrima no era de amor, sino de coraje. Si; aquella lágrima tan brillante, que caia de aquellos ojos, azules como el cielo de la tarde, y que pasando por entre sus largas y obscuras pestañas, resbalaba por aquellas mejillas de tan suave y fresco sonrosado, era de coraje.—Pero antes de proseguir, es preciso referir lo que la originaba.

---

## CAPITULO II.

La jóven que hemos descrito, se llamaba Ismena, y era hija única de D. Patricio O-Carty, cuya familia habia emigrado de Irlanda, como otras muchas, huyendo del usurpador Cromwell, que perseguia dos cosas que suelen unirse: la religion y su constancia; el principio monárquico y su lealtad. La mayor parte de estos fieles, que abandonaron sus empleos, casas y tierras, siguieron á Carlos Eduardo Stuart el *Pretendiente*, á Francia, y le acompañaron cuando en 1690, auxiliado por Luis XIV, hizo este desgraciado Rey un desembarco en Irlanda, y despues de muchas vicisitudes, mandó en persona la desgraciada batalla de la Boyne. Despues de esta derrota entraron aquellas tropas, que se componian de la primera nobleza de Irlanda, al servicio de Francia y España. Acogiólas, co-

mo de suponer era, Felipe V. favorablemente, y formaron en 1709, los Regimientos de Ibernia y Ultonia, y más adelante otro tercero, que se llamó Irlanda. Mandaba estas tropas Jacobo Stuart, Duque de Berwick, hijo natural que tuvo Jacobo II de Arabela Churchill, hermana del famoso Marlborough. Ganó el Duque de Berwick la batalla de Almansa, y tomó á Barcelona por asalto; y el Rey premió sus grandes servicios á la corona con los Ducados de Liria y Jérica, y con la Grandeza de España. Tuvo este bizarro General dos hijos: el primero se naturalizó en España y llevó los títulos de Berwick, Liria y Jérica, uniéndose despues por enlace á la noble casa de Alba, que habia recaído en hembra; el hijo segundo se estableció en Francia, donde existen sus descendientes, que llevan el título de Duques de Fitz-James. Los arriba mencionados Regimientos han llegado hasta nuestros dias con los hijos de aquellos fieles; pues, segun se nos dice, existen aun noventa apellidos irlandeses en el ejército español, que honran á los que los llevan, por su lealtad, bizarría y nobleza hereditaria. (1).

(1) Creemos curioso apuntar aquí algunos de los más ilustres de estos militares irlandeses, á quienes en atencion á sus méritos, á sus servicios y al lustre de sus familias, ha compensado el Gobierno español parte de lo que en su patria perdieron.

Además de lo concedido al ilustre caudillo de estas tropas, Jacobo Stuart, se le concedió á un descendiente suyo, Pedro Stuart, el título de Marqués de San Leonardo, que andando el



Casó D. Patricio con una española, y su hija Ismena reunió la belleza de ambos tipos. Cubria sus delicadas y graciosas formas de andaluza, la alba y rosada tez de las hijas de la nebulosa Erin, á la que daba la impasible frialdad de su dueña esa limpieza y tersura transparente de la esperma

tiempo recayó en hembra, la que casó con el Brigadier D. Simon Wall, descendiente del General Ministro D. Ricardo Wall.

En 1776 hizo el Rey Conde de Ophalia al Teniente General D. Bernardo O'Connor, señor de Ophalia en Irlanda, del castillo de Philipstown, y baronía de Grashill. Cayó en hembra, y es heredera de este título la Señorita Condesa de Tilly. En 1774 creó el Rey el Condado de O-Reilly; su actual poseedor reside en la Habana. Carlos III hizo Conde de Lacy al teniente General Don Guillermo Lacy: hizo dicho Rey Marqués del Norte al Brigadier O'Neill por sus servicios en la Florida; reside en la Habana ó Puerto-Rico. En 1729 concedió el Rey el título de Marqués de la Cañada á D. Guillermo Tyrre, vecino del Puerto de Santa María, hombre muy rico, que habia hecho su caudal en el comercio con América, y que aplicó sus fondos á fundar un mayorazgo. Descendia en línea recta de varon, de Domingo Tyrre, poderoso caballero del Condado de York en Irlanda, creado en 1631 Vizconde de Limerik, de cuya dignidad fué despojado por Cromwell, en atencion á su fidelidad á su Rey y religion. En esta época emigraron otros muchos que se establecieron en Cádiz y otros puntos. Usan sus títulos Irlandeses en España los Condes de Clonard: la rama primogénita de los O-Reillys usa su título de Baron de Klonket.

En la Ibernia sirvieron los Condes de Mac-Mahon. Los Butlers son, por ramas colaterales, de la familia de los Duques de Ormond. Los Clairacs son Condes de Clairac. Los Magenys son Condes de Ibeag. Sarsfield es de una gran familia, así como los Obrian, Walsh, O-Linsh, O-Donojú, Camesford, Kinde-lan, Burk; etc.

Hoy dia ocupan altos grados en el ejército: D. Leopoldo O-Donnell, Conde de Lucena, como Capitan General: el Conde de Clonard, D. Guillermo Stuart y D. José Lemery, como Tenientes Generales; D. Tulio O'Neill, Marqués de la Granja, D. Demetrio O-Daly, D. Enrique O-Donnell, D. José Grases (de artillería) como Mariscales de Campo. Todo lo antedicho, salvo error ú olvido.

que nada enturbia. Sus rasgados ojos azul turquí tenían entre sus oscuras pestañas la altiva y entendida mirada de las hijas del Sur; su porte un poco estirado, era, no obstante, gracioso y natural. La *naturalidad* es el mayor encanto de la gracia española, tan justamente célebre y decantada. El irresistible atractivo que de ella nace, y que en otro tiempo esparcían las mujeres al rededor de sí como la llama su brillo y las flores su perfume, se lo debían á los hombres, que aborrecían cuanto era afectado y supuesto, amanerado y estudiado, anatematizándolo bien y varonilmente con la despreciativa voz de *monadas*. Hoy día parece que se tiende á lo opuesto: lo que es lo mismo que si los florentinos vistiesen á sus Vénus de Médicis por un figurín de modas. En la naturalidad está la verdad, y fuera de la verdad no hay perfección; en la naturalidad está la gracia, y sin la gracia no hay elegancia genuina.

En cuanto á lo moral,—peor dotada Ismena, que en su persona—unia al alma fría y serena de su Padre el génio altivo y dominador que había heredado de su Madre, exaltado todo por el orgullo de la niña mimada, rica, hermosa y adulada. No se ocupaba la celebrada Ismena, la rica heredera, sino de sí y de un porvenir, que se forjaba en su imaginación, lucido y brillante, cual los que pronostican las Hadas. Así fué que despreció con impertinencia el amor de cuantos jóvenes se le ofrecieron

sinceramente, no pareciéndole ninguno digno de realizar su soñado porvenir. Pero los cambios de la suerte son repentinos é inesperados, como las transformaciones de las comedias de magia. En pocos meses perdió el Padre de Ismena todo su caudal, merced á la traicion de los ingleses, que tantos barcos y caudales apresaron antes de haber declarado la guerra á España; ¡infausta guerra que nos atrajo el infausto Pacto de familia! D. Patricio, que por entónces tambien perdió á su mujer, se retiró arruinado á la bella casa de campo que en Chiclana tenia; pero en breve, ni aun ese recurso le quedó, y la casa fué puesta en venta por los acreedores.

El primer comprador que se presentó, fué el General Conde de Alcira. Volvia este General de América, donde habia pasado largos años. Aunque no tenia sino cincuenta y cinco, parecia mucho mayor, gracias á la accion corrosiva del clima de América, que con su ardiente humedad, destruye al europeo, como corroe el hierro. A pesar de su edad, habia heredado á un jóven sobrino suyo, cuyo título y mayorazgo excluian hembra.

El General, á su regreso, se trasladó á Sevilla, su pueblo natal. Allí, su cuñada,—que por él veia á sí y á sus hijas privadas del caudal que antes poseian, y del título que llevaban,—le recibió de una manera tan ágría y tan hostil, que el General,—á pesar de ser el hombre mejor, mas honrado, noble

y generoso del mundo,—se indignó, y resolvió dejar á Sevilla, y establecerse en Cádiz.

Hacia bien. En aquella época Sevilla, la grave matrona, con su rosario en la mano, vestía aun la tiesa cotilla, el alto promontorio empolvado,—que mas que peinado parecia una carga,—y los tontillos, con los que solo por una puerta muy ancha podia pasar de frente una señora. Jugaba exclusivamente en sus austeros saraos á la béciga ó al tresillo con sus Canónigos y Oidores, con sus Veinticuatro y sus Maestranes: no tenia teatro; un voto religioso se lo impedia: no tenia mas alumbrado que las piadosas luces que ardian ante sus numerosos retablos; no tenia baldosas, ni Delicias, ni paseo de Cristina; y tenia *actualidad*—como se diria ahora—aquella regla de:

En dando las diez,  
Dejar la calle para quien es:  
Los rincones para los gatos,  
Y las esquinas para los guapos.

No habia,—es claro,—Vapores, esos *corré, ve y diles*, que han estrechado los vínculos de amistad entre ambas ciudades, joyas de Andalucía. Cádiz, tan bella ó mas que lo es hoy, vestía en esta época descotadísimamente á la griega, como vemos en sus retratos á Josefina, á Mad. Recamier y Mad. Tallien, nuestra paisana, que murió no hace mucho princesa de Chimay, y otras beldades de entónces. Cádiz, la seductora sirena de desnudo pecho y es-

camas de plata, nadaba en un mar de saladas aguas, en un mar de placer y en un mar de riquezas. Sabia hermanar admirablemente la cultura y el arte de la elegancia extranjera con el señorío, la gracia y la espontaneidad de la elegancia española; y así, aunque tomaba ciertas cosas y formas extranjeras que le agradaban, no por eso dejaba la graciosa y entendida andaluza de ser esencialmente española; con lo que probaba su buen gusto, su delicado tino y apego á su nacionalidad.

¡Cosa extraña! En aquellos tiempos no se conocia el pomposo y campanudo *españolismo*, que hoy dia llena las *sábanas no santas* de los papeles públicos; y que resuena por todos los discursos, como esos truenos huecos y prolongados que se deslizan por entre oscuras y pesadas nubes. Ni brillaba en composiciones líricas, ni mucho ménos se hacia con él un arma de partido, aplicándolo á tales ó cuales opiniones. Ni se le buscaba con entusiasmo al toro *Señorito* (1) por símbolo; nada de eso. Se tenia amor y apego á lo español, sencilla y naturalmente, como tiene el valiente su denuedo, sin pregonarlo; como las estátuas griegas tienen su belleza, sin adornarla; como tiene el campo sus flores, sin ostentirlas. No estaba el españolismo en los lábios; pero

(1) El toro Señorito, de la ganadería del Excmo. Sr. D. José María Benjumea, de Sevilla, mató en 1850 en la plaza de Madrid á un tigre con quien le echaron á luchar.



estaba en la sangre, en la índole, en los gustos. Y se hacia tan fino, tan amable, tan donoso, tan caballero; se le conservaba tanto su gracioso tipo meridional, que era la admiracion y encanto de los extranjeros. Hoy dia es al contrario: se reniega de él, se le desconoce, se le desprecia; y al revés del asno que cubrió su piel gris y pobre con la rica y dorada piel del leon,—nosotros, más asnos que aquel,—en lugar de peinar y alisar la nuestra, la cubrimos de una piel inferior y extraña. Entónces no reinaba el *spleen*, sino la mas franca alegría, identificada con la mas exquisita finura. No habia *clubs*, ni *casinos*; no habia sino tertulias, en las que la galantería tenia por código estos versos antiguos (1):

Vosotras sois las temidas  
Nosotros somos temientes,  
Vosotras sois las servidas,  
Vosotras obedecidas,  
Nosotros los obedientes:  
Vosotras sojuzgadas,  
Nosotros los sometidos:  
Vosotras libres señoras;  
Vosotras las vencedoras,  
Nosotros siervos vencidos:  
Vosotras las adoradas,  
Nosotros los denegados;  
Vosotras las muy loadas,  
Vosotras las estimadas,  
Nosotros los desechados.

(1) Del Poeta Suarez, que floreció en el siglo XVI.

Entónces no se conocia la voz de *darse tono*; pero sí se practicaba la de **DARSE DECORO**. Los oficiales de marina, principal galardón de la sociedad gaditana, finos y caballeros como ahora, pero ricos y galantes más que ahora, habian formado una alegre hermandad, á cuya cabeza estaba la oficialidad del navío San Francisco de Paula (1), que se titulaba, con alusion al mote del Santo, —**CHARITAS, BONITAS**,— la devota hermandad de las *caritas bonitas*: dábanse en el teatro las piezas nacionales de nuestros poetas, y entusiasmabán los sainetes de D. Ramon de la Cruz. A las ferias de Chiclana y del Puerto, brillantes como fuegos artificiales, acudia toda la sociedad de Cádiz como una bandada de pájaros de vistoso y dorado plumaje; en fin, muy posteriormente guardaba Cádiz bastantes hechizos para ser cantada por Lord Byron, grande é inteligente apreciador de la belleza.

El General Conde de Alcira, á su regreso á Cádiz, deseó comprar una casa de campo; le pro-

1) Por la época á que nos referimos, mandaron sucesivamente este navío dos de nuestros mas insignes marinos, los entónces Brigadieres D. Federico Gravina y D. Juan Ruiz de Apodaca, caballeros los dos del hábito de Calatrava, tipos cumplidos de castellana hidalguía, y tan célebres después, el primero, por sus heroicos hechos mandando nuestra flota en la funestamente honrosa batalla de Trafalgar; el segundo, por la rendicion de la escuadra francesa en Cádiz en 1808, por su Embajada en Londres, y por su Virreinato en Méjico. Muertos ambos de Capitanes Generales de la Real Armada, conserva esta respetuosamente su recuerdo, llevando hoy por nombre dos de sus buques el apellido del primero, y el título de *Conde del Venadito* del segundo.

pusieron la de D. Patricio O'Carty, y fué á verla. El desgraciado dueño de la casa se la franqueó tan luego como se presentó. Quedó admirado el Conde de cuanto vió en aquella rica morada que hemos descrito; pero de nada tanto como de la hija del dueño, á la que, enlutada y cubierto al albo cuello de rubios rizos, hallaron escribiendo y llorando en un apartado gabinete, que tomaba del jardin luz y fragancia. Ismena lloraba al contestar á dos amigas suyas que le habian participado el casamiento que hacian, la una con un Lord inglés, la otra con un Marqués Madrileño. ¡Cuán amargamente hacian contrastar estas cartas la suerte de sus amigas con la de Ismena, que, sola y pobre, tenia que abandonar hasta esta casa, último resto de su brillante posicion pasada!


Aquellas lágrimas interesaron y conmovieron tanto al bondadoso General, que suplicó á su dueño, despues de comprar la casa, que se quedase viviéndola, y le admitiese en ella como uno de la familia, uniéndole á su hija. Excusado es decir que D. Patricio recibió esta oferta como una embajada de felicidad, y su hija como un medio que la impedía rodar hasta el fondo del abismo en que la precipitaba la suerte.

Difícil seria pintar la faria que se apoderó de la cuñada del Conde cuando supo el proyectado enlace. Desfogóla esparciendo calumnias sobre Ismena, y cubriendo de ridículo este enlace, escu-

piendo su veneno en amargos sarcasmos, vaticinando, por último, que la ambiciosa arruinada, que por interés se casaba con un anciano gastado y valetudinario, no tendria sucesion, burlando asi una justa prevencion de Dios sus ambiciosos cálculos, y haciendo volver,—por falta de su actual poseedor,—el mayorazgo á su familia.

¡Cuánto no se resentirian el excesivo orgullo y el altivo amor propio de Ismena,—tan exageradamente susceptibles desde sus desgracias,—con estos escarnios y vilipendios! —Exasperábase más, viendo los vaticinios de su contraria verificarse, puesto que hacia dos años que estaba casada sin haber tenido sucesion. No parecia sino que Dios en su alta justicia negaba la bendicion de los hijos á un matrimonio, en que la consorte no los deseaba por el santo instinto del amor de Madre, sino por vil orgullo y despreciable codicia; no por la bendita gloria de rodearse de su descendencia, sino por la soberbia y despreciable ansia de humillar y triunfar de una contraria!

En esta época, y llena de estos pensamientos, es cuando hemos presentado á Ismena, Condesa de Alcira, vertiendo lágrimas.—Y por eso dijimos que aquellas lágrimas frias y amargas no eran de amor, sino de despecho y de coraje.



### CAPITULO III.

La persona que habia indicado la posesion que hemos descrito, al General, habia sido su secretario Lázaro, que la conocia porque era hijo de la casera de dicha casa. Explicarémos esto en breves palabras.

El General, cuando jóven, tuvo por largos años un asistente á quien queria mucho. El asistente español es el criado modelo, es el ideal del sirviente. Es todo corazon, todo lealtad: nada exige, todo le sobra: cuanto se le pide, hace á ojos cerrados, y con gusto; y si se le diesen con este objeto, sembraria las cebollas podridas, como Santa Teresa, por ciego espíritu de obediencia. El asistente tiene el corazon de niño, la paciencia de santo, la fidelidad y apego del perro, ese tipo del amor consagrado. Cual éste, ama y cuida de la propiedad de



su amo, y sobre todo, de sus hijos si los tiene; y esto á tal punto que ha dicho uno de nuestros mas célebres y distinguidos Generales que los asistentes son las mejores amas secas. No tiene voluntad propia; no conoce la pereza; es humilde y valiente, amigo de complacer y agradecido; y siempre en el alojamiento—en el que se le vió llegar con la natural é irritada repulsa que causa todo lo que á la fuerza invade el hogar doméstico,—se le vé marchar con sincero sentimiento. El General, que era entónces Capitan, vivió mucho tiempo con su asistente en la mayor intimidad, sin que esta hiciese perder al último ni un ápice del respeto que á su gefe tenia. El respeto es propio y anexo al asistente, como lo es al sáuce la inclinacion de sus ramas.

Cuando el General fué á América, su asistente se separó de él con gran sentimiento de ambos, para venir á Chiclana, su pueblo, á casarse con su novia, que hacía quince años le aguardaba con una constancia muy comun en España. A los pocos años murió de un tabardillo ó insolacion, dejando á su desconsolada muger, un niño. La desamparada viuda entró de casera en casa del Sr. O'Carty con una sobrina suya pequeña. En cuanto al niño,—que era ahijado del General,—éste mandó por él, le educó á su lado con mucho esmero, y le hizo su secretario. En esta calidad le trajo con él á España á los veinte y cuatro años de su edad. Lázaro—así

se llamaba,—era uno de aquellos séres que la nobleza marca con su sello, y que ayudados por las circunstancias, llegan al heroismo, sin ostentacion ni premeditacion, y solo por instinto y espontaneidad.

Enterado Lázaro por su Madre de que la casa en que hacía de casera, iba á ser vendida, se la habia indicado al General, y éste la habia adquirido, y con ella una jóven y bella consorte.

¡Hermosa estaba aquella mujer, blanca y delicada como una Ninfa de alabastro! ¡fria tambien é inmóvil,—cual ésta—aquella mujer, que nunca habia amado, sino á sí misma! desabrida y sin fragancia, como un jazmin que nunca hubiesen vivificado los rayos del sol!

A la caida de la tarde entró en la sala para abrir las vidrieras otra mujer llamada Nora, que era el ama que habia criado á Ismena, y nunca se habia separado de ella. Mujer astuta y soberbia, que mucho habia contribuido á desarrollar en la niña las perversas propensiones que ya hemos indicado.

—¡Siempre llorando!—dijo con un movimiento de impaciencia al ver las lágrimas de la Condesa.—Todo lo habrás perdido cuando falte tu marido; caudal, consideracion, juventud y belleza! No te quedará más que meterte á beata, y vestir Santos.

—Ya sé que todo lo habré perdido; ¡y por eso lloro! contestó Ismena.

—¿Y quién te dice que tu suerte no puede ser otra? repuso Nora. No es tu cuñada la que dispone de tu porvenir. Más puedes tú misma contribuir á hacerlo bueno, que no ella á hacerlo malo. La esperanza es lo último que se pierde. Pero no hay que cruzarse de brazos mientras estos puedan servirnos.

—¡Palabras vanas!—interrumpió con áspera tristeza Ismena.—Sabes que son estériles mis esperanzas, como lo es mi matrimonio.

—Lo mismo es parir un hijo que prohijarlo, dijo Nora.

La Condesa fijó en Nora la profunda mirada de sus rasgados ojos azules, y exclamó:

—No querria el Conde.

—No es necesario que lo sepa, repuso Nora.

—¡Un fraude, un delito, un espolio, un engaño! ¿Deliras?

—Déjate de palabras altisonantes, repuso Nora: no es sino una obra de caridad, que harás con algun infeliz desvalido. Tus sobrinas, que están bien casadas, y tu cuñada, que disfruta de una pingüe viudedad, no necesitan del caudal del Conde, y si por él ansían, es solo por ambicion, y por el mal deseo de que no lo disfrutes tú.

—¡Nunca! ¡nunca! dijo Ismena. Hay más orgullo en no exponerse á ser esclava de un secreto que nos pueda deshorrar, que no en sostener una su rango y su posicion. ¡Nunca, nunca!—repitió sa-

cudiendo su cabeza, como si de su mente quisiese sacudir tan funesto pensamiento.

—El secreto solo lo sabré yo, y yo soy la responsable. Asi, más seguro estará en mi pecho que en el tuyo.

—Tendrias que valerte de otra persona.

—Sin confiarme á ella, sí. Pero esa persona ya la tengo hallada. Tu marido se embarca para la Habana; á su vuelta hallará un hijo.

—Nora, Nora, no hay maldad que no inventes!

—Lo que invento es cuanto puede combinarse en provecho tuyo.

—¡Engañar á un hombre como el Conde, sería la mas imperdonable de las infamias!

—Te he oido cantar esta estrofa, Ismena:

Es el engaño leal  
y el desengaño traidor;  
el uno, mal sin dolor,  
el otro, dolor sin mal.

Pero por lo visto estás hoy mas remontada que los mismos poetas.

—Esa letra alude á querellas de amor.

—Esa sentencia, que es muy entendida, se puede aplicar á todo. ¿Acaso no se ha visto mil veces poner en práctica el caso que te propongo? ¿No es aun mil veces peor combinarlo con la infidelidad?

En este momento entró el Conde.

—Ismena, hija mia, dijo acercándose cariñosa-

mente á su mujer. Vengo para sacarte á dar un paseo: ya tus amigas te estarán aguardando en la Cañada. ¿Cómo es que note animan estas hermosas tardes de primavera á ir á disfrutarla en su reino, esto es, al aire libre, que embalsama en el campo que atavía?

—Me incomoda el andar, y me fastidian las gentes, contestó Ismena, que al ver entrar á su marido habia palidecido.

—Te encuentro descolorida, hija mia,—repuso lleno de interés el Conde;—y sobre todo, te hallo desde algun tiempo á esta parte, abatida. ¿Acaso te hallas enferma?

—No me aqueja mal alguno, contestó Ismena.

—A lo ménos los que sufres no son de aquellos para cuya curacion se llama á un facultativo, dijo Nora, mirando al Conde con una maliciosa y significativa sonrisa.

El rostro de Ismena se puso encendido como la sangre que á él hicieron afluir unidas la irritacion y la vergüenza.

—¡Nora! gritó,—¿estás demente?—¡calla!

—Callaré: Señor Conde, dícese que mientras más se calla la venida, más hermoso es lo que viene.

En el bondadoso rostro del General brilló una santa esperanza paternal.—¿Será cierto? murmuró fijando una enternecida mirada sobre su hermosa mujer.

—Señor, dijo Nora; ¿acaso de tres meses á esta



parte no notais su desgana, su languidez, su malestar, sin que otra causa las motive? No está convencida ni se quiere convencer; pero yo, que tengo mas experiencia que ella, lo estoy.

—¡Mientes, Nora! gritó demudada Ismena.

—El tiempo!... repuso esta con el mayor aplomo.

—El tiempo! repitió Ismena indignada.

En este momento, el reloj que figuraba á Saturno, dió seis campanadas con su claro y metálico son.

—Ya acudió el tiempo á la cita, señor Conde,—dijo Nora con afectada risa;—de aquí á seis meses contestará.

---

## CAPITULO IV.

Seis meses después de estas escenas, el General,—que habia ido á la Habana á asuntos propios,—anunciaba en una cariñosa carta á su mujer su vuelta, y ésta pasaba á Cádiz para recibir á su marido, acompañándola en la berlina un ama, que llevaba en brazos á su supuesto hijo.

Este niño habia sido traído de la Inclusa (1), y el secreto de esta iniquidad no era conocido sino de Ismena, de Nora, y de Lázaró, que era el que por disposicion de Nora le habia sacado del hospicio de los expósitos. Cómo esta mujer perversa pudo persuadir al noble jóven á prestarse á esta infamia, solo se comprende considerando que esta, segun ella afirmaba á Lázaró, se hacia no solo con autorizacion, sino por disposicion del General.

(1) Establecimiento dedicado á acoger los niños expósitos.

Lázaro dudó; pero Nora, que habia previsto su oposicion, habia prudentemente conservado en su poder la última esquila que antes de partir habia escrito el General á su muger, y que decia así:

*Ya se despliegan las velas que me van á alejar de ti, y contigo, de todas las dulzuras de mi vida! A Dios, pues! Espero á mi vuelta hallar en tus brazos un niño, que consolide aun nuestra felicidad.*

*Ya te dije que para el consabido asunto, así como para todos, te valgas de Lázaro, en el que tengo yo y puedes tener tú, la mas ilimitada confianza.*

El General añadía aun algunas frases cariñosas, y firmaba.

Nora desde luego comprendió todo el partido que podia sacar de esta carta, haciendo ver á Lázaro que el *consabido asunto*—que era uno de dinero—era el que ella traía entre manos; y la guardó.

Lázaro, pues,—con el mayor dolor, pero todo consagrado á su bienhechor,—trajo á la inocente criatura abandonada por el vicio, y recogida por la iniquidad; como la suave flor, que del seno de una prostituta, pasa á las manos de un envenenador.

Poco ántes de la época en que volvemos á reanudar este relato, habia acontecido que el administrador de la Inclusa habia reclamado á Lázaro la criatura. Nora no halló otro medio de salir de este espantoso conflicto sino el que Lázaro pasase á los Estados Unidos: Ismena apoyó con calor este pensamiento, y la consagrada víctima se convino,

sabiendo que su ausencia, esa ausencia inmotivada y mal explicada por él, iban á partir el corazón de su Madre y el de su prima, con la que estaba tratado su casamiento.

Embarcóse ocultamente en un místico que partía para Gibraltar, el cual, sorprendido frente de la peligrosa costa de Conil por un espantoso temporal, zozobró, sin que se salvase uno solo de los que iban embarcados en él.

Esta catástrofe de que se creyó causa, asombró á Ismena. Y su espanto se aumentó por un amenazante presentimiento, que le hizo no poder fijar su vista ni en lo pasado ni en lo porvenir, sin estremecerse. En el primero veía una reconvención; en el segundo una amenaza.

¡Infeliz de aquel que entre estas dos fantasmas arrastra una angustiosa vida! ¡Feliz aquel que entre desgracias y penas conserva con una buena conciencia la paz del alma, supremo bien que en este destierro prometió Dios al hombre!

---

## CAPITULO V.

Durante muchos años quedó deshabitada la hermosa casa de Chiclana. La Condesa rehusaba con obstinacion el ir á gozar allí de la primavera; porque para esta mujer no habia ya ni primavera ni goces! La justicia divina hacía pesar sobre ella de una manera espantosa, los resultados de una culpa fria y voluntaria, que ni una sola disculpa tenia para aminorar su horror. Quiso esta alta y poderosa justicia imprimir en un corazon duro é impávido, por la fuerza de los hechos, lo que los sentimientos no habian podido comunicarle. ¡Y estos hechos eran terribles! Pues habia dado sucesivamente dos hijos al Conde; cuyo nacimiento inesperado aterró á la Madre. Habia más aun: veia al mayor de los tres niños, hermoso muchacho, franco, valiente y sincero, pero de quien no podia sufrir que ocupase en el cariño del General el lu-



gar preferente. Porque, no solo simpatizaba Ramon—así se llamaba este niño,—con el General, sino que en el equitativo anciano, el desvío y hostilidad que le mostraba la Condesa, eran motivo para que compensase esta injusticia, redoblando su amor é interés hácia el que de ella era víctima. ¡Así habia traído la Providencia, por la fuerza terrible de los hechos, á aquel corazon frio é inerte, al remordimiento; y éste habia ahuyentado á aquella mujer culpable, de la casa en que todo le recordaba su culpa!

¡Remordimiento! Tú, que ciñes la cabeza, de una corona de espinas, y el corazon de un cilicio; tú, que tan ligero haces el sueño, y tan pesada la vigilia; tú, que te interpones entre la clara mirada que viene del alma, y los ojos, para empañarla; y entre la sonrisa pura que viene del corazon, y los lábios, para amargarla; tú, que callas cuando aparece la culpa seductora de frente, y que tan alta y espantosamente lanzas tus saetas, cuando, pasada ya, no se puede retroceder! ¡cruel é inexorable remordimiento! ¿quién te envía? ¿Es el espíritu del mal, para gozarse en su obra y desesperar al hombre, ó es Dios, para avisarle, á fin de que expíe sus faltas?

La clemencia divina abrió con el remordimiento dos sendas al hombre: la desesperacion y la penitencia. Las almas tibias, las voluntades flojas fluctúan entre ambas, agonizando así entre la ho-

guera, que las habia de purificar, y el mar sin fondo, en cuyo amargo abismo se corromperian para siempre.

Estos tormentos, de que era víctima Ismena; este remordimiento,—¡gusano eterno!—habian roído su corazon y su vida, como un cáncer incurable. Iban sus torturas en aumento, á medida que sentia acercarse su fin. En sostenida lucha con su conciencia, que no transigia con razones ni con miras mundanas, porque la conciencia proviene de Dios; cada dia más incierta sobre entrar por la senda que ésta le trazaba, y que su orgullo rechazaba, Ismena, igualmente horrorizada de la terrible hoguera y del espantable abismo, caminaba á su fin, como el reo al patíbulo, deseando á un tiempo alargar y acortar la distancia. Casi postrada ya, los facultativos insistieron,—como por último recurso,—en que respirase su abrasado pecho las frescas brisas del campo.

Habiéndose anunciado en Chiclana la venida de los señores, la casa estaba preparada para recibirlos. El toldo cubria el pátio como un movible techo: la limpieza mas exquisita brillaba en ella como un barniz: los pájaros cantaban, y las flores mostrábanse lozanas, aunque María ya no cantaba al regarlas!

El sonido de los cascabeles anunció la berlina, que llegó pausadamente, y se paró á la puerta. ¡Ya no era la hermosa y brillante Ismena, sino su som-

bra, la que apoyada sobre el brazo del General, y sostenida por un facultativo, se arrastró bajo el soberbio portal de mármol, como un cadáver en su suntuoso mausoléo! A los veinte y ocho años Ismena, habia perdido todo el brillo de la juventud: sus claros y brillantes ojos estaban empañados y abatidos; sus dorados cabellos habian encanecido, y su tez blanca y mate parecia una mortaja que cubriera un esqueleto! Pocos años habian bastado para producir este cambio; puesto que no era el tiempo el que con su pausada y suave mano le había traído, sino el sufrimiento con su destructora garra.

La Condesa fué llevada al sofá, en el que quedó por mucho rato tan postrada, que parecia insensible á cuanto la rodeaba. Mas cuando la dejaron sola, dijo con febril agitacion á Nora que llamase á María. Nora, previendo la fuerte sacudida que habia de producir la vista de la desgraciada anciana, víctima de su infortunio, quiso replicar; pero la Condesa reiteró la orden con tal exasperacion, que fué preciso obedecer. Cuandó entró la anciana, Ismena extendió sus convulsos brazos hácia ella, la estrechó en ellos, y reclinó su cabeza ardiente y su ruborizada sien sobre el pecho de la anciana que la habia visto nacer. Pero María estaba serena: en aquel pecho latía tranquilo su puro corazón. Sus ojos habian perdido la expresion de contento que ántes tenian; pero no la de la paz del alma.

—María, exclamó al fin Ismena, ¿cómo habeis podido soportar vuestra desgracia?

—Con la resignacion que Dios dá cuando se le pide, Señora, contestó la anciana.

—¡Oh! ¡Bienaventuradas las penas con que ésta no es incompatible! exclamó mentalmente Ismena.

—Un dia os dije, señora, prosiguió María, que me inspiraba orgullo mi hijo; y Dios ha permitido que ese hijo, mi galardón y mi gloria, fuese difamado por todas las apariencias de un delito!

—¡Apariencias! dijo Nora; ¿quién dice eso?

—Todos, contestó María con suave firmeza.

Y despues de algunos instantes, continuó con la misma serenidad:

—Un profundo misterio cubre á mis ojos,—como á los de todos,—las circunstancias de su huida. Pero si alguna persona está complicada en ella, ¡perdónela el divino Juez, como la perdono yo! Dios y yo sabemos, que mi hijo no fué ni pudo ser criminal: esto me basta: ¡callo, y me conformo!

—Y no os engañaron vuestro corazon y vuestra conviccion de Madre! exclamó Ismena, cayendo exánime sobre los cojines del sofá.

Ismena fué acostada en su lecho, y se atribuyó su peor estado á la agitacion y fatiga del viaje.

Un narcótico fué calmando gradualmente su agitacion, y la sumió mas tarde en un sueño facticio, por lo que todos,—ménos su ama,—se fuéron á descansar de las fatigas y emociones del dia.

El General,—por delicada prevision,—habia mandado cerrar la llave de la fuente, para que su murmullo no turbase el débil reposo de su mujer. Sonaron las doce en el reloj de la sala, y doce veces sonó la voz del Tiempo como una aterradora profecía. ¡Doce contó el austero anciano con su inflexible memoria, y doce años cumplian ahora que sobrevivia Ismena culpable en la molición del lujo, y con la aureola de la consideracion y del respeto público! ¡Doce años hacía que despues de sacrificar su conciencia á su soberbia, habia sacrificado una noble existencia á su orgullo!

Ismena despertó sobresaltada, y se incorporó en su lecho: sus ojos desatentados vagaban por todas partes; su sangre hervia precipitada por la fiebre.

Su devoradora inquietud la ahogaba; el peso que oprimia su pecho, la sofocaba! Se arrojó del lecho, y corrió á la ventana, pues anhelaba cual la Margarita en el Fausto de Goethe, respirar aire.

La suave luna y el dulce silencio, se unian en aquella templada noche como hermanos. Eran tan profundos el sosiego y la calma, que pesaron sobre el alma agitada de Ismena, como el ambiente sereno, pero sofocador, que precede á la tormenta.

Apoyó su ardorosa frente en la reja de la ventana que daba al pátio, negra y dorada como su existencia! Oyó entónces á lo léjos dos voces que se unian para rezar, tan hermanadas como la Fé y



la Esperanza! Eran las voces de María y de Piedad, que rezaban el Rosario. Habia algo de solemne en aquel sonido dulce y monótono, con el que la palabra sin pasion, sin movilidad, sin modulaciones terrestres, se alza al cielo, como lo hace el humo del incienso sobre el altar; suave, sin color, sin ímpetu; como impulsado por la atraccion del cielo. Algo, que conmovia hondamente, habia en esas palabras mil veces repetidas, porque mil veces son sentidas; en esos rezos, en que se unen millares de corazones al pié del trono de Dios; en esos rezos, que son tradicion verbal no interrumpida de Jesucristo y de sus Apóstoles; que han santificado las almas de miles de generaciones; en esos rezos tan perfectos y cumplidos, que en vano querrian perfeccionarlos todos los adelantos y todas las ilustraciones del espíritu humano.

¡Qué doloroso contraste formaban aquellas graves y apacibles voces, con el estado del alma de Ismena, en la que rugia el remordimiento! ¡Quiso unirse á ellas, y no pudo!

—¡Oh, Dios mio, exclamó apartándose de la ventana, no puedo rezar!

Pero pronto volvió, atraída por el santo é irresistible imán de la oracion. Entónces oyó á María pronunciar estas palabras: ¡POR LA PAZ DEL ALMA DE MI HIJO LÁZARO!—y la oracion de las dos católicas continuó, sin que sus voces se inmutasen.

—¡Ah!—exclamó Ismena, retorciendo desespe-

radamente sus manos.—No soy digna, Dios Santo, de unir mi voz maldita á esas voces puras que no empañó la culpa, ni sofoca el remordimiento!—Póstróse en el suelo con el rostro sobre la tierra, hasta que el último *amen* subió al cielo. Entónces se levantó, causándose á sí misma horror como un espectro, y vió á Nora que se habia quedado dormida en un sillón: acercóse á ella; y asióla fuertemente por un brazo con su mano, antes tan hermosa, y que ahora parecia la garra de un águila de mármol.

—¡Duermes! exclamó: ¡duerme la iniquidad, en tanto que la inocencia vela y ora! ¡Despierta! que tu reposo es mas horrible aun que tu culpa. Ves á la que sacáste con esmero de su dulce cuna, entrar por tus infames sugestionés en su féretro; y ¡duermes... mientras ella agoniza! ¿Qué vés en lo pasado? El delito impune. ¡Y duermes!—¿Qué ves en lo presente? Una usurpacion, un despojo, una traicion, un crimen frio de todos los dias; ¡y duermes!—¿Qué ves en lo futuro? La divina y universal justicia de Dios, tan dulce para el justo, tan tremenda para el criminal; ¡y duermes!—¡Pero esta justicia hará que recaiga sobre tu cabeza la maldicion que pesa y oprime ya la mia! ¡Lleva, pues, unida al anatema de Dios, la maldicion de la que sedujiste! Pues culpable soy, cual ninguna; pero, ¡Nora, Nora, sin tí no lo hubiera sido!

A los gritos que dió Nora, acudieron todos los

habitantes de la casa, y hallaron á la Condesa en un espantoso y convulso estado, que se asemejaba á la demencia. Nora estaba aterrada y desvariaba; pero esto se atribuyó al dolor que le causaba el cercano fin de su Señora.

---

## CAPITULO VI.

Al dia siguiente fué espantosa la agitacion de la enferma. A la noche se vieron los médicos precisados á subministrarle un fuerte narcótico, que la hizo caer en un profundo sueño.

El General se ocupó en arreglar los papeles que yacian dispersos en un lindísimo escritorio antiguo de ébano, ornado de riquísimo trabajo de talla y pinturas de Rubens en sus varios compartimientos, en el que guardaba Ismena sus papeles. El escritorio habia sido abierto por orden de su dueña aquella tarde, para sacar de él papel y pluma que necesitaba.

Ismena habia aprendido de su Padre el inglés, que poseia como su propia lengua. El General fijó con dolor su atencion sobre una traduccion empezada por su muger, considerando que ya no la con-

cluiría! Era la traduccion del *Hamlet* de Shakspeare: el General se puso á leer lo último que su mujer habia escrito. Era el monólogo del Rey Claudio, en el tercer acto: la letra era temblorosa, como si la hubiera trazado una mano trémula. La traduccion, en la que un inteligente hubiera notado algunas supresiones voluntarias, era esta.

«¡Maduró ya la culpa, y clama al Cielo! ¡Sobre ella pesa la primera maldicion que entró en el mundo, la del fratricidio!—No puedo rezar, aunque á ello me impelen el deseo y la voluntad; pero la postracion de la culpa es más que la fuerza del propósito; y así como el hombre en quien dos poderes luchan, vacilo entre sucumbir al peso de mi delito, ó entregarme al esfuerzo del buen propósito. ¿De qué sirve la misericordia, si no para bajar sobre la frente del pecador? ¿Y no tiene la oracion la doble virtud de precaver la caida, y de levantar al caido, obteniendo el perdón? Quiero, pues, levantar al Cielo mis miradas. ¿Pero cuál es la forma de oracion que se apropia á mi delito? ¿Puedo pedir y esperar perdón? ¿Hay acaso bastante agua en las suaves nubes del Cielo para lavar la mancha de sangre en la mano del fratricida? ¿Hay, por ventura, remision para aquel que sigue disfrutando los beneficios de su delito, su reina, su corona, su vanagloria? No puede ser.

»Puede la dorada mano de la iniquidad sumergir la equidad en las corrompidas corrientes



»del mundo, y le es dado á un vil soborno falsear  
»á veces la ley humana. ¡Pero no así allá arriba!  
»¡Allá no vale el artificio, ni nada puede la mentira!  
»Allá aparece el hecho en su desnudez, y el de-  
»linquente habrá de acusarse á sí mismo en el rei-  
»no de la verdad. ¿Qué nos queda, pues?—Probar  
»hasta donde alcanza la virtud del arrepentimien-  
»to. ¡Ah, si! Todo lo puede..... Pero, ay! ¡Si *qui-*  
»*siese* el pecador y no *pudiese* arrepentirse!—¡Oh  
»infáusto estado!—¡Oh pecho negro como la muer-  
»te!—¡Oh alma, que al esforzarte por libertarte de  
»la red del pecado, te envuelves en ella!—¡Ange-  
»les, acudid á su socorro! Ablándate, corazon de  
»acero, hasta ser cual las fibras del niño recién na-  
»cido.—¡Inflexibles rodillas, dobláos! (*Se arrodilla,*  
»*y despues de un momento de silencio prosigue*). ¡Ah!  
»¡Las palabras han volado! pero faltan álas al co-  
»razon! y las palabras que sin el corazon llegan al  
»Cielo, no hallan en él entrada!»

Esta traduccion literal y mala, aunque apénas daba una idéa de la magnífica, profunda y elevada poesía del Poeta que fué y es gloria de su pátria, llenó, no obstante, de admiracion al General, cuya alma era accesible á todo lo bello y á todo lo bueno. Pero al echar una mirada sobre su mujer, que yacia blanca sobre su blanco lecho, como una marchita azucena sobre nieve, hizo esta sencilla reflexion.

—¿Porqué busca estos cuadros de delitos y pa-

siones? ¿Porqué imita la paloma el grito fúnebre del buho? ¿A qué remeda la oveja sencilla el rugido del herido y sangriento leon?

Despues de haber guardado los papeles, el General se sentó en un sillón á los pies de la cama de su mujer, y levantó á Dios su corazón en una ferviente plegaria por la vida de la que amaba.

El reloj de la sala contigua á la alcoba dió las once, con la tenacidad de un recuerdo que se rechaza, y que constantemente vuelve: sus ecos y metálicos sonidos vibraron en el silencio, como si llamase á una cerrada puerta la Justicia, para la que no hay puerta que pueda permanecer cerrada! Estos claros sonidos estremecieron á Ismena en su sueño, y despertó dando un sordo gemido.

El General, que vió á su mujer con los ojos desatentados, y que la oyó pronunciar palabras incoherentes, se acercó á ella, y rodeándola con sus brazos:

—Serénate, Ismena, la dijo: has tenido alivio. Dios oye nuestros ruegos: hace algunas horas un sueño benéfico restaura tus fuerzas.

—¿He dormido? murmuró Ismena: ¡he dormido en el borde de mi sepultura, como si esta me prometiese descanso! ¡He dormido, cuando tan poco tiempo me queda para arreglar mis cuentas sobre la tierra! Sentáos, señor!.... que como á tal quiero hablaros, y no como á mi marido; porque digna no soy de ser vuestra mujer! Hablaros quiero no como

á mi compañero, sino como á mi juez, cuya clemencia imploro.

El General atribuyó estas extrañas palabras al delirio; y sin hacer alto en ellas, quiso tranquilizar á su mujer, proponiéndola diferir las explicaciones que queria hacer, para más adelante. Pero Ismena insistió con energía en que la escuchase, y prosiguió:

—Voy á morir..... y dejo sin sentimiento todos los bienes de la tierra. Solo uno es el que ambiciono, y quisiera llevar conmigo á la tumba! Vos, que fuísteis para mí Padre, marido y bienhechor, no me lo negaréis, puesto que solo vos podeis dármele. Porque este bien que imploro es, Señor, vuestro perdon!

Al oir á su mujer, el General se confirmó en que deliraba, y volvió á suplicarla que no se agitate como lo estaba haciendo. Pero Ismena insistió de nuevo y con ahinco, en que la prestase atencion sin interrumpirla.

—Si una mujer, dijo, que ha expiado una culpa con todo lo que el remordimiento tiene de terrible y de destrozador, arrebatándole éste su sosiego, su salud y su vida; si esta desgraciada, en el momento de morir desesperada, puede inspirar alguna compasion..... ¡oh, vos, que habeis sido el más generoso de los hombres; vos, que sembrásteis mi vida de flores, tened para mi muerte una rama de oliva! Recibid sin rechazarme, sin huir de mí

en mis últimos instantes, sin hacer horrible mi agonia con maldecirme, una confesion que os probará que mi corazon no está del todo pervertido, cuando tiene valor para hacerla!

Un sudor frio bañaba la frente de la moribunda: sus yertas manos temblaban convulsivamente: sus palabras salian débiles, pálidas de sus lábios, como las últimas gotas de sangre que vierte una herida de muerte! Sin embargo, haciendo un posar y heróico esfuerzo, prosiguió así:

—Sé que voy á traspasar vuestro corazon con un agudo puñal: empero, solo ese medio puede impedir el que yo muera desesperada. Aquí teneis,— prosiguió sacando un pliego cerrado que tenia debajo de su almohada;—una declaracion firmada por mí y atestiguada por dos testigos venerables, con el fin de impedir una infame usurpacion, un criminal espólio y un horrible abuso de vuestra noble buena fé. Por ella veréis, señor, que..... ¡Ramon no es nuestro hijo!

El General, al oir estas tremendas palabras, por un movimiento involuntario se alzó de su asiento con ímpetu; pero al punto recayó en él anonadado, y cubriendo su rostro con ambas manos, exclamó con asombro y dolor:

—¡Ramon, Ramon no es hijo mio!!! ¿pues cuyo es?

—Solo Dios lo sabe, pues su mal Padre le abandonó. Es un expósito.

—¿Pero con qué fin?.... El General se detuvo, y prosiguió despues con indignacion..... ¡concibo al fin!.... la ambicion..... el orgullo!.... ¡oh! ¡qué iniquidad!!!

—¡Tened piedad de mi agonía! dijo Ismena torciéndose las manos.

—¡Eres una *infame*! exclamó el General con toda la indignacion de la probidad contra la traicion, y con toda la repulsa de la virtud hácia el crimen.

Jamás habia oido Ismena la bondadosa y paternal voz de su marido tomar el terrible y viril acento con que le arrojó el oprobio á la faz; y se sobrecogió cual herida de un rayo. El profundo dolor, y la severa condena de su marido, le parecieron abrir un abismo entre ambos, y hacer imposible que los lábios que articulaban aquel acerbo fallo, pronunciasen la dulce palabra que anhelaba en su agonía, y que deseaba mas que la vida. Esa palabra, que sólo podia dulcificar su muerte, era el perdon, que es el mas bello y perfecto fruto de la caridad; el perdon, cuyo valor es tan grande, que con toda su sangre lo compró el Hijo de Dios, y que por lo mismo lo concede su Padre por una lágrima,—¡tales su misericordia!—El perdon, don divino que ni pide ni otorga el orgullo, y que implora y concede la mansedumbre; ese perdon, que llevaria la culpable al Cielo como una eficaz intercesion. ¿Acaso habia tardado demasiado en pedirlo? ¿Iria á morir quizás en el momento en que las



olas de la sangre sumergian en el corazón del ofendido la santa misericordia, la generosa clemencia? La infeliz, en su desaliento, se arrojó fuera del lecho, cayó postrada, y levantando sus cruzadas manos, que apoyó sobre el noble pecho del hombre á quien habia engañado, gritó con voz gutural y moribunda:

—¡Perdon!

Su último pensamiento, su último sentir, su último aliento se disolvieron en esta última palabra. El General se estremeció al oír aquel grito destrozador lanzado en el estertor de la muerte; se inclinó hacia su mujer, y la cogió en sus brazos: ¡no levantó sinó un cadáver!

En aquel instante se oyeron las doce lentas y graves campanadas del reloj!: ¡como si hubiese aguardado el tiempo ese momento para lanzar su metálico sonido, cual un espontáneo y piadoso doble!

---

## CAPITULO VII.

Una culpa secreta , arrastrando sus terribles consecuencias, enlazadas unas á otras cual un grupo de serpientes , habia ya costado la felicidad y la vida á la que la cometi6, y la razon á la que la concibi6; pues el anatema y la muerte de Ismena condujeron á Nora á la casa de locos. Y sin embargo, su horrenda rastra, y sus amargas influencias no habian parado aquí; y emponzoñaban los últimos años de la existencia , hasta ent6nces tan serena y apacible, del General conde de Alcira. Se reconvenia el excelente anciano, sin cesar , por la palabra dura y acerba que la indignacion arrancára á sus lábios, y que era la sola con la que en su vida toda habia herido á un corazon destrozado y marchito, que imploraba una suave y santa palabra para dejar de latir tranquilo , y que solo

halló un cruel baldon, con el cual murió desesperado.—Lloraba ardientes lágrimas por no haber concedido aquel perdon, que solo pudo faltar un instante á su corazon generoso; ¡y este instante habia sido el último de la infeliz que lo imploraba! Aquel perdon que quizás hubiese prolongado su vida, calmado sus sufrimientos, dulcificado su muerte ¡se lo habia negado!!!—Este recuerdo, que era á su vez un remordimiento, envenenaba su vida!

La reaccion que experimentaba, llegaba en su bondad natural, hasta hacerle casi disculpar un delito compensado por tan sobresalientes cualidades, borrado por un remordimiento sin igual, y por sufrimientos mortales, puesto que la muerte tiene la dulce prerogativa, al asir su presa, de llevar consigo á la tierra lo malo que tuvo, y dejarle lo bueno por epitafio.

El General compensó aquel momento, en que se habia olvidado de ser cristiano, con multiplicadas obras de caridad, ofrecidas á Dios en holocausto, para lograr del cielo el perdon,—que negó la tierra,—á la arrepentida pecadora, y con incesantes sufragios para obtener el descanso de su alma; preces que el Eterno escucharia, porque Él oye al hombre á quien crió, cosa que no puede negar el más aferrado incrédulo.—Que no hizo el Criador del hombre un expósito; sino que le reconoció por hijo, le dió preceptos, y le prometió una gloriosa herencia desde la Cruz.

Todas las mañanas un Sacerdote ofrecia el santo sacrificio de la Misa por el descanso de un alma que eternamente vivía en el corazon del anciano, el cual arrodillado al pie del altar, unia sus oraciones á las del sacrificante.

Amargaba, además, la vida del General el horrible secreto que le ahogaba, y envolvía con él á todos sus hijos, así como en el soberbio grupo del Laocoonte, la fiera sierpe hace su presa del Padre y de sus hijos. No podía romper el arcano, sin sacrificar al que su bondadoso corazon amaba siempre con tierno cariño, sin difamar las sagradas cenizas de la Madre de sus hijos. El General guardó, pues, este infausto secreto: respetaba la infancia y la inocencia de sus hijos, y no se hallaba con valor para descubrirlo. Siempre será tiempo, pensaba, de descorrer el velo á tan triste y cruel realidad! Algunas veces habia pensado enterrarlo consigo. Pero ¿con qué derecho podía él, hombre de tan estricta y firme probidad, privar á sus hijos de sus bienes en favor de un extraño? ¿Cómo hacer cabeza de su noble casa á un individuo extraño, á un expósito, usurpando sus derechos á sus legítimos propietarios?

Hay padres mundanos que quieren hacer sonar más alto que la voz de la conciencia el parecer del mundo, y pesar más que el fallo de aquella las consideraciones sociales, pretendiendo amoldarlas á las circunstancias. Pero ¡NO TRANSIGE LA CONCIENCIA!

pues si lo hiciese, no seria lo que es. Seria entonces una encubridora, y no una centinela: seria una veleta, y no un cimientó; perderia la confianza que inspira, y el respeto que merece. La conciencia dá sus fallos como el sol difunde sus luces, sin que nada las empañe, ni tuerza su direccion.

Háblase,—para turbar á los que ciegamente por la conciencia se guian,—de las lágrimas que su inflexibilidad hace derramar, de los males que á veces origina, y de los trastornos que suele causar en un estado de calma exterior y de tranquila superficie; y para tildarla, se exponen razones bellas y brillantes, pero falsas, y que pecan por la base. Si la conciencia exige una dolorosa operacion en una parte gangrenada del cuerpo social; que no vengán la ciega bondad,—ó á veces la hipocresía con nombre de humanidad,—á clamar contra una decision que llamarán cruel, y que puede que lo sea, pero que es necesaria, si la gangrena no ha de propagarse, y si ha de quedar sano el cuerpo y sin males solapados. La conciencia es el sentimiento del deber que puso Dios en el corazon del hombre, como puso su invariable direccion en el imán, para que, cual éste, nos sirva de norte. Este sentimiento del deber, admirémosle con el gran Schlegel, que ha dicho que «las dos cosas mas bellas que conocia, eran el cielo estrellado sobre nuestras cabezas, y el sentimiento del deber en nuestro corazon.»

Corrieron entretanto los años: el Conde habia



envejecido, y veia acercarse su fin. Queriendo pasar sus últimos dias rodeado de sus hijos, y viéndose precisado ántes de morir á descubrir el secreto que no podia llevarse consigo á la tierra, los mandó venir á reunirse con él en Chiclana. Allí queria morir, para ser enterrado al lado de su mujer, y darle, aun despues de muerto, ese público testimonio de amor y de aprecio.

Hallábase recostado el General en su cama-sillon, del que ya no podia levantarse: sus hijos le rodeaban.

Aunque entónces no estaba puesta en uso la palabra *ilustracion*, ni los colegios estaban modernizados, no obstaba eso para que los tres hermanos fuesen tres jóvenes tan cumplidos como caballeros, que llenaban de placer y vanagloria al General. Ramon, el mayor, habia salido del colegio de Artillería, colegio del que salieron por entónces DAOIZ y VELARDE. El segundo salia de las Academias de guardias marinas, á donde tambien habian pertenecido los héroes de Trafalgar, titanes que á un tiempo lucharon con las grandes fuerzas de un poderoso adversario, con la cobarde traicion de un aliado, y con la desencadenada furia de los elementos, y que fueron, NO VENCIDOS, sino *destrozados* por los tres enemigos conjurados. El tercero llegaba de la Universidad de Sevilla, en la que estudiaban poco antes ó por entónces los Listas, Reinosos, Blancos, Carvajales, Arjonas, Roldanes, Calatra-

vas y Gonzalez, y el digno, sabio y ejemplar Maestro, Gobernador que fué del arzobispado; porque bien pueden faltar á España caminos de hierro, buenas posadas, refinados y sensuales goces, pero en ninguna época le han faltado sábios ni héroes. El General miraba á los tres por turno con una indefinible expresion de ternura; y cuando sus ojos se fijaban en Ramon, los bajaba para ocultar las lágrimas que á ellos se asomaban.

El vivo placer que tuvo de ver á sus hijos, unido á la angustia que sentia mirando la espada de Damócles suspendida,—sin apereibirse el amenazado,—sobre la cabeza de Ramon, agitaron tanto al anciano, que pasó aquella noche mala y calenturienta.

A la mañana siguiente anunciaron los facultativos la conveniencia de que hiciese el enfermo sus últimas disposiciones. La afliccion de sus hijos, que le adoraban, fué desgarradora.

El General estaba tan preparado á dejar el mundo, y á comparecer ante el juicio de Dios, que fueron sus disposiciones solemnes, pero cortas y serenas.

Hácia el anochecer, sintiéndose debilitar por momentos, dispuso que le dejasen solo con sus hijos. Entónces estos se acercaron al lecho del anciano, reprimiendo sus lágrimas para no afligirle.

Después de haberlos mirado por largo rato;

—Hijos mios, les dijo; un cruel secreto, que ha

de hacer la desgracia de uno de vosotros, existe hace muchos años oculto en el fondo de mi alma! Pero,... pues voy á morir,... no me queda mas tiempo para ser su depositario. ¡Oh Dios mio! Mi corazon lo desmiente!—y, sin embargo;—¡uno de vosotros no es hijo mio!

El doloroso asombro que se manifestó en el rostro de los tres hermanos, los dejó mudos, pálidos y sobrecojidos.

—Bien conocéis, continuó el General después de una pausa, en la que tomó aliento, que mi interés y cariño hácia vosotros son los mismos para todos, y que nadie ha conocido,—ni aun vosotros mismos,—cual era el que no me pertenecía.—Y vosotros, hijos míos, añadió enternecido, ¿cuál de los tres es el que no siente por mí la ternura de hijo?

La simultánea y elocuente respuesta de los tres hermanos fué arrojarle en los brazos del anciano, sofocados por sus sollozos.

—Pues si vuestro corazon no os lo dice, prosiguió el General profundamente conmovido, mi cruel deber es declararlo!

Los tres hermanos se miraron un instante, y arrojándose por un movimiento instantáneo y unánime en los brazos unos de otros.

—¡Padre! exclamaron á una voz; no queremos saberlo!

El General levantó los ojos y las manos al cielo.

—¡Dios mio, exclamó, os doy gracias!—Muero

tranquilo y contento. ¡Hijos míos! ¡hijos míos! que la satisfaccion de haber ocultado para siempre un funesto secreto; que el recuerdo de haber cubierto con un santo velo de amor fraterno el infortunio de uno de los tres, haga vuestra vida feliz y tranquila, así como vosotros habeis hecho mi muerte!

Y poniendo sus manos sobre las cabezas de los tres hermanos, que se habian arrodillado al lado de su lecho:

—Que sean mis últimas palabras, dijo en voz solemne y suave, vuestra recompensa.—¡Hijos míos, yo os bendigo!!!

FIN.





# LA FLOR DE LAS RUINAS:

RELACION DE UN SUCEDIDO.

**POR FERNAN CABALLERO.**



# LA FLOR DE LAS RUINAS.

---

## CAPITULO I.

A principios de este siglo, y ántes de la invasion de los franceses en la península Ibérica, se habia reunido una numerosa sociedad en una de las casas de campo, que circundan á Lisboa como macetas de flores.

Entónces la política estaba circunscrita al Gobierno. ¡Ojalá sucediese hoy lo mismo! Así podríamos decirle con el descanso que exclamaba un marido al contemplar el panteon de su muger:

*Ci gît ma femme.... Ah! qu'elle est bien  
Pour son repos, et pour le mien! (1).*

De esto resultaba que en las sociedades no disputaban, sino que se divertian, los concurrentes. No tomaban los hombres para darse importancia y

(1) Aquí yace mi mujer,  
Ella descansa y yo tambien.

talante de hombres públicos, esos afectados aires de *madurez*—harto desmentidos en la vida privada;—ni se anticipaba una agria y criticadora vejez. Por el contrario, se prolongaba, alguna vez con exceso, una alegre y móvil juventud; lo que, á lo ménos, no hacía á los hombres antipáticos, hipócritas y arrogantes, ni peor al Gobierno.

Las mujeres, sin tener pretensiones algunas al espíritu de independendencia que les quieren inocular las idéas avanzadas, no aspiraban á ser *libres*; pero eran de hecho SOBERANAS: lo que engendraba el buen gusto y finura de aquella sociedad. La influencia de la mujer es la más selecta cultura que recibe el hombre.

La señora de la casa en que se hallaba reunida la sociedad que hemos mencionado, estaba sentada á la mesa, cubierta esta de un opíparo refresco. A pesar de que habia pasado su primera juventud, era aun muy bella; y aunque con su acostumbrado buen trato se ocupaba sin cesar de las personas que tenía á su lado, sus negros y hermosos ojos no se apartaban de un jóven elegante y bien parecido, que estaba sentado á los pies de la mesa. Uno de sus vecinos que era íntimo amigo de la casa, lo notó y se sonrió: entónces ella le dijo en queda y conmovida voz:

—¿No es cierto que es muy hermoso?

—Como que es vuestro vivo retrato, contestó su amigo.

—No, no, repuso la señora; yo soy pequeña, y él tiene la persona de su Padre.

—Verdad es, contestó su vecino, que tiene la aventajada estatura de su Padre; lo que no obsta á que tenga las perfectas facciones de su Madre.

Este hijo acababa de llegar de Inglaterra, en donde su Padre, que era Cónsul extranjero, habia dispuesto que se educase; y en regocijo de su regreso se daba la presente fiesta.

Habíase la concurrencia levantado de la mesa, y formaba ahora diferentes grupos; unos cerca del piano, otros al lado de las mesas de juego, y otros en el terrado ante la casa, para gozar del fresco y de la hermosa vista que desde allí se extendía en prolongada lontananza, más bella aun á la mágica luz de la luna, que reflejada en el mar, le daba un llante horizonte de plata.

La dueña de la casa se sentó al lado de la abierta puerta del jardin, y á poco el recién llegado vino á sentarse á su lado.

—¡Qué hermoso es esto, Madre mia! exclamó con entusiasmo.

—Con qué... ¿no has olvidado del todo á tu pátria en los diez años que has estado ausente, hijo mio?

—Oh! no: contestó el jóven. Pero las imágenes que conservaba mi memoria, eran las que vi en mi niñez con mis ojos de niño; y que son por consiguiente completamente distintas de las que percibo ahora.



—¿Y cuáles te agradan más?

—Me sería difícil decirlo, señora. Lo que sí puedo aseguraros, es que lo que ahora veo tiene la ventaja de una sorpresa admirativa, sin haber perdido el indefinible encanto que el recuerdo le presta. Así es que gozan á un tiempo mis ojos y mi corazón.

—¿Te parece, pues, bella, aun viniendo de Londres, nuestra Lisboa? preguntó con pátrio orgullo la hermosa portuguesa.

—Bellísima, Madre. ¿Cómo no me lo habia de parecer la hermosa ciudad, cuyos pies besan el Tajo con sus dulces lábios y el Océano con sus saladas olas, y que retirándose de ambos, como altiva doncella, se refugia á las faldas de su Madre, que la corona de mirtos, azahares y jazmines como á una Ninfa?

—¿La amas, pues, más que á la soberbia Inglaterra? preguntó con gozo su Madre.

—Sí por cierto. Inglaterra es grande y bella; pero lo es como una estatua de mármol. Tiene el porte digno y frio de una Princesa; y no inspira amor ni simpatía. Así es que todo inglés que puede hacerlo, vive la mitad de su vida ausente de su pátria; y nosotros no nos hallamos sino en ella. Y es que ellos aman á su pais por reflexion, y nosotros al nuestro por sentimiento. Que hayan los ingleses formado á su pais, ó que su pais los forme á ellos, de ambas maneras preside á esta obra de cabeza la frialdad. Así es que en

aquel pais se piensa más, y en el nuestro se siente más; el inglés ADMIRA á su pais, nosotros AMAMOS al nuestro.

—Muy cierto! exclamó su Madre. Tu Padre me llevó recien casada á Inglaterra. Todo lo hallé muy hermoso en aquel pais de las perfecciones materiales. Pero, hijo mio, añadió poniendo su mano sobre su corazon, éste rincconcito que tenemos aquí, no lo hay allí! (1).

(1) Bellísima y significativa expresion de una señora española á su regreso de Lóndres.

---

## CAPITULO II.

Tenia Pedro, que así se llamaba el recién llegado, una naturaleza esencial y profundamente poética. No porque tuviese una imaginación vasta y creadora, sino porque tenía un manantial perenne de poesía en su corazón. Por lo cual, si bien no expresaba un pensamiento bello engarzado en buenos versos, lo impregnaba todo de ese maná poético bajado del cielo sobre esta árida vida, sin que por eso prestase una disposición ó viso *romanesco* á las cosas; pues para él era lo poético lo sencillo y lo cotidiano, pero no lo extravagante. Su ideal era restricto, y alumbraba con su divina luz interna cada objeto, aunque pequeño, siempre que fuese por naturaleza bueno, inocente y sincero. Apartábase instintivamente de los volcanes y sus ardientes lavas las pasiones; de los fuegos fátuos, de las falsas bri-

llantes ideas, del ruido y de la pompa de la retumbante palabrería, teniendo, cual los Reyes de Oriente, una estrella en el cielo, á la que con fé ciega seguía.

De esto resultaba que era Pedro un jóven modesto y reconcentrado, porque solo en su Madre hallaba aquella paridad de ideas y de sentimientos, que inspiran y engendran una entera confianza. Divorciado por inclinacion y por deber, de todos los vicios, no habia intimado con los jóvenes de su edad, que los suelen ostentar, no sabemos si como prerogativas, si como despreocupaciones, si como gracias, ó como troféos de rebeldía.

Así sucedia que solia pasear solo, sin dejar por eso de gozar entre aquellos mirtos y laureles, que hacen del de Lisboa uno de los mas bellos paséos de Europa.

Muchas veces habia notado Pedro con extrañeza á una jóven de condicion humilde, pero de hermosura notable, que se sentaba solitaria en uno de los bancos del paseo, y que puesta la mano en la mejilla, no levantaba sus ojos del suelo sino para fijarlos en él. Habia en aquellas miradas una mezcla de tristeza, de inocencia ó ignorancia de los usos establecidos, unida á un interés tan sentido, sin ser provocado por el que lo inspiraba, que no pudo menos de sorprenderle. Empero en el sentir delicado de Pedro, lo chocante de la provocacion

superó todo el atractivo que la hermosura y todo el interés que la tristeza debían naturalmente inspirarle. Cada tarde hallaba Pedro á la muchacha en el mismo sitio; cada tarde veía á algunos jóvenes calaveras, á quienes aquella linda aparición atraía, rudamente rechazados, y cada tarde era más marcado el dolor que se iba grabando profundamente en aquel rostro joven y hermoso.

Dice Kératry que Dios ha dado la compasión por abogada á la desgracia. Así sucedió que algunos días después, al llegar la entrada de la noche, y al notar que la muchacha se levantaba para retirarse, y que por despedida fijaba en él sus grandes ojos, de los que corrían abundantes lágrimas, Pedro, á pesar de la timidez de su carácter y de la rigidez de su conducta, fué arrastrado á seguirla, más por la compasión que las lágrimas inspiran, que no por la seducción que la belleza ejerce.

Después que en su seguimiento se hubo internado por algunas calles solitarias, Pedro se acercó á ella, y le preguntó con timidez, si la aquejaba algún pesar, y si era de naturaleza que pudiese él remediarlo ó aliviarlo.

—¡Soy muy desgraciada! contestó ella prorumpiendo en un amargo llanto.

—¿Cuál es vuestra desgracia?

—No puedo decirla.

—Así no hallaréis consuelo. ¿Porqué venís todas las tardes al paseo?



—Antes venía porque me obligaban; ahora vengo por mi propia voluntad.

—¿Quién era, y cuál el motivo que os obligaba, á vos, tan linda y tan niña, á venir sola á un paseo público?

—No puedo decirlo.

—¿Y porqué venis ahora de motu propio?

La muchacha calló. Pedro repitió su pregunta.

—¿Qué os importa? respondió la muchacha con una mezcla de despecho, de afliccion y de *brusqueria*, que aunque unidos, se hacian cada cual palpables en sus palabras duras, en su acento amargo, y en sus dolorosas lágrimas.

—Me importa, puesto que lo pregunto, dijo Pedro.

—¿Y porqué os importa?

—Porque me interesais.

—¿De veras? exclamó ella.

—Muy de veras, respondió Pedro. Decidme, pues, el motivo de vuestra afliccion,

—¡No puede ser! si os intereso, demostrádmelo de otra suerte que nó con preguntas.

Pedro sacó del bolsillo una moneda de oro, que presentó á su interlocutora.

—¡Eso no! exclamó esta con vehemencia; no me lo demostreis ni con preguntas, ni con monedas. Las unas demuestran curiosidad; las otras caridad; pero ninguna demuestra...

Se detuvo y añadió con tristeza; *interés!*

—Dejad que os acompañe á vuestra casa, dijo Pedro, cada vez mas empeñado, y cada vez mas interesado por aquella extraña mujer. Esta no pudo disimular un estremecimiento, y exclamó:

—¡No, no! ni pensarlo! ¡eso no puede ser!

—¿Sois casada? preguntó Pedro.

—Ni soy casada, ni me casaré nunca; ¡nunca!

—Entónces ¿en qué puedo servirlos? tornó á preguntar Pedro, absorto de encontrar tantas anomalías, tan extrañas reticencias en aquella criatura singular.

—¿Servirme? En nada podeis servirme, repuso ella.

—¿Pues en qué puedo al ménos complacerlos y mostraros mi interés?

—Con dejarme que os mire, que os hable, y que os ame, sin rechazarme como hasta aquí habeis hecho.

El morigerado carácter de Pedro, la delicadeza de sus ideas y sentimientos en cuanto á la reserva y modestia de la mujer, tan instinctivas en ellas que no necesita la educacion ingerírselas, llevaron un rudo choque al oír aquellas palabras.

Viendo que callaba, la jóven volvió á prorumpir en un amargo llanto, exclamando: ¡Madre, Madre! ¡porqué me pariste! ¡Qué crueles son los hombres todos!

—Pero.... ¿Y si yo os amase á mi vez, como de cierto sucedería? preguntó Pedro.

—¿Y qué mal habria en eso? repuso ella.

—Es, dijo Pedro, que yo no puedo ni debo amar sin saber á quien amo,—á un ente misterioso que se oculta de mí; á una mujer, que cual una nube, aparece sin saber de donde viene, y cual aquella, puede desaparecer, sin que se sepa donde irá.

—Yo creia, repuso ella, que el amor no hacia mas pregunta, ni necesitaba saber más, sino si era correspondido; pero ya veo que hasta para amarse se pide pasaporte. A Dios! olvidad á una infeliz, que creyó por un momento hallar un corazon que le diese tan solo un poco de amor, en cambio de todo el suyo!

Diciendo esto se alejó. Pedro corrió tras ella. Entónces la muchacha se paró, y le dijo cruzando sus manos:

—¡Por Dios! ¡por Dios! no me sigais! os juró que mañana me hallaréis en la alameda!—Y rápida como esas exhalaciones que se ven sin dar tiempo á fijarlas, desapareció cual ellas en la oscuridad.

---

### CAPITULO III.

Al dia siguiente Pedro,—sin premeditada intencion, y aun sin notarlo,—salió más temprano que otras tardes para ir á su acostumbrado paseo. Mas á pesar de eso, cuando llegó, ya estaba aquella extraña muchacha en su misma actitud triste, en su acostumbrado asiento.

Al poco rato se levantó y salió del paseo. Pedro la siguió á distancia, hasta que internados por calles solitarias, y debilitada la luz del dia por la total ausencia del sol, pudo alcanzarla y dirigirle la palabra sin que fuese notado.

Cuanto por ambas partes se dijeron fué con poca variacion lo que se habian dicho la tarde ántes, acabando la entrevista por parte de ella, con la vehemente y angustiosa prohibicion de que la siguiese, y la promesa de volver á la tarde siguiente.

Cada tarde volvía Pedro más empeñado, más interesado y más seducido por aquella hermosa jóven, que era á un tiempo tan delicada y tan inculta, tan sentida y tan áspera, tan franca y tan misteriosa; llegando esta última peculiaridad al extremo de no poder averiguar Pedro lo mas mínimo sobre su persona, su familia y su condicion.

Por más que la reciente confianza que se establece entre dos personas que sienten ambas, como por mitad, un mismo sentimiento, autorizase á Pedro á ser exigente en sus preguntas, y obligase á ella á ser franca en sus respuestas, nada supo Pedro; porque la tierna y feliz jóven que sonreía con dulzura, se tornaba al oír sus preguntas en taciturna y áspera; y si él persistía, ella le amenazaba con alejarse para siempre de su lado. Sobre lo que más insistía Pedro, que era en saber su domicilio, no pudo arrancarle otra respuesta que la singular y afirmativa repeticion de que vivía entre ruinas, sirviéndole esta declaracion á un tiempo de respuesta á las indagaciones de su amante, y de pretexto para no introducirle en su casa. Así era que Pedro, á falta de otro nombre, le había puesto el de FLOR DE LAS RUINAS; pues mientras existan el amor y la poesía, siempre será la flor el emblema de una hermosa, ó de una querida jóven.

El amor y la poética mente de Pedro, unas veces le llevaban á pensar que fuese la que amaba



alguna huérfana encerrada desde niña en algun convento ó instituto de enseñanza, que hallaba medio de disfrazarse y escapar por algunas horas de su encierro. Otras conjeturaba que podría ser un miembro de alguna familia arruinada, que vivía aislada y oscuramente en algun ángulo de su derruida casa solariaga. Otras, en fin, se estremecía con la idea de que pudiese ser alguna mal casada, que huyese sigilosamente del techo conyugal. Sobre esto le tranquilizaba la seguridad que le había dado ella de que no era casada; pero al mismo tiempo le había dado otra, y era que no se casaría nunca. ¿Ligábala quizás algun voto? Si había vivido reclusa, ¿cómo era tan atrevida y tan llena de decision? Si había vivido en el mundo ¿cómo era tan completamente ignorante de sus usos, de sus miramientos, y casi de su lenguaje? Pedro se perdía en sus conjeturas, se desesperaba en medio del caos de confusiones en que vivía, gracias al capricho de una niña, que le dominaba y seducía, á pesar de su temprana razon y de la severa delicadeza de su sentir.

Pedro había exigido, para que sus relaciones no fuesen notadas, — cosa de que por una de sus muchas anomalías, no parecia cuidarse su querida, — que esta no volviese á la alameda, y que fuesen sus entrevistas en un lugar más apartado y solitario. Siempre en estas citas ella se adelantaba á Pedro; y la señal para encontrarla, era la que en el

Mediodía prefiere el amor, porque es el idioma del corazón, esto es, el canto, en que á la vez expresa su pensamiento con la letra y su sentir con la armonía. Pedro apresuraba sus pasos cuando llegaba á sus oídos una voz clara y sonora que cantaba estas y otras parecidas estrofas:

He de amar, amar eu quero  
Pro mas que murmure a gente,  
Q'esa gente que murmura  
Tal vez nao seja inocente.  
Se o amar fôra pecado  
Era eu gran pecador;  
Mas o Ceu facil perdoa  
Culpa que nasce d'amor (1).

Cuando ella le divisaba, salíale alegre y ligera al encuentro, se asía á su brazo como el pámpano á la rama del olmo, y paseaban en el crepúsculo, abstraídos de todo, sin pensar en el AYER ni en el MAÑANA, que amargan el HOY con recuerdos, y con cuidados lo agitan; desapareciendo de un todo el sol, sin que lo notasen, y acudiendo en el cielo las estrellas sin que las percibiesen. Porque el sol y las estrellas de su existencia eran aquellos momen-

(1) He de amar; amar yo quiero  
Aunque murmure la gente;  
Que esa gente que murmura  
Tal vez no sea inocente.  
Si el amar fuese pecado  
Yo fuera gran pecador;  
Mas perdona el cielo fácil  
Culpa que nace de amor.

tos en que unidos paseaban, y en los que se embelesaban repitiendo las eternas variaciones de aquellas palabras TE AMO, que segun dice un autor, nunca envejecen.

De esta suerte pasó la primavera, la que con otras flores habia visto brotar y amparado este amor al aire libre, entre el cielo y la tierra, en medio de las flores, como el amor de los pájaros, como el de las mariposas; cantando cual aquellos, jugando cual estas; sin pensar en el mañana cual unas y otros! Pero pasó la primavera y su hermano el verano, siguiendo el otoño que acortala tardes y enturbia su cielo; y las entrevistas de los amantes se hicieron mas cortas y ménos frecuentes. Entonces Pedro resolvió salir de la situacion singular y subyugada en que se hallaba.

Tenía él una gran ventaja para poder imponer su voluntad, aun en el corto reinado de la mujer, esto es en el tiempo que es amada; y era la que tiene aquel de los dos amantes que es querido con mas pasion que la que él mismo siente. Así fué que confiado en el ascendiente que ejercia sobre su querida, le intimó la terminante resolucion que tenia de hacerla optar entre la alternativa de terminar unas relaciones envueltas en un misterio que desunia sus almas, y que no podian satisfacer de esta suerte ni á su corazon ni á su razon, ó de introducirle con franqueza y lealtad en su domicilio y en su vida interior.


—¿Para qué quieres, le dijo ella apurada y cariñosa, conocer las RUINAS? ¿No te basta LA FLOR?

—Bástame la flor, respondió Pedro; pero la quiero con raíces, la quiero sacar de sus ruinas, y traerla á un suelo que sea mio, y en que pueda cultivarla, sin temor de que me sea arrebatada.

—La FLOR DE LAS RUINAS tiene espinas, y sabe guardarse, repuso ella; y no puede, añadió con tristeza, transportarse! Además..... ¡las ruinas van á desprestigiar á la flor!

—Más la desprestigiará esta prolongada y singular ocultacion, dijo Pedro.

La pobre y apurada niña rehusó, suplicó, lloró; pero fué inútilmente. Pedro exasperado por su obstinada negativa, insistió inflexible en su determinacion, y la pobre FLOR DE LAS RUINAS cedió al fin con violenta repugnancia y profundo dolor, fijando para complacer á su amante un determinado dia.



## CAPITULO IV.

Por aquel tiempo habia en la parte alta de Lisboa, un barrio que destruyó el terremoto de 1755, y que no habia sido reedificado. Formaba anchas calles de ruinas sin belleza ni prestigio, decrepitas sin recuerdos, viejas sin nobleza, restos sin antecedentes y sin la solemne calma de la muerte, —como los tienen las ruinas que hace el tiempo,—teniendo aquellas el repulsivo sello de la destrucion, como las que hace el hombre, ó produce un cataclismo.

Alzábanse aún trozos de paredes con los huecos que tuvieron; pero los unos despojados de sus vidrieras y celosías, parecian ojos sin párpados, y los otros privados de sus puertas, parecian entradas de cuevas. Los pátios, y las habitaciones en alberca y rellenos de escombros, mostraban por sola gala alguna díscola ortiga, ó algun silencioso lagarto, que vestía del color de las piedras, para no



ser apercibido. Un débil eco respondia desde algun lóbrego pasadizo, con exhausta é indistinta voz, á las melancólicas reflexiones, que infundian y hacian formular al que las pisaba, aquella aglomeracion de cosas finadas. ¡Nada quedaba de lo que les diera vida! Con sus moradores habian desaparecido las bellezas, los adornos y las comodidades, con que aun la modesta existencia suaviza su domicilio. como los pájaros sus nidos con plumas y musgo. Nada podia verse que fuese mas antipático á la vista y al sentir, que aquellas filas de aglomeradas y desnudas ruinas, que parecian la residencia del misterio absoluto, la mansion del crimen impune. y el refugio de la desolacion solitaria.

Verdad es que al pié de la altura en que se hallaban, estaba el magnífico paséo, en el que, entre mirtos y laureles, paseaba la elegante muchedumbre. Verdad es que algo mas léjos, y á orillas del Tajo, corrian presurosos por las soberbias plazas. el comercio y la vida. ¡Pero estaban separados de los tristes vestigios de la gran catástrofe, por lo que desune y aparta más que la distancia, que es el abandono; por lo que anonada y destruye más que la muerte, que es el olvido!

No obstante, ¿dónde habrá lugar en que no se encuentre la vida, cuando hasta en la caja en que se encierra un cadáver y es sepultado en las entrañas de la tierra, renace?

Así era que, aun entre aquellos desamparados y

lóbregos esqueletos de los que fueron edificios, se habia instalado alguno que otro de esos párias voluntarios, que viven aislados, porque ese aislamiento que se compadece, á ellos les simpatiza ó les conviene.

Una techumbre de anéas, un pedazo de estera colgado ante los huecos de las ventanas, algunas malas tablas unidas unas á otras por la parte alta, y por la parte baja por barrotes, y cerradas por el interior con una tranca formando puerta, eran los reparos hechos para hacer habitables parte de aquellas ruinas. En lo que habian sido habitaciones interiores y en los pátidos y corrales, se veian algunos cerdos arrellanarse como sibaritas sobre camas de inamovibles inmundicias, y algun gallo flaco subido en lo mas elevado de los amontonados escombros, cacareando con la arrogancia que gastar pudiera aquel guerreador que hubiese tenido la infausta gloria de haberlas hecho.

¡Cuál no sería, pues, el espanto de Pedro, cuando precedido de su guia, llegó á este lugar de desolacion, que fué al que lo condujo; y cuando empujando una de las descritas puertas, le introdujo en uno de aquellos antros lóbregos y miserables!

—¿A dónde me conduces? exclamó Pedro con horror, deteniéndose á la entrada.

—¿No te lo decia yo? respondió ella con abatimiento, ¿no te lo decia? ¡que las ruinas despojarian á la flor de su prestigio!

—Pero, exclamó Pedro; ¿porqué no me has confiado la manera miserable en que vivias? ¿Porqué con inconcebible extrañamiento y orgullo, has rehusado los socorros del hombre que te amaba?

—No podia admitirlos; en vista de que no puedo variar en un ápice mi existencia.

—¿Porqué?

--Porque soy esclava.

—¡Esclava! ¿de quién?

—De mis perversos hermanos. He intentado libertarme, y huir de su cruel tiranía, ¡y siempre estos ensayos me han salido fallidos, y me han costado caro! Mira esta cicatriz en mi cuello, este brazo aun sin movimiento, por una dislocacion que ha sufrido; y comprenderás no solo el yugo que sobre mí pesa, sino tambien el peligro en que estaria mi vida si me escapase de ellos, pues en todo lugar que me escondiese, sabria encontrarme su puñal.

—¿Y á qué te obligan, infeliz?

—Me obligan á cuidar de su casa, y á preparar sus alimentos. Me obligan ¡gran Dios! á traerles aquí á aquellos hombres ricos, que imprudentes se obstinan en seguir mis pasos, cuando me fuerzan á ir para ser vista á los sitios públicos.

—¿Qué dices? exclamó Pedro aterrado.

—¡Sí, sí! exclamó ella con vehemencia desesperada; ¡sí, sí! ¡Para eso aprovechan la hermosura que dicen que Dios me ha dado! Y una vez que

han entrado entre estas ruinas que encubren y callan cual cómplices, los despojan; y para que este delito no se sepa ni se trasluzca.....

La voz se anudó en la garganta de la que hablaba, que miró en torno suyo con pavor, como si temiese apereibir entre las grietas de las carcomidas y hendidas paredes, oídos que la escuchasen, y ojos que la espiasen.

—Acaba, dijo Pedro con ansiosa suspension; ¿qué hacen?

La interpelada se acercó á su amante, y le dijo en queda y profunda voz: ¡los... asesinan!...

—¡Qué espanto! exclamó Pedro desviándose de ella. ¡Y yo he amado á esta funesta mujer, á este reclamo del crimen, á esta sirena de cementerio!

—¡Por eso, prosiguió ella, nunca he querido traerte á mi casa! ¡por eso me he resistido á ello con tanta obstinacion! Y cuando obligada por tí te he complacido, aprovechando la ausencia de mis hermanos; cuando con obedecerte, he querido probarte mi cariño, ¡infeliz de mí! solo he conseguido perder el tuyo!

El tédio, el horror y el asombro sellaban los lábios de Pedro.

—Y no obstante, prosiguió ella, tú eres el solo hombre, el solo ser que he querido! Por el amor que te tenía, que me hacía imposible traerles más víctimas, he recibido la herida cuya cicatriz conservo! ¿Y qué te ha pedido en cambio esta pobre

*flor de las ruinas*, sino lo que la mas humilde pide al sol, florecer al calor y brillo de su luz? ¿Qué te espanta en la que poco há amabas, que de ella apartas tu vista? ¡Oh! ¡infelices mujeres, siempre empujadas al mal por los hombres, y nunca sostenidas por ellos cuando quieren hacer el bien! ¡Miseras desheredadas de perdon, del que son sus corazones inagotables fuentes! ¡Existencias de cristal, de las que con despotismo se apodera el hombre, y que empaña con su amor, quiebra con su crueldad, su abandono ó su desden!

Cuanto esa mujer decia era tan cierto, aplicado á ella, que Pedro compadecido iba por fin á contestarle, cuando sonaron fuertes golpes dados en la puerta.



## CAPITULO V.

—¡Cristo crucificado! ¡ellos son! exclamó la joven aterrada al oír los golpes.

—¿Quiénes?... preguntó Pedro.

—¡Mis hermanos, los asesinos sin piedad, los verdugos sin misericordia! respondió ella alzando las manos con espanto.

Los golpes redoblaron.

—¿Qué hacer, Madre de piedad, qué hacer? murmuró la infeliz volviendo en torno suyo sus desatentados ojos, como para buscar un medio de salvación que era imposible.

La mal pergeñada puerta cedió en este instante á un vigoroso empuje, y tres foragidos entraron en aquella estancia, mal alumbrada por un candil colgado en una de las salientes asperidades

del descarnado muro. Despues de hacer á su hermana algunas cortas y brutales reconvenciones por su tardanza en abrirles, se dirigieron hácia Pedro, sin demostrar extrañeza por hallarle allí. Mas su hermana, precipitándose á su encuentro, escudó á su amante con su cuerpo, exclamando con vehemencia:

—¡No, no le mataréis sin atravesar ántes mi pecho!

Por única respuesta, el mayor de los tres la cogió por un brazo, y la tiró al suelo á distancia, apartándola así del lugar en que pasaba esta escena.

Pedro estaba desarmado; pero aun en el caso de que hubiese tenido armas, toda resistencia contra tres foragidos era tan inútil como insensata, y solo habria servido para precipitar la inevitable catástrofe: por lo cual los foragidos le despojaron de cuanto llevaba, sin que opusiese resistencia.

—¡Por Dios, hermanos! gimió su pobre hermana, que se habia arrastrado sobre sus rodillas hasta sus piés; ¡os pido que no le mateis! ¡Es el solo hombre que he amado! ¡Con su vida me arrancais la mia! ¡Tened piedad,... una vez siquiera! ¡tened piedad de él y de mí!

Los foragidos no hicieron caso alguno de estos angustiosos ruegos, y se apoderaron de Pedro.

—¡No, no le mataréis! exclamó su hermana levantándose erguida. Si no le soltais por compasion,

lo haréis por temor de mi venganza. Y eso que vosotros no sabeis hasta dónde puede llevar la venganza una mujer, que si no tiene vuestra mala alma, tiene en sus venas la misma sangre que corre por las vuestras!

—¡Atadla! mandó el hermano mayor.

—¡No, no! ¡matadme de una vez, si no quereis que venga la muerte de aquel á quien amo, y que vosotros, tigres sanguinarios, fieras malditas de Dios, quereis matar ante mis ojos! Pero yo lo impediré; que la desesperacion dá fuerza y valor: y si no lo logro, me vengaré,—¡tan cierto como hay en el Cielo Dios que nos juzga, y sol que nos alumbra!—delatándoos á la Justicia.

El hermano mayor dió un paso hácia ella; mas el menor le detuvo diciéndole:

—No exasperarla más; está fuera de tino, y es capaz de todo.

—Pero no se puede dejar á este hombre, repuso el mayor.

—Saquémosle de aquí, propuso el menor.

—¡Cómo! si hace una luna que deslumbra!

—¿Y quién pasa por este sitio á esta hora? Para más seguridad le disfrazaremos; repuso el menor, que en seguida sacó de un arca un hábito de fraile.

—Saca tambien la mordaza, advirtió el que hasta entónces habia callado, el que en seguida se puso con el mayor á atar de piés y manos á su in-

feliz hermana, que se repercutía con violencia y rechazaba con desesperados, pero inútiles exfuerzos, á sus hermanos, que la dejaron atada y presa de una espantosa convulsion tendida en el suelo.

Habiéndole igualmente atado las manos á Pedro, puéstole la mordaza, revestido el hábito de fraile y caládole la capucha, salieron á la ancha calle que tenian que atravesar para internarse, como lo intentaban, en las ruinas del lado opuesto.

Estaba la calle tan bañada de la luz de la luna, que caia perpendicularmente sobre la tierra, que apenas hacian sombra los objetos. A cada lado de Pedro se colocó uno de los hermanos mayores, siguiéndolos el tercero; y así se puso en marcha la fúnebre caravana en absoluto silencio; pues hasta sas pasos cautelosos pisaban mudos la tierra.

Apénas habian llegado á la mediacion de la calle, cuando de repente oyeron una voz récia y de mando que les gritó:

—¡Alto ahí!

Cual una centella reanimó y encendió esta voz las apagadas esperanzas de Pedro.

—¡Es una ronda, y somos perdidos; huyamos! dijo el menor de los hermanos.

—¡Quietos! mandó el mayor, y sacando un puñal, cuya hoja brilló á la luz de la luna como un relámpago;—si haceis un solo movimiento, sois muerto! dijo á Pedro.

El otro hermano le imitó, y Pedro se halló preso entre las afiladas puntas de dos puñales ocultos en las mantas de sus dueños.

En este momento llegaba la ronda.

—¿Quién va? preguntó el que hacia de cabeza.

—Un Padre que llevamos para auxiliar á nuestra Madre moribunda, respondió con serena voz el hermano mayor.

El jefe de la ronda se cercioró de que lo que le decian era cierto, viendo al callado religioso; y Pedro sin poder exhalar el más leve sonido, ni hacer el más mínimo movimiento, oyó con desesperacion alejarse á la ronda, y debilitarse gradualmente el mesurado compás de sus pisadas.

—Alijear el paso, dijo el mayor de los foragidos, volviéndose los tres á encaminar hácia las ruinas. Mas ántes de llegar á ellas, volvió á oirse al jefe de la ronda, que gritó con voz enérgica:

—¡Alto ahí!

Los ladrones se pararon murmurando imprecaciones. La ronda se acercaba con pasos apresurados precedida por una mujer, que con el cabello suelto, el rostro desencajado y con las muñecas ensangrentadas, corria y gritaba con desgarrador acento:

—¡Salvadle! salvadle! y precipitándose en el grupo de los detenidos, arrancó la capucha que cubria la cabeza y el rostro de Pedro, exclamando con delirio: ¡está salvo! ¡Bendita sea la Providencia y



la Justicia de Dios! ¡Líbrese la sangre inocente, aunque sea á costa de la culpable!

—¿Qué has hecho, infeliz? exclamó Pedro.

—Lo solo que me quedaba que hacer, contestó ella: procurar tu salvacion, y buscar mi muerte.

—¡Oh! no morirás, que yo te salvaré! exclamó Pedro.

—No de mi puñal, dijo en voz ahogada por la ira el mayor de los foragidos, el cual, ántes que nadie hubiese previsto ni podido impedir su accion, habia cumplido su amenaza.

—¡Oh! ¡qué frio y qué agudo es este acero! dijo la herida poniendo la mano sobre su traspasado pecho. ¡A Dios.... Pedro! añadió dirigiéndose á éste que se habia precipitado á ella y la sostenia en sus brazos:—muero por haberte salvado; y así es mi muerte más feliz que lo ha sido mi vida!

—¡No mueras, no! exclamó desesperado Pedro. Mi salvadora será mi compañera á la faz del Cielo y del mundo.

—¡No, no! repuso en balbuciente voz la moribunda: la FLOR DE LAS RUINAS debe morir entre ellas... ¡sola y abandonada como ha vivido! ¡Juez de los corazones, añadió alzando sus ya quebrados ojos, ten conmigo la compasion que los hombres no han tenido!

Algun tiempo despues, se ajusticiaban en Lisboa tres bandidos, entre los cuales, uno atraia con

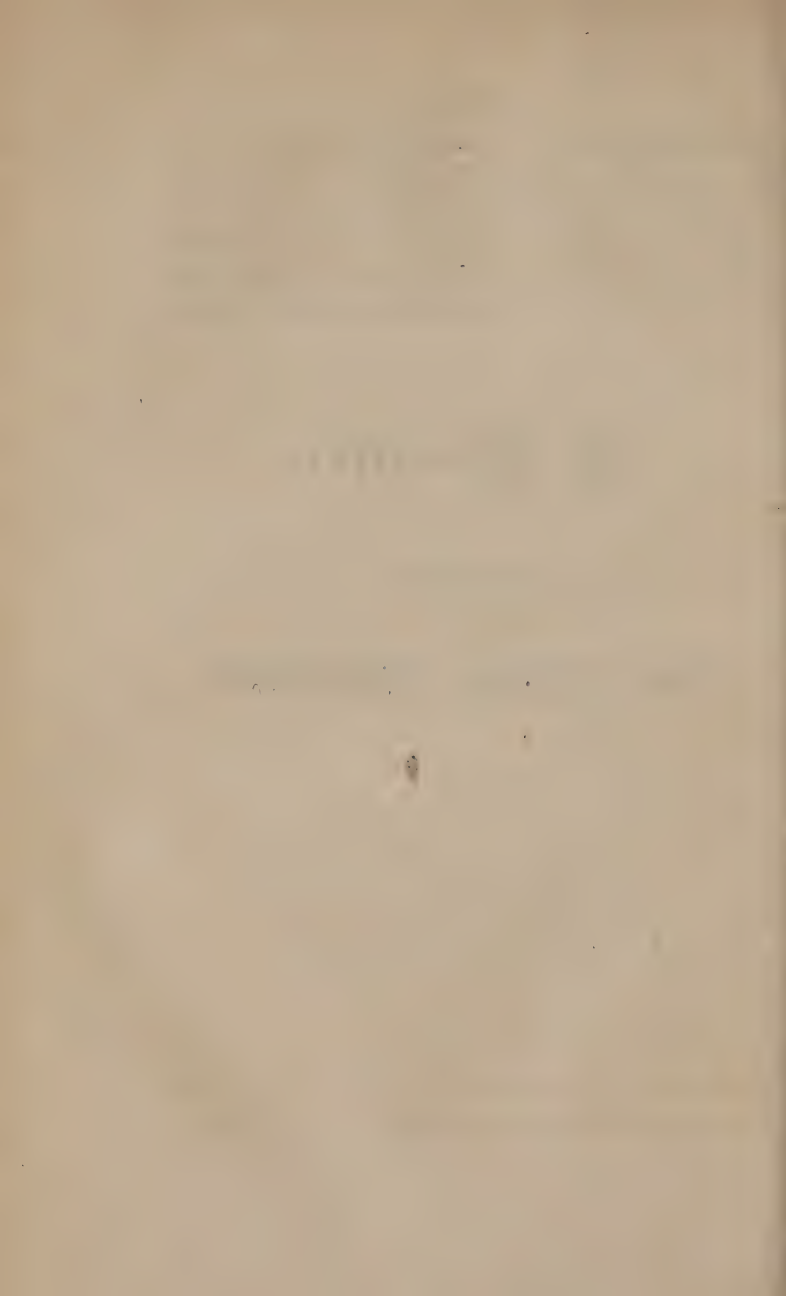
particularidad la atencion de la muchedumbre por llevar la señal de Cain en la frente. Mientras, en una de las casas mas ricas y conocidas se celebraba una junta de facultativos por hallarse en inminente peligro, de resultas de unas calenturas cerebrales, el hijo de los dueños.

FIN DE LA FLOR DE LAS RUINAS.

# EL EX-VOTO:

RELACION

**POR FERNAN CABALLERO.**



# EL EX-VOTO.

---

Cuéntanos en *lisa* prosa castellana, con ese estilo, que no diré si es bueno ó malo, pero que es *tuyo*, y nos gusta por eso; cuéntanos, digo, lo que realmente sucede en *nuestros* pueblos de España, lo que piensan y hacen *nuestros* paisanos en las diferentes clases de *nuestra* sociedad.

*Carta del lector de las Batuecas á FERNAN CABALLERO.*

## CAPITULO I.

DOS VIAJEROS ILUSTRADOS.—UN PUEBLO QUE EMPIEZA A ENTRAR EN LA SENDA DEL PROGRESO MATERIAL.—UN SACRISTAN CON LA BÓCA ABIERTA.

Es la lijereza francesa, es el chiste volteriano, es el *nihil mirari* el que todo lo marchita entre nosotros.

CHATEAUBRIAND.

El ateismo no es tanto la *creencia*, como el *refugio* de las malas conciencias.

*Máxima.*

La voluntad inglesa es una fuerza motriz de incalculables caballos normandos. Un inglés muy simpático—á sus paisanos—se ha propuesto que esta voluntad omnímoda realice la famosa y fantás—



tica palanca de Arquímedes: á las fuerzas de Atlante reúne los caprichos de una manceba real, y el despotismo de un niño muy mal criadito. Asi es, que si un hijo del país, cuyas blancas costas le valieron de los romanos el nombre de Albion, dice, *por aqui meto la cabeza*, lo hará, sin que le arre-dren calamorrazos, chichones, achocazos ni des-calabraduras.

Aplicando estas reglas generales al pequeño cuadro de la relacion que vamos á hacer, nadie extrañará el ver salir de Gibraltar á dos ingleses, con intencion de seguir una marcha en línea recta hasta Roncesvalles, sin llevar mas guia que sus narices. Mister Hall habia dicho á Mister Hill:

—Irémos los dos solos é inseparables, como los Gemelos en el Zodiaco. Cádiz, á donde nos dirijimos primero, no es el polo, para que podamos correr el riesgo de perdernos, como el capitan Franklin.

—Por supuesto, contestó Mister Hill; el perderse, añadió suspirando, es un placer con el que han acabado las luces del siglo. El globo está ya explotado!

Diciendo esto los dos amigos, el uno alto y el otro bajo, metieron las espuelas á sus pobres caballos, que deseaban morir para descansar, costearon la bahía, pasaron por Algeciras, subieron una cuesta pendiente como una escalera, y llegaron á las cumbres de las últimas alturas de la sierra de

Ronda, que se acercan á la mar, como para contemplar su gran hermosura en ancho espejo. Allí se hallaron en una encrespada selva de encinas y alcornoces, que se vestían y engalanaban con las zarzas, la yedra y las vides silvestres, que en sus valles escondían arroyos entre adelfas, y borraban las huellas del hombre con su vigorosa vegetación. Así fué que nuestros viajeros quedaron perdidos en un decir *good by*; tan perdidos como Mister Hill podía desearlo, logrando disfrutar los dos amigos el deleite de andar varias horas errantes por una selva agreste, como Pablo y Virginia. Por fin, al llegar á un alto algo más despejado de arbolado, divisaron el ancho mar, al que habían venido acercándose; y al pie del monte, un valle que tenía por límites, á la izquierda una angosta playa de dorada arena—puesta por Dios entre el mar y la tierra, como inexpugnable baluarte—y á la derecha un pinar tupido y áspero, como una maciza puerta, con la que se cerraba el valle. Sentado en la mullida alfombra que le proporcionaba la yerba que cubría el suelo, estaba un pueblecito misántropo, que teniendo al frente el mar con su inmensa monotonía, á su espalda el grave y oscuro pinar, y á los lados las intrincadas sierras, parecía haberse colocado allí para disfrutar de todas las soledades. Antes de llegar al lugar se veían algunos álamos blancos, que habiendo crecido bajo el constante azote del viento de la mar, habían adquirido una actitud doblada

y doliente, y sombreaban con vacilante é inquieta sombra un profundo y ancho pozo con su pilon adyacente, que servia de abrevadero á los ganados.

A la entrada del pueblo habia una robusta y fornida alcantarilla con pretensiones de puente, la cual salvaba un barranco poco profundo, que en invierno servia de desagüe al prado. Pero á la sazón, habiendo pasado la estación de las lluvias, abria la alcantarilla un tremendo ojo al ver llegar á rendirle homenaje y pasar bajo su férula, no un apacible arroyo, ni menos un soberbio torrente, sino una manada de gorrinos. Adornaban la cabeza de esta alcantarilla,—obra del arte y honra del lugar,—dos pilares perfectamente cuadrados, que terminaban, uniéndose amistosamente, las cuatro esquinas, y sellando esta union con una alcachofa ó cosa parecida, que por ser únicas en su especie, no tienen clasificacion ni en la horticultura ni en la arquitectura. Cuando se habia concluido aquella mejora urbana, la alcantarilla, y aquel embellecimiento del aspecto público, los postes, con pretensiones á pertenecer, aunque por casta degenerada, á la familia de los obeliscos, ó columnas monumentales, el Alcalde encargó al maestro de primeras y únicas letras del lugar, un letrado ó inscripcion, para memoria y señal de la época en que se hizo, y de las personas que en esta obra actuaron. Lo único que le advirtió fué que diese aquel letrado testimonio de todo el profundo respeto que

tenia el pueblo á la Religion, y del que las autoridades profesaban á la Constitucion. El Maestro de primeras letras, que era expeditivo, escribió en dos por tres, en uno de los postes, con unas letras gordas y robustas, como los chiquillos que iban á su escuela, la siguiente inscripcion:

DETENTE AQUI, CAMINANTE;  
ADORA LA RELIGION,  
AMA LA CONSTITUCION,  
Y LUEGO... PASA ADELANTE (1).

En el otro poste estaban consignados el dia, mes y año en que se levantó é inauguró tan soberbio monumento, con los nombres del Alcalde que corrió con la obra, del albañil que la llevó á cabo, y del alfarero que hizo los ladrillos.

Aquel dia memorable hubo fiestas y regocijos públicos, que constan en los fastos del pueblo. Consistieron en un toro de cuerda y seis cohetes; y para fijar más indeleblemente la memoria de tan fausto dia, el toro cogió por los fondillos al Alcalde que, sorprendido por la llegada de la fiera, no halló mas medio de salvacion que subirse por una reja. Pero no pudo verificarlo con bastante ligereza para po-

(1) La persona que escribe esto, dá testimonio de haber visto este letrero en un poste á la entrada de un puente. No tienen los novelistas la suerte de poder inventar tales cosas; el arte nunca puede llegar en ningun género á la perfeccion de la naturaleza.

ner á tiempo fuera del alcance de las astas del toro la parte que en su niñez tampoco habia podido poner fuera del alcance de los azotes (1).

Pasada la alcantarilla, lo primero que se encontraba era un ventucho, cuyo repuesto consistia en un mal barril de vino y otro peor de aguardiente.

El ventero, que solia tener por parroquianos,—gracias á la proximidad de Gibraltar, esa úlcera de España,—una porcion de perdidos, desertores, presos fugados, contrabandistas y vagos; que veia á estos deudores, poco escrupulosos en el pago, detenerse las horas muertas en su establecimiento, dar sangrías á sus barriles, armar camorras y escurrirse sin pagar, habia escrito por via de muestra, y á manera de estatutos de su establecimiento, con tremendas letras de furibundo almagre, coloradas como pavos, esta cuarteta, modelo de estatutos y de concision.

VAMOS ENTRANDO,  
VAMOS BEBIENDO,  
VAMOS PAGANDO,  
VAMOS SALIENDO (2).

Nuestros blancos hijos de Albion llegaron algo parecidos á las *pieles rojas* de América, por las ca-

(1) Histórico.

(2) Copiada del natural, como los versos anteriores, ocupa esta cuarteta, ideal del laconismo y tipo del buen sentido, un lugar preferente en el prontuario ó mamotreto del autor.



ricias del sol español. En la alcantarilla *no se detuvieron*: la pasaron sin *adorar la Religion, ni amar á la Constitucion*; sin que por eso el monumento encargado de hacer observar estos preceptos, como verdadero poste, les tirase su alcachofa á la cabeza. Cuando llegaron á la venta, habiéndose orientado, pidieron al ventero les proporcionase un guia que los condujese á Vejér, que era el pueblo mas cercano. Mientras el ventero iba á evacuar esta diligencia, y los infelices caballos descansaban un rato, fueron sus dueños á dar una vuelta por el pueblo.

Llegaron á la plaza en que estaba la iglesia, que les sorprendió por su buena apariencia, y suplicaron al sacristan, que estaba en los porches, que se la enseñase. El sacristan, con esa obsequiosidad tan espontánea en el pueblo de España, se apresuró á franquearles la entrada en el templo, con todo el inocente placer que se siente al ver á otros admirar y venerar los objetos que nosotros mismos admiramos y veneramos. Pero ¡cuál no seria la triste decepcion del pobre sacristan, cuando en lugar de la admiracion devota que aguardaba, solo vió á aquellos señores levantar los hombros con desdén y sonreirse con escarnio! En el mundo estamos por desgracia tan acostumbrados á ver la osadía con que la impiedad ataca y hiere de frente nuestras mas arraigadas convicciones, nuestras mas profundas creencias y nuestros mas dulces y suaves sentimientos, que nuestros corazones, después de que-

brarse, se han encallecido; es decir, oyen escandalosas impiedades, sin que estas les causen ya mas impresion que la de triste lástima. Pero para el sacristan de aquel lugar apartado y humilde, fueron tales demostraciones, como una capa de nieve echada sobre un recién nacido.

La primera cosa que chocó á aquellos forasteros, que se denominaban con el honorífico dictado francés de *espiritus fuertes*, —pero que acá llamaremos con mas propiedad *ignorantes materialistas*, —fué una hermosa Imágen de la Vírgen, que bajo su dulce y metafórica advocacion de la DIVINA PASTORA (que lo es del rebaño del que su Divino Hijo es el Pastor), estaba colocada en el altar mayor rodeada de sus ovejas, metáfora tan universal, que hasta los mismos protestantes llaman á sus curas *pastores*. Nuestros viajeros, á pesar de que venian por cuenta de una junta bíblica esparciendo Biblias, es de presumir que jamás habian leído el Nuevo ni el Antiguo Testamento, pues tanto les sorprendió el culto á la Madre de Dios, que su Divino Hijo instituyó en la cruz, y tan poco se hacian cargo de las figuras con que en ambos Testamentos se hacen palpables estas altas verdades al limitado entendimiento del hombre.

Así fué que Mister Hall dijo á Mister Hill:

—El campo en este pais solo presenta eriales, selvas enmarañadas y desiertas: en cambio, en las iglesias hallamos la Arcadia!—¿Qué significa esta Filis?

—Esto, respondió en tono decidido y dogmático Mister Hill, es uno de los *idolos*, que adoran los españoles en lugar de adorar al Divino Hacedor.

—¿Pues qué, no creen en el Ser Supremo? preguntó Mister Hall.

—No le conocen, *dear fellow*, contestó el interrogado.—*Dear fellow* quiere decir *querido compañero*, y es expresion extremadamente usual entre los hijos de Albion.

El *dear fellow*, que la echaba de *humorista* (esto es, de gracioso y original con chiste), hizo brotar de sus lábios un manantial de agudezas, capaces de batir en brecha la gracia andaluza y la sal ática, con su ariete de mostaza.

Dióle ancho pábulo á explayarse, un cuadrito, no bien pintado por cierto, el que llevando su lema en un ángulo que con grandes letras decia *EX-VOTO*, pendia al lado de un altar. Era este altar de mármol blanco y negro, y sobre él se alzaba una gran cruz de ébano, de cuyos brazos colgaba un fino sudario guarnecido de encajes, y á cuyo pie se veian la corona de espinas y los clavos de maciza plata.

El cuadrito del *Ex-voto*, que con preferencia á otros suspendidos al lado del altar de la cruz, habia atraído la atencion de estos aprovechados viajeros, mostraba sobre el oscuro fondo de un pinar, una cruz alzada sobre una sencilla peana de cal y canto, de cuyos brazos pendia una guirnalda de

flores, tal como se vé en todas las cruces en los dias designados particularmente á su culto, á principios de mayo. En la parte delantera del cuadro se veia á un hombre con un puñal en la mano echando al suelo á otro, que al caer se asía á una cruz clavada en el suelo entre la maleza.

—¿Ha visto Vd. jamás,—decia Mister Hill á su *querido camarada*,—ha visto Vd. jamás pintar en una iglesia una escena de latrocinio y asesinato?

—Será—respondió el interrogado, Salomon sin sal,—un altar consagrado al santo á quien hayan instituido patrono de los puñales.

Los dos *dear fellows* se rieron del modo con que dice Homero se reian los dioses en el Olimpo: ¡sin duda seria cuando veian hombres tan ridículos como aquellos!

—¡Cruces y puñales! dijo el *fellow* núm. 1.

—¡Sangre y oraciones! añadió el *fellow* núm. 2.

—¡Supersticion y estupidez! Eso sí que se encuentra aquí; pero segun voy viendo, ni un solo *comfort*.

—¿No le parece á Vd., amigo, que estos cuadritos, estos mamarrachos, prueban que Murillo y su arte son cosas fantásticas é inventadas por los romances que inventaron al Cid; y que nunca han existido en este pais de pésimos caminos?

—Podrá Vd. muy bien tener razon, querido señor. Lo que es indudable es, que poner unos cuadritos tan mal pintados en una iglesia, es contra

el *decoro* del templo, la *gravedad* de la contemplacion y la *dignidad* del culto.

¡Lector mio, que vives quizás apartado del trato de protestantes, ó de hombres que no tienen religion, y que dan á entender, que si no siguen la nuestra, no es por ser ellos soberbios é incrédulos, sino por falta de la religion, que no está á la altura de su sabiduría! Sabe, decimos, que cuando salen muy tiesos á relucir el *decoro*, la *gravedad* y la *dignidad*, tratándose de estas materias, es porque al amor, al fervor, á la fé, en fin, á las virtudes de *arriba*, se han antepuesto las de *abajo*.

—Es una gran irreverencia, dijo Mister Hill.

—Un desacato, querido, respondió el otro.

—Una ridiculez, amigo.

—Una impropiedad, Sir.

—Una profanacion, *dear*.


—Señor, dijo el más Salomon acercándose al sacristan, quema tú esos *nonsenses* (contrasentidos), ó dálos á tu *baby* (niño chiquito); y toma,—añadió dándole una Biblia,—aquí tienes la *verdad*, que no sabes, y que hallarás en las Santas Escrituras, que *no conoces*.

Con esto se alejaron los interesantes misioneros, riéndose, y dejando al sacristan con la boca abierta.

—¡No pueden ser cristianos! murmuró al fin; serán judíos, de los muchos que hay en Gibraltar, entre otros géneros prohibidos.



Ahora, á fuer de católicos, españoles y amigos de la ilustracion en su sentido genuino, que es dar luz al entendimiento y aclarar un punto ó materia dudosa, referirémos el origen y significado del Ex-voto en cuestion, por ser curioso comparar el hecho católico con la interpretacion protestante; el caliente corazon que siente y acierta, con la fria razon que juzga, mide con su compás... ¡y yerra! la elevacion y poesía del alma religiosa que se levanta hácia Dios con sus blancas y brillantes alas, y el prosáico y mezquino razonamiento escéptico, que con sus piés de plomo, tropieza por su seca y estéril senda: seguros de que casi todos dirán con nosotros las palabras de San Pablo: «¿Porqué ellos enferman y yo no enfermo? ¿porqué se queman y yo no me quemo?



## CAPITULO II.

LA FIESTA DE LA CRUZ.—ESCENA DE INTERIOR.—PORQUE LOS BUENOS  
ANCIANOS CONSERVAN LA VISTA.—EL LENGUAJE DE LOS PAJAROS.—ORI-  
GEN, MARTIROLOGIO Y MUERTE DE UNA MUÑECA DE PAN.

¡Oh! ne vous hâtez pas de mûrir vos pensées!  
Jouissez du matin, jouissez du printemps!  
Vos heures sont des fleurs, l'une á l'autre enlacées;  
Ne les effeuillez pas plus vite que le temps.

VICTOR HUGO.—*A los niños.*

No os apresureis á madurar vues-  
tros pensamientos; gozad de la maña-  
na, gozad de la primavera. Son vues-  
tras horas flores enlazadas una á otra;  
no las deshojeis aun ántes que el  
tiempo!

Et sans comprendre encore ce que vaut l'innocence,  
Dis: Mon Dieu, gardez-moi comme une blanche fleur.

Y sin comprender aun lo que vale  
la inocencia, pide á Dios te la con-  
serve como una flor blanca.

Aquel triste y solitario pueblecito, tenia tam-  
bien sus felices y contentos moradores, que esta-  
ban apegados á él, como lo están los niños á sus  
amas, aunque sean feas y displicentes. En cual-  
quiera parte se acomoda el contento de los humil-  
des y de los sanos de corazon.

Al lado opuesto á aquel en que se hallaba la venta, se veía una casa muy limpia, muy blanca; como que hacia poco que habia estrenado un vestido de cal. Su tejado estaba cubierto de yerbecitas y florecillas, como si se hubiese tocado un pañolón enramado: por su abierta puerta se veía el pátio, que,—por pasar lo que referimos en los primeros dias de mayo—estaba hecho un canasto de flores. Podia compararse la bella vista que formaba la casa, á una persona sincera que abriese y mostrase á las claras un corazon lleno de inocencia y alegría. Veíanse allí rosas de su color, blancas, rojas y amarillas, como hermanas en diferentes trages.

La lila—esa flor alemana que tan temprano florece,—se inclinaba indolente y triste en su modesto vestido.

Las delicadas violetas se cubrian con sus hojas redondas como con parasoles. En las rendijas de las paredes hacia el resedá á toda prisa sus ramilletitos, mientras lo miraba con sus grandes é inocentes ojos su buena amiga la salamanquesa. Al rededor del pátio, en tejas sujetas á la pared como púlpitos, se inclinaban hácia fuera doctos claveles, predicando á las demas flores un sermon sobre la brevedad de la vida. Un pálido y delicado jazmin que esto oia, caia desmayado en brazos de una *espueta de galan*, que denodada y con su vestido de oro habia subido hasta el jazmin escalando una

reja. Ocupaban el centro del pátio un naranjo y un granado, que mezclaban sus flores rojas y blancas con una armonía y con un silencio, que deberían avergonzar profundamente á la Asamblea legislativa francesa.

Una gran cantidad de pájaros, mariposas y abejas, hacian corteses visitas de flor en flor, sin darse el caso de que ninguna de estas amables hijas de Flora, se negase á recibirlas, ni aun con la excusa de estar de trapillo. Una suave brisa de mar, pura como un cristal de roca, llevaba de unas á otras sus perfumes.

En este patio todo florecia, embalsamaba, volaba ó cantaba.

En la habitacion principal de la casa, á la derecha de la puerta del zaguan, se veia una escena de interior, tan suave, pacífica y perfumada como la del patio.

Junto á la ventana, en una silla baja, estaba sentada una mujer muy anciana, que tenia abierta sobre sus faldas la *Guirnalda Mistica*, en la cual leia en alta voz el capítulo correspondiente al dia. Apoyábase en sus rodillas una niña como de ocho años, que pendía de los lábios de su abuela, como si las palabras que pronunciaba, hubiesen tenido una forma visible. A su lado estaba una mujer de mediana edad, cosiendo una camisa de hombre; á sus pies—sentada en el suelo, con las piernas estiradas y los pies levantados y descansando sobre

los talones, como dos perritos bien enseñados—estaba una niña de cinco años, meciendo en sus brazos con la mayor gravedad materna, una muñeca de pan recientemente salida del horno, ilesa como Sidrach, Misach y Abdenago salieron del que les mandó preparar Nabucodonosor; pero, en cambio, amenazaba á la pobre la suerte de los hijos de Saturno.

Al otro lado de la ventana, frente á la anciana, veíase al abuelo sentado en un gran sillón de cuero, como los que se ven en los pueblos en las barberías: inclinábase adelante, formando con su mano una especie de embudo para su oído, á fin de no perder una palabra de lo que leía su muger. Delante de él dos hermosos muchachos jugaban con Cubilon, el perrazo del anciano, anciano como su amo. Habíanle obligado, á fuerza de molerle, á dejarse poner una especie de albarda; ahora sus manecillas se esforzaban en abrirle la boca y ponerle un freno. El perro volvía su gran cabeza, ya á la derecha, ya á la izquierda; pero sus tiranillos seguían ágilmente á cada uno de sus movimientos. El fondo de este cuadro lo formaba un altar, que se habia colocado contra la pared de la ventana, sobre el que se levantaba una Cruz hecha de flores, porque aquel día era el 3 de mayo, DIA DE LA CRUZ. A cada lado una muchacha estaba sujetando las flores en los extremos de los brazos del Santo Arbol, y un jóven subido en una escalera de mano,



colgaba del techo una araña formada de dos pedazos de caña, juntados y suspendidos al techo por cuatro tomizas; pero todo tan revestido de flores, que quedaba oculta la sencilla y tosca armazón. La abuela leía.

«I. Hay muchas personas que no buscan la Cruz, ántes la huyen; pero á ellas la Cruz las busca y las halla. Estos son los pecadores, que van siempre en busca de sus gustos; pero éstos huyen de ellos, porque el hombre que no busca á Dios, jamás está contento.

«II. Otras personas buscan las cruces, y en efecto, las hallan. Esto sucede á los que empiezan á servir á Dios; que aun no tienen bastante valor y amor á Dios, para que las aflicciones les sean dulces.

«III. Las almas santas buscan las cruces con mucho ahinco, pero no las hallan. San Francisco Javier deseaba más y más cada día, y Santa Teresa pedia ó padecer ó morir, y entrambos se hallaban colmados de gozo en medio de sus aflicciones (1).

Cuando la anciana hubo concluido su lectura, dijo la madre de la muñeca, cuyos dientes habian hecho sobre las narices de su hija el efecto de un cáncer:

—*Mae Juana, vamos á rezarle un credito al SEÑOR atao?*

(1) El Padre Bosch Centellas, *Guirnalda Mística*.

—No se dice así, observó su hermana mayor, que se dice el SEÑOR DE LA HUMILDAD; zonzona. Y si así no lo dices, te castigará *Pae Dios*.

—¡Que no!—repuso muy sobre sí la chica:—que no sale de su cuadro.

—Todo lo ha leído hoy *Mae Juana* sin espejuelos, observó la niña mayor.

—¿Sabéis, repuso la anciana, porqué conservo tan buena la vista? Es, niños míos, porque jamás ni nunca le negué una limosna á un ciego; y como me bendecían siempre con este voto, «Dios os CONSERVE LA VISTA,» el Señor los ha oído; porque ya saben vds. que muchos *ámenes* llegan al cielo.

En este momento, y como si los recuerdos de la anciana le hubiesen atraído, se oyó una campanillita.

—¡El pobre ciego! el pobre ciego! gritaron los niños en coro. Y habiendo pedido y obtenido un ochavo y un pedazo de pan para el pobre, se arrojaron todos al zaguán.

Allí estaba el ciego con su fiel guía, su perrito, que llevaba en su cuello, pelado por el roce, la correa en que estaba sujeta la cuerda que guiaba á su amo, y de la cual pendía la campanillita que le anunciaba. Parado estaba el inteligente animal delante de su amo, expresando con sus elocuentes ojos la triste súplica, que su amo no tenía ya sino en la voz. Su amo le daba el pan; ¡él daba á su amo su mirada! Aguardaba el pobrecillo con aire

humilde, baja la cola hasta tocar el suelo, como el saludo del necesitado, fijando en los niños sus ojos tristes é inquietos.

Tráenos esto que vamos describiendo, á la memoria un pasaje de Chateaubriand en el *Génio del Cristianismo*, en que dice: «Sin religion no hay «sensibilidad. Buffon admira por su estilo; rara «vez enternece. Leed su admirable artículo sobre «el perro: todas las clases de perros están incluídas en él; uno solo falta, que es el perro del «ciego; y este seria el primero que un autor religioso hubiera tenido presente.» Y tened vosotros presentes, incrédulos españoles, hijos, discípulos é imitadores de la incredulidad francesa, que vuestra madre, maestra y modelo, ha respetado la gran reputacion de su gran escritor Chateaubriand con el buen sentido y delicado gusto con que un soldado de la república saluda al sepulcro de un vandeano.

—Chiquito, Chiquito, ¡pobre Chiquito! decian los niños al perrillo, que se deshacia en fiestas apenas hubieron dado su limosna al ciego;—¿tienes calor? ¿tienes sed? ¿estás cansado?—El animalito saltaba, les lamia los pies, dando unos gemidos al mismo tiempo tristes y alegres, como es triste y alegre el enternecimiento.

Pero en aquel instante se oyó un fuerte y sordo gruñido. Chiquito dió agudos chillidos, pues Cubilon, que era poco hospitalario y rigidísimo guar-

dian de la inviolabilidad del hogar doméstico, se habia echado sobre el intruso, le habia derribado y le aplastaba con sus enormes patas.—¡Cubilon! ¡Cubilon! bárbaro, pícaro, ¡*desalmado*! gritaban los niños; y para hacerle soltar su presa, uno le tiraba de una oreja, el otro le descargaba puñetazos sobre el hocico, la niña mayor le tiraba á todo tirar de la cola, y la mas chica, con el desnudo y esfuerzo que solo pueden dar unidos el corage y la generosidad, traia una escoba, alcanzando justamente sus fuerzas á dejarla caer sobre el lomo del delincuente. Un perro, que tiene la fuerza y ferocidad de un leon, tiene para aquellos niños que ha visto nacer, y á quienes quiere, la dulzura y sufrimiento de una oveja; y aguanta humildemente tanto castigo é ignominia, sin moverse ni chistar, cuando solo con sacudirse puede lanzar á sus implacables verdugos á diez pasos de distancia. Suelta Cubilon su presa, y se va con las orejas y la cola gachas al lado de su amo; da unas cuantas vueltas al rededor, suspira como un fuelle, y se deja caer con todo su peso, dando tal costalazo que se cimbrea todo el cuarto.

Los niños se entraron en el patio despues de haber seguido con la vista al ciego y á su perrito, que de cuando en cuando volvia la cabeza, como para darles de nuevo las gracias por su limosna y su intervencion generosa.

Al ver el gallo acercarse aquel torbellino, ir-

guió la cabeza, levantó una pata, y miró fijamente al nublado, como el marino al de la tempestad que se acerca.

—Apuesto,—dijo el mayor de los niños á la madre de la muñeca, feroz canibal que habia devorado los brazos de su hija y habia dado sus piernas á Chiquito,—apuesto á que no sabes lo que dicen los gallos cuando cantan.

—Dicen *quiquiriquí*, respondió la niña.

—¡Qué *tupios* tienes los sentidos, Mariquilla, simplona!

—¿Y tú lo sabes, *chacho*?

—Sí que lo sé. Desde que nací lo sé, mira tú!

—Pues *imelo*.

—No me á gana.

—Anda, chacho, *imelo*, y te doy la moña de mi muñeca.

El *chacho* alargó la mano y Mariquilla con el desenfado de otra Dálila, arrancó la castaña á su muñeca, y se la dió á su hermano, el que en cumplimiento de lo ofrecido, abrió su boca y empezó á un tiempo á hacer un picadillo de la castaña, y la siguiente relacion:

—Mas de mil años há, vinieron al reino de España unos enemigos—mas malos que *Arrancao*, mas feos que *Geta*, y mas desalmados que Judas,—que se llamaban franceses. Se llevaron al Rey de España por traicion, sin que lo supiese la gente, que no le queria dejar ir; le hicieron prisionero



esos *indinos*, y metieron á su *Sagrada Real Magestad* en un cepo, sin darle mas que pan y agua.

—¡Jesus! exclamó Mariquilla; ¿y porqué no los mató *Pae Dios*?

—Calla, mujer, repuso su hermano: Dios no mata á los malos; pero se van al infierno; que es peor. Saqueaban esos ferósticos los pueblos, hacian quemas de los trigos, mataban á todos los que se les ponian por delante, pero en particular á los niños.....

—¡María Santísima! exclamó Mariquilla.

—¡Y á los gallos! dijo en voz honda concluyendo su peroracion el muchacho. Así era, continuó, que los niños y los gallos les tenian mas miedo que al *Bú*.

—¡Pues no se lo habian de tener á esos *Herodes*! opinó Mariquilla.

El narrador prosiguió:

—Cuando un gallo veia con sus ojos amarillos como dos estrellas, que alcanzan á ver de dia y de noche diez leguas á la redonda, asomar por algun lado á los franceses con un Rey tuerto y borracho, que traian por delante, se ponía á cacarear para avisar á sus hermanos, que al instante le contestaban.

El niño se puso á remedar con perfeccion el canto de los gallos en el siguiente diálogo:

¡Franceses vienen!

—¿Cuántos son, dí?

—Son mas de mil!

—¡Triste de mí!!!

—¿Y por eso cantan de noche? preguntó muy convencida Mariquilla.

—Sí, se les quedó la maña: desde entónces no duermen mas que una hora.

—¿Cómo lo sabes, chacho? ¿Te lo han dicho ellos?

—No; pero me lo dijo el monacillo; mira, duermen:

Una hora el gallo,  
Dos el caballo,  
Tres el santo,  
Cuatro el que no lo es tanto,  
Cinco el peregrino,  
Seis el teatino,  
Siete el caminante,  
Ocho el estudiante,  
Nueve el caballero,  
Diez el majadero,  
Once el muchacho,  
Doce el borracho.

No habia vuelto Mariquilla de su sorpresa, cuando su otro hermano, tirándole vigorosamente del brazo, la hizo voltear y darse de narices con él.

—¿Tampoco sabes, le dijo, lo que dicen las golondrinas, muger?

—No, respondió Mariquilla atónita.

—¡Vaya, que estás en Babia, tonta! Y el sábio versado en lenguas orientales, imitando admirablemente á las golondrinas en su gorgéo precipitado, —esa alegre algarabía que concluye en un prolongado pitío tan suave, tan monamente recalcado, co-

mo el beso de una madre al hijo á quien cria,—  
con suma ligereza se puso á decir:

Fuí á la mar, vine de la mar,  
Y labré mi casa sin piedra ni cal,  
Sin azada ni azadon,  
Y sin ayuda de varon.  
Chicurri, chicurri,  
Comadre Beatriiiiiíiz!

La niña abrió la boca y los ojos, y levantó la cabeza para atender á las golondrinas, que se ocupaban en hacer sus nidos debajo de las tejas. Allí acudian tan honestas con sus túnicas blancas y sus mantos negros, buscando casas felices y pacíficas por simpatía; pues es fama que traen consigo á ellas la paz y la felicidad. Así, ¿quién es el que no quiere á las golondrinas, esas precursoras de las flores, esas personificaciones de la buena fé y de la confianza, que dicen al hombre, al jornalero como al Rey: *¿Tu techo es nuestro techo?*

—Verdad es, verdad es! murmuraba la niña: Pero cuando bajó la vista, un grito de espanto y dolor brotó de sus labios. Era el caso que un gatito negro, apovechando los momentos de profunda abstraccion de Mariquilla, se habia apoderado de la muñeca de pan; muñeca que, á semejanza de las buenas estátuas antiguas, aun atrocemente mutiladas, sin piernas, brazos ni narices, conservan gran mérito y son tan apetecidas.

Por mas que aquella desconsolada Céres corrió

tras de su Proserpina, no alcanzó al negro Pluton, que con su presa estaba ya fuera del alcance de la desolada Madre, no debajo de la tierra como el otro, sino sobre el tejado.

Este fué el fin de la muñeca de pan, que vivió *aun ménos de lo que viven las rosas*, tipos de la brevedad de la existencia.

—Juan de la Cruz,—dijo la buena anciana á su nieto cuando bajó de la escalera despues de colgar la araña;—¿has tenido cuidado de ponerle la guirnalda de flores á la CRUZ DEL PINAR?

—Si señora, Mae Juana, contestó su nieto.

—No se te olvide llevarle mañana otra fresca, hijo, prosiguió la anciana. Mi Madre era ama del Cura, y le oia yo decir á su merced una relacion de la Cruz, de que era muy devoto: siempre tengo en la memoria esto que decia:

¡Oh Cruz alma! oh suave  
Camino al cielo! ponte intercediendo  
Como del cielo llave!....  
. . . . .  
Esos ramos extiende,  
Y en su divina sombra nos defiende! (1)

Sed devotos de la Cruz, que en todo, CON ESE SIGNO VENCERÉIS. No se te olvide la guirnalda, hijo.

—Descanse Vd., Mae Juana, respondió su nieto,

(1) Lope de Vega.

que antes le faltarian al sol sus rayos, que á la Cruz del Pinar su guirnalda.

Entretanto habia entrado el Padre de los niños: la Madre habia puesto la mesa, y colocado sobre ella una gran cazuela de arroz con almejas, y otra de habas y lechugas, cuyo sabroso olor sobrepujó en breve al suave perfume de las flores, como sobrepuja siempre lo útil á lo agradable.

¡Magna sentencia que salmodian como chicharras los discípulos del nuevo culto de San Positivismo!

---



### CAPITULO III.

LAS FABRICAS DE LOZA DE TRIANA PUESTAS EN EL LUGAR QUE LES COR-  
RESPONDE.—JUAN PALOMO Y PEDRO PALOMO ¡QUE BUEN PAR DE PICHOS-  
NES!—EL SILENCIO, AL REVES DE MUCHAS COSAS QUE VEMOS Y QUE NO  
TIENEN NOMBRE, ES UN NOMBRE SIN COSA.

¡Hijo prudente del temor callado  
Y la tiniebla muda!  
Hermano del sosiego y del reposo!  
A ti buscando voy por monte y prado.  
ODA AL SILENCIO, DE SOTO DE ROJAS.

En la noche de aquel mismo día, dos hombres de mala traza habian tomado posesion de la única mesa y de los dos únicos bancos existentes en la venta de que hemos hablado.

Colgaba en la pared un candil de hierro súcio, que con unas borras de mal aceite y una espesa mecha—que echaba un tufo negro como una chime-  
nea de vapor,—esparcia una luz amortiguada, vaci-  
lante, rojiza, como si hubiese sido el resplandor de

un hachon arrimado á la pared; sobre la mesa habia un jarro de vino de loza de Triana. Vamos á describirlo, pues lo merece. En la parte delantera de aquel jarro, una mano maestra, una Mme. Jacotot de Triana (1) habia pintado con un azul impuro, sobre un fondo blanco súcio un animal apócrifo, como lo son las quimeras, arpías, el pelícano, el dragon con aliento de fuego, el hipogrifo, el fénix, la salamandra, el basilisco, el unicornio, y otros muchos que componen la graciosa casa de fieras de la Imagination, rápida Atalanta que vence en su veloz carrera á la realidad. Esta moderna creacion fantástica no era bella ni elegante; y si acaso tiene esta especie algun origen autorizado ó algun sentido simbólico, no hemos podido ni comprenderlo ni averiguarlo. Pertenecia su cabeza á no dudarlo,—en vista de las astas fieras que la ponian en un respetable estado de defensa,—alganado vacuno: el arca del cuerpo era en figura y dimensiones de ballena; las piernas ó patas, de cigarron y la bien poblada cola, de caballo.—Creemos que en Triana, su patria, se dá á este bicho sobrenatural el nombre de toro.—Si estos jarros fuesen exportados, como deberian serlo, no hay duda que aumentarían la fama que ya gozan en el extranjero, Montes, Cúchares y Redondo, si consi-

(1) Mme. Jacotot es la famosísima miniaturista, cuyo hábil pincel dá un mérito inestimable á los objetos de China de la fábrica de Sèvres, que sirven para los regalos régios.

deraban que estos hombres matan en un dos por tres á semejantes mónstruos. ¡Un toro del tamaño de una ballena, y que saltase como un cigarrón! ¿Dónde íbamos á parar?

Antes de proseguir, y despues de la de los productos, es preciso tambien hacer una mencion honorífica de las fábricas, respetables decanas de todas las fábricas europeas. Cien años cuentan las de Sèvres: ahora verémos lo que es esa antigüedad, y cuan frescos son esos pergaminos en comparacion de la antigüedad y no interrumpida filiacion de las fábricas de Triana. No pondrémos como prueba de esta remota antigüedad, los mencionados animales, calificándolos de antidiluvianos, como podríamos hacerlo sin que nadie tuviese el derecho de impedirnoslo: pero como tendrian el de dudarlo, traerémos pruebas mas irrefragables, pues el asunto es mas sério de lo que parece.

Murillo pintó un cuadro de las Santas **JUSIA** y **RUFINA**, Patronas de Sevilla, que eran, como es sabido, lozeras.—Este cuadro ha pasado de Capuchinos al Museo de Sevilla, y asi, todo el que quiera cerciorarse de la inmutabilidad de estas fábricas, podrá hacerlo comparando los productos de ellas, que ha pintado el gran génio de Sevilla al pie de las Santas, con los que hoy se fabrican, y verá como son idénticos.

De esto hay doscientos años. Y si Murillo tuvo la advertencia—como es de creer que la tuviese al

pintar estos accesorios— de asegurarse de que fueron los que en el año 287 vendian las Santas, se deducirá claramente, que esas respetables fábricas cuentan 4600 años; por lo cual tienen todo el interés de una momia viva, y de un *statu quo* en perpétuo movimiento. ¡Y nadie observa, nadie admira esto! Escandaliza tanta indiferencia por tal fenómeno de duracion y de inmutabilidad, en un siglo en que todo varía, todo es nuevo.... hasta,—y sobre todo,—el modo de andar!

Triana ha visto levantarse erguidas las elegantes fábricas de Sèvres, de Sajonia, de San Petersburgo, de La Granja y otras, dando á luz diversas generaciones de productos brillantes, ya á lo indio, ya á lo japonés, á lo etrusco, á lo griego, á lo chino y á lo rococó, sin envidia y sin la mas mínima emulacion. Solo una taza frailerá le dijo á una bacía: *Chi va piano, va sano: chi va sano, va lontano*. Asi estas nobles matronas, sin cuidarse de la Pompadour, ni de sus amorcillos cachetudos y alados, ni de sus flores subidas de color,—como las Duquesas de aquella época lo estaban con su colorete,—han seguido fomentando la buena casta de sus animales estrambóticos y pájaros extravagantes, con una constancia única en su clase.

Deben hacer los anticuarios una liga defensiva y *protectoral* para preservar las fábricas de Triana de toda agresion por parte del progreso, que seria una profanacion. El progreso, cuando pasa por es-

tas fábricas, con todo su ejército, debe imitar el ejemplo de otro innovador, el Mariscal Soult, el que á su entrada en Sevilla, al pasar por ante las pilas de productos extremadamente domésticos de las fábricas de Triana, se quitó el sombrero y gritó á sus legiones:—¡Soldados franceses! ¡diez y seis siglos os están mirando! (1).

Volvamos á nuestros huéspedes de la venta; de los cuales decia el ventero á su mujer, mirándolos de soslayo:

—Juan Palomo y Pedro Palomo, ¡qué buen par de pichones!!! En seguida daba una vuelta por el aposento en que estaban los huéspedes, cantando su motete, primero á *sotto voce* las dos primeras sentencias,—*vamos entrando, vamos bebiendo*;—y sacando luego un vocejon de sochantre para acabar la segunda parte—*vamos pagando, vamos saliendo*!

Pero eran en vano los paséos y los esfuerzos que hacian los pulmones del ventero, pues el *par de pichones* ni pagaba ni salia.

—¡Mal haya, decia el uno dando un puñetazo sobre la mesa, ese condenado á muerte, que nos tiene aqui aguardándole mas de dos horas!

—Compadre Pimienta, dijo el otro que parecia

(1) Recuerdo feliz de la célebre alocucion de Bonaparte á sus soldados, al pasar por delante de las Pirámides de Egipto: ¡Soldados franceses! ¡desde lo alto de esas Pirámides, cuarenta siglos os están contemplando!



mas cachazudo; los Reyes son Reyes y aguardan...!

—Pues yo no soy Rey, y no quiero aguardar, sino á la muerte. Me voy...

—¿A dónde? preguntó al entrar un hombre alto y de feroz aspecto, acercándose á la mesa con aire de amo.

El que así era interrogado, que se habia ya puesto en pie, se volvió á sentar, y dijo en tono mas templado:

—¿Tienes grillos en los pies, que dos horas há nos tienes aquí de planton?

—No he venido antes, contestó el recien entrado, porque no he querido venir. Vamos á ver, ¿qué hay que decir?

Su interlocutor no respondió, puesto que el que le dirigia la palabra habia sido soldado de marina y baratero, y no habia valenton ni rufian que le levantase el gallo. Los otros dos, de quienes decia el ventero,—gran conocedor de la especie,—que eran un buen par de pichones, tenian entre los dos tela para ahorcar á cuatro. Era el uno un desertor, que tenia sobre su conciencia una muerte; el otro, un presidiario fugado.

El recien llegado tendió la vista alrededor, y no hallando en qué sentarse, fué á la cocina á pedirle un asiento á la ventera.

—No hay, contestó la mujer—á la que, aquella tórtola que venia á unirse á los pichones, no hacia ninguna gracia;—no hay sino dos, que están en el

aposento; si no le acomodan, siéntese en las astas de un toro, ó plántese en la del Rey.

El maton no hizo caso ninguno de lo que decia la mujer; cogió y levantó por alto la primera silla que tuvo á mano, y se fué á sentar á la mesa con los otros dos.

Mucho hablaron, bebieron y gesticularon; la conferencia se habia ido acalorando y elevándose gradualmente á disputa, con los vapores del vino. Trataban á la sazón, de cual de los tres seria capaz de hacer la mayor proeza.

El desertor y el presidiario ponderaban sus hazañas pasadas, y anunciaban aun mayores para lo sucesivo.

—¡Puro jarabe de pico! dijo en voz bronca el baratero á sus compañeros;—pongo cuanto hay á que ninguno de los dos es capaz de hacer lo que yo.

—Jactancia andaluza, repuso el presidiario. Yo hago lo que bagas tú, ú otro hombre, sea el que fuere; ¿estás?

Oyóse en este instante una voz fuerte, pero poco melodiosa, que cantaba: *Vamos pagando, vamos saliendóóóó.*

—Calle ese buho que canta de noche, si no quiere que le toque yo un són para que baile una gaita gallega, que le dé calentura, gritó el baratero. Y á vosotros digo, prosiguió dirigiéndose á los otros, que no haceis lo que yo.

—¿El qué? preguntó el presidiario.

—Matar en saliendo de aquí al primero que se me ponga por delante, mas que sea el lucero del alba; pero no á traicion; sino como leal y valiente, cara á cara, dejándole que se defienda como pueda y quiera.

—¿A qué alborotar el mundo sin sacar provecho? opinó el desertor.

—Es que este, añadió el presidiario señalando al baratero, tampoco lo haria. ¡Jactancia; parola, mucho ruido y pocas nueces, como dice el refran; fanfarronadas!

—¡Por el alma de mi Madre! gritó el baratero furioso y levantando el brazo; ya veréis si es jactancia! Mire Vd. quien habla de fanfarronada andaluza, ¡un valenciano!!! ¡por *via* del Dios Baco!

Como estaba en mangas de camisa, se remangó ésta cuando levantó la mano, descubriendo el musculoso y velludo antebrazo, sobre el cual se veia una cruz azul impresa allí con pólvora, como las que suelen dibujarse los marineros.

—¡Vaya que eres buen cristiano! dijo al verla con mofa el presidiario.

—No soy buen cristiano; que soy mal cristiano, respondió el baratero. Pero no soy impío como tú: ¿estás? Ni he ido á renegar á los presidios de los moros, ¿estás? Ni soy hereje, ni soy judío, ¿estás? Acato la cruz; que eso lo mamé con la leche de mi Madre, — ¡Dios tenga su alma!—y el demonio la mia, si no hago callar, por y mas tiempo de

lo que quisiera, al que á esto tenga que decir: ¿estás?

¡Qué contraste formaba aquel aposento súpicio, con su moribunda, roja y vacilante luz, su cargada atmósfera, aquellos hombres fieros, sin hogar, sin asilo, sin amores ni lazos en esta vida, sus destempladas voces, roncas y avinadas, sus carcajadas y blasfemias; con la fresca, pura y tranquila noche de mayo bajo la engalanada bóveda del cielo! La mar, que con la ausencia del viento estaba en calma, como una fiera no acosada, reposaba en silencio mirando al cielo, como para aprender de él á no agitarse; lo que hace sobreponiéndose á las nubes y neblinas que exhala la tierra. Formaba la mar, así tranquila y contemplativa, tan mágico espejo á la luna, que le daba el brillo que en el cielo no tenía. Suaves olitas venían, como á escondidas, á tenderse sobre la tersa arena de la playa, y se iban calladas, como para no despertar á las olas grandes que se las tragan. La suave luz de la luna se había apoderado de la trabajada naturaleza, como el sueño benéfico y tranquilo, de un agitado enfermo.

Oíanse mil susurros indistintos y leves, que son quizás cantos de las flores; ecos que suenan en las concavidades de los álces ó pitas; el suspiro de la mariposa, á la que pesan sus alas, y que no obstante no quiere desprenderse de ellas, porque recuerda que sin ellas era oruga; las respiraciones

de la noche que duerme;—rumores todos demasiado ténues para que puedan discernirlos nuestros toscos oídos!—¿O será que resuena en el aire el ruido del día desde el otro hemisferio? Puede que así como ha inventado el hombre el microscopio, que aumenta para la vista un millon de veces el tamaño de los objetos, andando el tiempo se invente un instrumento para el oído, que aumente un millon de veces la fuerza de los sonidos, y entonces nos descubra, como lo ha hecho el microscopio, muchos secretos.

¡Dios mio! ¿Qué soberbio y nécio materialista inventó la palabra *imposible*? ¡Imposible! ¿Hay acaso algo que lo sea para el Autor de tanta maravilla? ¡*Imposible* decís, topos de la tierra, cuando solo la combinacion de algunos vidrios, que aumentan vuestra facultad corporal de ver, os lanza un mentís á la cara!—Nada imposible hay para el poder de Dios; ni otro diluvio; ni hacer caer el fuego del cielo sobre la tierra, como en Sodoma y Gomorra. Así como tampoco hay nada imposible para su misericordia; ni aun el convertiros! Y creed que el día en que volvais á la casa paterna, todos los fieles os recibirémos, no como los Fariséos, que no querian rozarse con los impuros, sino como su Padre al hijo pródigo; y os daremos un lugar de preferencia, pues más habréis hecho en volver, que nosotros en no salir.

Mas volviendo á la escena que pintábamos



solo se oia distintamente el chirrido del grillo que partia el silencio de la noche, como una sierra.

¿Porqué cantan en lugar de dormir esos desvelados? ¿porqué es tan incansable su furor filarmónico?—¿Es solo en ellos una expresion de amor, ó están dotados del sentido musical? ¿son amantes, ó son *dilettanti*? ¿O son acaso, como los muchachos, enemigos declarados del silencio? Bien podrá ser esta última suposicion la cierta, porque el silencio y la inocencia,—que son las dos cosas mas bellas que en el mundo se pueden hallar,—son tambien las dos que tienen mas enemigos y perseguidores.

¿No habeis notado, como nosotros, el inexplicable encanto del silencio, que es un goce moral y físico; y no habeis observado tambien cuán difícil y casi imposible es llegar á disfrutarlo? Podeis creer-nos, pues sobre esto hemos hecho un estudio muy especial y profundo: el silencio absoluto en la naturaleza, y la calma inalterable en el corazon, son goces rarísimos. Del primero solo disfrutan los sordos; de la segunda solo gozan los justos.

Andan los poetas tras del primero; los filósofos tras la segunda; los alquimistas tras el oro artificial: todos con poquísimo éxito. De las ciudades,—hormigueros de toda clase de hormigas y hormigones,—huye el silencio por verse poco apreciado: en el campo, algo se detiene, á pesar de que le

acosan de mancomun los pájaros, que cada uno de por sí se cree un ruiseñor, el insecto que prefiere el monótono recitado al variado canto, el viento que suspira, las hojas que le hacen coro, y aun el agua que sale de los cangilones de las norias, como el niño del vientre de su madre, ensayando su voz.

Hémosle buscado en alta mar en días de calma chicha; ¡nada! Si no lo creéis, vosotros que teneis la dicha de no haber entregado vuestra alma al diablo, ni vuestra persona á la mar—lo cual es otra diablura—preguntádselo á un marino, á uno de esos hijos del Océano, que no saben sino llegar y partir, como los pájaros; y confiando en sus alas no temen las distancias, y confiando en su estrella, no temen los peligros. Ellos os dirán que en tales días,—á pesar de que parece la inmensidad del mar y la del cielo un gran reloj parado, al que Dios se olvidó de dar cuerda,—á lo mejor se le antoja á un grave pez echarla de saltimbanquis, y despues de hacer brillar sus escamas al sol, cae pesadamente dando un ruidoso zarpazo.—El barco, cansado de su forzoso *far niente*, se inclina y espereza, crugiendo sus coyunturas como las del Rey Don Pedro, y el mar hace gorgoritos alrededor del timon, como para probarle que su flexible voz canta de tiple así como de bajo.

Hemos buscado con mucho afan y con preferencia el silencio en las iglesias; pero tambien allí

una legion de resfriados se ha pronunciado unánimemente contra él.—Me objetaréis que se hallará de noche, puesto que siempre los poetas pintaron como gemelos á la Noche y el Silencio; ¡cosas de poetas, que sueñan despiertos, y hacen rimar las palabras, sin cuidarse de que rimen las idéas! Y si no, ¿acaso no oís un coro poco angelical de mosquitos, que se esmeran en anunciar á son de trompa su poco amena presencia, las cornetas bélicas con que amenazan con su sangriento ataque, el afan con que buscan un postigo mal defendido ó una brecha al mosquitero de gasa, ese murallon, esa trinchera inexpugnable?

Esto en verano. ¡Pues y en invierno! ¡Dios nos asista! El viento nos da unas serenatas á toda orquesta, capaces de helar la sangre en las venas á las Pirámides; los serenos sacan unas voces de sus gargantas, ó de debajo de tierra, que son sonidos incalificables é inusitados de dia.—Los gatos *ultra-románticos*, desdeñando la clásica *melancolia*, acuden á la moderna *desesperacion* para interesar á las pulcras gatas, que no consideran decente un paseo por el tejado á deshora.—Las gotas de lluvia de los aguaceros, parecen un ejército de soldaditos de cristal respondiendo á la lista.

Es, pues, preciso desengañarse: EL SILENCIO ES UN NOMBRE SIN COSA; una dulce ilusion irrealizable, una utopía, soñada por un Platon que se metió algodón en los oídos; una delicia que inventó Maho-

ma para su paraiso imaginario; y por eso dice en su Coran que LA PALABRA ES PLATA, Y EL SILENCIO ES ORO.—Es el silencio un sueño, un mito, una supersticion: ha huido de la tierra con hastío, y reina en las nubes, adorable sultan en su puro y delicioso serrallo.



## CAPITULO IV.

LA MISA DE ALBA.—EL ROMANCE.—EL PINAR.—EL BRAIO DE LA CRUZ.—  
EL EX-VOTO.

*Laissons les cloches rassembler les fideles; car la voix de l'homme n'est pas assez pure pour convoquer au pied des autels l'innocence, le repentir et le malheur.*

CHATEAUBRIAND.

Dejemos á las campanas reunir á los fieles, pues que la voz del hombre no es bastante pura para convocar al pie del altar al arrepentimiento, á la inocencia y al martirio.

Si les cloches eussent été attachées à tout autre monument qu'à des églises, elles eussent perdu leur sympathie morale avec nos cœurs.

IDEM.

Si las campanas se hubiesen adaptado á cualquier otro monumento profano, hubieran perdido la simpatía moral que tienen con nuestros corazones.

Si existe un sonido que vaya en derecho al corazón, que llene el alma de santa alegría, y bañe los ojos de suaves lágrimas de gratitud, es el so-



nido de la campana, cuando al alba,—ágil y clara ella sola en el *duerme-vela* de la naturaleza,—hace, como dice el gran poeta católico Chateaubriand, *mensageros del culto á las nubes y á los vientos*.

Grandioso es el son de bronce de las campanas, cuando en coro repican á una solemnidad religiosa, ó anuncian un fausto evento al pais; grave y solemne cuando, segun la espresiva frase popular, *llaman al muerto á la tierra*; pero es á la vez sencillo y grave, solemne y alegre, cuando tocan á la misa de alba, anticipando á toda faena humana el divino Sacrificio!

No parece sinó que no quiere irse la noche sin haber oido aquellos santos y suaves sonidos, y que el dia no se atreve á llegar sin que ellos le llamen. Así es que se está el alba muda, inmóvil y pálida como una lámpara de alabastro, alumbrando á la naturaleza con su débil luz sin despertarla, como una madre alumbra con la lamparilla á su dormido hijo, mientras la noche, apoyada en el Occidente, extiende sus velos que caen pesados de rocío, y anima á sus sombras que desmayan y caen por tierra.

Pero cuando se despierta el corazon del mundo,—esto es el hombre, que piensa y siente,—son sus primeros latidos los toques de aquella campana que anuncian el Santo Sacrificio, como son los primeros sonidos que articula el niño, la voz de *Padre*. Entónces la noche, recogiendo sus estrellas como el avaro su tesoro, huye y se desvanece co-

mo un mal pensamiento ante la luz de Dios, tan clara y tan pura en la naturaleza, cuando ningun nublado le hace sombra, como en el entendimiento del hombre, cuando ninguna duda fria y amarga la oscurece. Santos y puros los sonidos que esparce por el aire la campana, esa voz del templo, y que bajan sobre la tierra como notas ó acordes sueltos del *Hosanna*, que entonan los ángeles del cielo á su Dios, ¡qué melodiosos son, qué pacíficos, y qué dulces y alegres!—Y lo son, porque todo eso promete la Religion al que la ame y la practique: ¡paz, dulzura, alegría y melodías santas en el corazón!

Con estas salía Juan de la Cruz aquella madrugada, de la iglesia,—en la que habia oido la misa de alba,—y al dirigirse hácia la Cruz del Pinar, llevando en una cesta la fresca guirnalda de flores que iba á colgar de los brazos de aquel Santo Signo de nuestra redencion,—iba cantando con pura y clara voz este romance:

Hoy que celebra la Iglesia  
El misterio sacrosanto,  
Cuando hallara Santa Elena  
Aquel Signo consagrado,  
Que es el terror del infierno  
Y consuelo del cristiano;  
Salid á coger las flores  
Que nacen en nuestros prados,  
Tejed con ellas guirnaldas  
Y vestid la Cruz de ramos.

Cantad con el avecilla  
Que hace su nido en el árbol,  
Load al que nos crió,  
Y que murió por salvarnos.  
Coged, cristianos, las flores  
Y vestid la Cruz de ramos,  
Pues os las brinda la aurora  
De esta mañana de Mayo.

Aquel divino trofeo,  
Como pronóstico santo,  
El invicto Constantino  
Miró en el cielo estampado,  
Y Santa Elena llegó  
A los lugares sagrados  
A descubrir el tesoro  
Que salvó al género humano,  
Y halló el lugar escondido  
A donde estaba encerrado  
Aquel diamante del cielo  
Perdido por tiempo tanto!

Cantad loóres á la Cruz,  
Salid por vegas y campos;  
Coged las flores mas bellas  
Y vestid la Cruz de ramos,  
Pues os las brinda la aurora  
De esta mañana de Mayo.

Seguia Juan la vereda derecha y blanca, abierta por entre la espesa maleza, como una raya en una crespa cabellera, y que guiaba á la Cruz del Pinar. Ya la distinguía sobre su sencilla base redonda, blanqueada para la apacible fiesta de la Cruz, ya veia á ésta con sus brazos abiertos—como para implorar á Dios, ó como para abrazar á los hom-

bres;—ya miraba la guirnalda que anteriormente habia colgado en sus brazos con sus mustias flores, como si las hubiesen ajado las lágrimas y marchitado el dolor; ya oia el murmullo de las hojas de los pinos, tan suave que siempre parece lejano, como una dulce y remota esperanza; tan melancólico como un recuerdo de lo que dejó de existir; indeciso, vago, indistinto como el primer sí, que arranca el amor autorizado á la vírgen tímida, criada en el rádio de la mirada de su Madre y á la sombra de las alas del ángel de su guarda,—cuando de repente vió salir del pinar á un hombre. Aquel hombre, de insolente y duro aspecto, se le vino acercando á pasos precipitados, y cuando estuvo al alcance de la voz:

—¡Atrás! le dijo con toda la insolencia de la osadía y el despotismo de la violencia.

Si Juan de la Cruz hubiese tenido tiempo para reflexionar, al verse ante tan temible antagonista, y no teniendo ningun interés en exponer su vida para resistir á un foragido, hubiese prudentemente abandonado el campo, y cortado así un lance, en que habia mucho que perder y nada que ganar. Pero no dando lo repentino del suceso tiempo á la reflexion, Juan de la Cruz, cediendo á un primitivo instinto de sencilla independencia y á un espontáneo brote de valor, fijó en su agresor la serena mirada de sus grandes ojos pardos, y prosiguió pausadamente su camino.

—¿No me has oído? dijo ásperamente el provocador agarrando al inofensivo y desarmado jóven por un brazo.

—Vamos, repuso Juan de la Cruz, desprendiéndose del brutal apretón del desconocido, ¿á qué me provocais? ¿Acaso os estorbo? ¿No hay lugar en el campo de Dios para ambos?

—¡Atrás! volvió á decir el forastero.

—¡Id con Dios, y dejadme en paz! repuso Juan de la Cruz, dando un paso adelante.

—¡Atrás! gritó por tercera vez el provocador, y si no, defiéndete,—añadió apuntándole con su escopeta,—puesto que ó te vuelves atrás, ó te dejo en el sitio!

Juan de la Cruz, ligero y ágil, se echó sobre su adversario, le cogió la escopeta con la rapidez del rayo, y el tiro se disparó al aire.

Todo esto fué hecho antes que pensado. El baratero,—pues era él,—se quedó un momento suspendido y atónito de sorpresa y de rabia.

—¿Esas tenemos? murmuró sacando su navaja; ¡chiquillo, prepárate! defiéndete, y encomienda tu alma á Dios.

Diciendo esto, se precipitó sobre Juan de la Cruz: éste se defendió con prudencia y denuedo, tratando de parar los golpes de aquel furioso: pero siempre retrocediendo y perdiendo terreno, salió del camino, y enredándose sus pies en los matorrales de la dehesa, el infeliz perdió el equilibrio y



cayó de espaldas, arrastrando en su caída consigo á su implacable antagonista. Este, sujetando con una mano á su indefensa víctima, que no podia ya hacer resistencia, y levantando con la otra el arma homicida, iba á descargar el golpe, cuando paró el ímpetu de su brazo y detuvo su accion, un objeto de mas fuerza y consistencia que las carrascas y palmitos, y que no habia cual estos, cedido al peso de los cuerpos de los combatientes, y que así se vino á interponer entre el brazo del asesino y el pecho de su caída víctima. Fijó el primero sus feroces y sangrientas miradas lleno de rabia en este objeto... y... ¡no pudo apartarlas de él! Los músculos contraídos de su rostro se dilataron; sus miradas parecieron retroceder hácia dentro, como un áspid en la tierra; sus brazos cayeron inertes sobre sus costados. Aquel objeto que habia extendido un brazo protector sobre el pecho del inocente, era... ¡una Cruz!

—Bien puedes dar gracias á Dios, dijo el asesino levantándose, por el escudo que ha puesto sobre tu pecho.

Diciendo esto, se alejó precipitadamente, y desapareció en el pinar.

La Cruz que salvó á su devoto, habia sido erigida, segun la piadosa costumbre de nuestro pais, en aquel lugar, porque allí habia sido muerto por un toro un pobre ganadero.

Las carrascas y matorrales que habian crecido

despues, habian ocultado la humilde Cruz de madera.

Algunos momentos despues colgaba Juan con mano aun trémula y agitada, la fresca guirnalda, que regaba con lágrimas de gratitud, en los brazos de la Cruz del Pinar, y hacia voto de perpetuar la memoria de su milagrosa salvacion por ella, conservándola expuesta en un cuadrito, que como testimonio de su fé y gratitud suspendería en el altar de la Cruz para edificacion de las almas piadosas.

¡Y este era el *ex-voto* que tanto habia escandalizado el *decorum* protestante! De esta piadosa ofrenda de la fé y de la gratitud era de la que decian los que *nos quieren convertir*,

—Es una gran irreverencia, dijo Mister Hill.

—Un desacato, querido; respondió el otro.

—Una ridiculez, amigo.

—Una impropiedad, *Sir*.

—Una profanacion, *dear*.

Y ahora,—despues de comparar el hecho católico con la interpretacion protestante,—¿habrá entendimiento de buena fé, ni corazon sano, que no repita con nosotros las palabras de San Pablo: «¿PORQUÉ ELLOS ENFERMAN, Y YO NO ENFERMO? ¿PORQUÉ ELLOS SE QUEMAN, Y YO NO ME QUEMO?»



## NOTA.

Por una singular coincidencia, mientras se imprimia esta narracion, han traído los diarios de Madrid copiada del *Diario de Tolosa*, la relacion de un atentado cometido en la frontera de Cataluña, en la que se halla el siguiente párrafo:

Hace unos dias que anunciamos la extradicion de Francia del llamado Juan Dastrada, acusado de asesinato.

Hé aqui segun el *Diario de Tolosa*, la manera con que se cometió aquel crimen.

Hace algunos meses que el acusado era propietario de una posada situada en la extrema frontera de Cataluña en un sitio aislado. En aquel paraje apénas se detenía alguno que otro pasajero. Juan, que era jóven y tenía una fisonomía agradable, se habia enamorado apasionadamente de la hija de un labrador, que habitaba en las cercanías; ella por su parte le amaba tambien; pero los Padres no consentian en la boda, pretestando la pobreza del novio.

Desde que recibió esta negativa, el posadero tornóse triste, porque no tenía esperanzas de reunir el dinero necesario para llenar los deseos de los Padres de la que amaba.

En esto pensaba una noche tempestuosa, cuando oyó que llamaban violentamente á la puerta de su posada solitaria.

Era un hombre á caballo, que perdido en aquellas breñas, y acobardado con el temporal, pedia hospitalidad por aquella noche. Juan le recibió, encendió luz y fuego, y se puso á preparar la cena á toda prisa.

Mientras se ocupaba en esto, notó que el extranjero, cuyo traje indicaba ser un opulento personaje, tenia oro en abundancia. Una idea súbita cruzó por la mente del posadero: pensó que obteniendo por medio de aquel oro la mano de su amada, aseguraba la felicidad de su vida.

La posada estaba en lugar desierto, la noche tempestuosa, el camino solitario.

Armado de una larga navaja catalana, aproximóse Juan á paso de lobo al viajero que cenaba con mucho apetito, y agarrándole por detrás, le dió una navajada en el pecho. El infeliz cayó bañado en sangre.

Juan quiso rematarlo; pero el arma tropezó con un Crucifijo que el extranjero llevaba en el pecho debajo de la camisa. Al ver este símbolo de nuestra redencion, tan venerado en España hasta por los hombres mas criminales, el posadero sintió que le faltaba el valor, ¡y no osó consumir el asesinato!

FIN DEL EX-VOTO.

## ADVERTENCIA DEL EDITOR.

---

Al concluir esta RELACION creemos que nuestros lectores nos agradecerán les demos á conocer el juicio que de ella formó el eminente MARQUES DE VALDEGAMAS. He aqui una esquila suya escrita á un amigo que le remitió el Ex-voto para que lo leyese.

*Amigo mio: Devuelvo á V. la linda novelita el EX-VOTO, que he leído con un placer infinito. Es un compuesto de toques, pero dados por una mano ejercitada y maestra. Los principios religiosos del autor no deberian ser elogiados en otros tiempos, como quiera que á nadie le es permitido tener otros si ha recibido el bautismo; pero hoy dia el cumplimiento del deber es una accion heróica, merecedora de prolongados aplausos. Que siga FERNAN CABALLERO por ese camino, y habrá merecido bien de la Religion, de la literatura y de su patria.*

*De V. afectisimo amigo,*

Donoso.





# LOS DOS AMIGOS:

RELACION

**POR FERNAN CABALLERO.**



## LOS DOS AMIGOS.

---

Lanzaba el sol sus ardientes rayos sobre una llanura de Andalucía, árida y estéril. No corrían por ella ríos ni arroyos: secas yacían las flores y tiernas plantas de la primavera; solo verdegueaban allí algunos espinos lentiscos, y alóes, cuya dureza resiste al rigor de las estaciones. Un furioso levante formaba nubes de polvo, ardiente como lava de volcan.—El cielo puro, y el día claro, parecían sonreírse al dar tormentos á la tierra.—Solo los ganados del país, con su endurecida piel, y el animoso é impassible español, que desprecia todo padecimiento físico, podían tolerar aquella encendida atmósfera; ellos, durmiendo; y él, cantando!

Veíanse sobre esta llanura el 20 de agosto de 1782 las muestras de un reciente combate: caballos muertos, armas rotas, plantas pisadas y teñi-

das de sangre.—A lo léjos desfilaba en buen orden un destacamento inglés.—A otro lado el Comandante de un escuadron español; ocupábase en formar sus impacientes soldados y sus caballos fogosos, para perseguir á los ingleses, que inferiores en número, se retiraban con la calma de vencedores.

En el que habia sido campo de batalla, un jóven sentado en una piedra al pie de un acebuche apoyaba en el tronco su pálido rostro; miéntras que otro jóven, en cuya fisonomía se manifestaba la mas violenta desesperacion, arrodillado á sus pies, procuraba detener con un pañuelo la sangre que le corria del pecho por una ancha herida.

—¡Ah, Félix, Félix!—exclamaba con la mayor angustia—, ¡vas á morir, y por mi causal! Has recibido en tu fiel pecho el golpe que me estaba destinado. ¿Porqué, generoso amigo, me libraste de una gloriosa muerte, para entregarme á una vida de desesperacion y de dolor?

—No te desesperes, Ramiro, le decia su amigo con apagada voz. Estoy debilitado porque he perdido mucha sangre; pero mi herida no es mortal. Entretanto, Ramiro, ¿tú no reparas que tu mano, que supo vengarme, está herida tambien?

—Socorros (decia Ramiro sin escucharle), prontos socorros podrian solo salvarte! Pero aislados, abandonados como estamos, ¿cómo te los podré procurar? No me encuentro capaz de separarme de tí; pero Félix, moriremos juntos!!!



En este momento oyeron el galope de un caballo. Ramiro, lleno de ansiedad, dirigió su vista al lado por donde el ruido se sentía, y descubrió á su fiel criado, que habiéndolos perdido en el combate, los buscaba llenos de inquietud.

---

Félix del Arahál y Ramiro de Lérida, pertenecían á dos familias unidas mucho tiempo habia por la amistad mas sincera. Educados juntos, servían en un mismo Regimiento, á donde muy jóvenes pasaron de Capitanes, habiendo sido pajes del Rey.

Félix, de alguna mas edad que Ramiro, con un carácter mas firme, con un temperamento mas tranquilo, y con razon mas madura, tenía sobre su amigo un ascendiente, que en vez de disminuir la ternura de su amistad, añadía á este sentimiento, en el uno, la consideracion y reconocimiento que inspira la proteccion que se recibe; en el otro, el interés y apego que engendra la proteccion que se concede. Despues de tan evidente prueba de afecto como la que Félix acababa de dar á Ramiro, exponiéndose á morir por salvar la vida de este, arriesgada con imprudencia, el vehemente cariño de Ramiro para con su amigo, ya no tuvo límites. Le miraba como á su ángel tutelar; y extremoso como era, habria destruido sus fuerzas y su salud, asistiendo á su amigo en la larga enfermedad ocasion-

nada por su herida, si el mismo Félix no lo hubiese impedido, valiéndose de la autoridad que le prestaban su amistad y su estado doliente.

---

Por las calles de San Roque, donde estaba destacado para el sitio de Gibraltar, desfilaba el Regimiento de la Princesa, precedido de su música militar, irreflexiva y animada como una Bacante. Lindas mujeres se asomaban á los balcones para ver á los Oficiales, que las saludaban con su música alegre y con sus miradas lisonjeras.

—Mira á allí, y verás, ¡por vida mia! una hermosa mujer, dijo Ramiro á Félix, que marchaba á su lado.

Alzó Félix la cabeza, pálida aun, y vió en el balcon de una de las mejores casas de la ciudad, á una jóven de maravillosa belleza, medio oculta detrás de las macetas de flores que cubrian su balcon, como una hora de felicidad precedida por las de la esperanza.

—Eres buen huron para descubrir muchachas lindas, respondió Félix sonriéndose.

Pasaron. Pero Ramiro volvía de cuando en cuando la cabeza á ver de nuevo á aquella que habia llamado tanto su atencion; mientras que ella seguia tambien con sus miradas á los dos oficiales; el uno alto, pálido, de porte interesante y noble; el otro mas pequeño, pero ágil, bien formado, arrogante y vivo.

—Harías muy bien en retirarte, Laura:—dijo el Corregidor, tirando del brazo á su mujer, y quitándola del balcon.—Esos pisaverdes te miran, como si tuvieses una danza de monos en la cara.

---

—Al ménos, si no muy brillante, podemos decir que estuvo bien alegre el baile de anoche, decia Ramiro á un grupo de Oficiales reunidos en la plaza de la ciudad.

—Debió parecerte así, contestó un teniente de cazadores, cazador tan infatigable en el baile como en el campo de batalla. Porque, á fé mia, que te divertistes en él muy bien. Yo, solo me entretuve observando al Corregidor, que queria tragarte con los ojos.

—¿Tragarme? ¿y porqué? preguntó Ramiro.

—¿Me gusta la pregunta! ¿Quieres que un marido celoso vea con buenos ojos al que los pone en su mujer?

—Y mas si el tal es buen mozo, añadió un Oficial de granaderos, apartando de su frente las mechass de pelo de oso de su gorra.

—Y elocuente como un San Agustín, dijo otro Oficial.

—Y emprendedor como Colón, continuó otro.

—Y que sabe insinuarse como la serpiente de Eva, dijo un tercero.

—Si así fuese, contestó Ramiro con aire sério,

el Corregidor se inquietaría por cosa muy corta, y debería gastar más flema.

—Eso estaría más de acuerdo con su gran barriga, replicó el de cazadores; pero amigo; es que él guarda un tesoro que no merece poseer.—Lérida, prosiguió el mismo, más gloria y placer hay en esta conquista, que en la de la plaza de Gibraltar.

—Basta ya de chanzas, señores, repuso Ramiro. Desgraciadamente el sitio de la plaza, que marcha con tanta lentitud, nos tiene ociosos, y hé aquí lo que ocasiona estas vaciedades y habladurías.

—Ya te veo en cuerpo y alma metido en una intriga, dijo Félix á su amigo al separarse de los demás, pues te has formalizado. No olvides, Ramiro, la copla:

Yendo y viniendo  
fuime enamorando;  
empecé riendo,  
¡y acabé llorando!

—¡Reflexiones! ¡Raciocinios! respondió Ramiro. Mira, Félix, esas fortificaciones que nos vomitan muertes. ¡Sabe Dios cuántas horas viviremos! Además.... pregunta á los viejos, cuánto duraron sus veinte y cinco años! Gocemos, Félix.... gocemos de la vida!

---

Nada gozaba, no obstante, el pobre Ramiro, cuando al abandonar su lecho sin haber conciliado el sueño, y apoyándose en la barandilla de su balcón, miraba y apenas veía el sol, que elevándose sobre el horizonte, despertaba al universo como una campana de luz. Apasionado como estaba, su amor había llegado al último grado, por los insuperables obstáculos que se le oponían. En vano su ternura era correspondida con igual ardor: un marido celoso levantaba impenetrables barreras entre los dos amantes. Laura no salía de su casa desde que su marido había principiado á sospechar. Mudanzas y temerosas entrevistas en la iglesia; algunas palabras por la noche en la reja, cuando Ramiro podía pasar disfrazado; pobres billetes, que mas que palabras contenían lágrimas, eran el único alimento de su exaltada pasión; pasión en todo jóven, en todo lozana, y en todo andaluza; sedienta de lo futuro, y sin pasado para vivir de recuerdos. Maldecía Ramiro tantos obstáculos, y se entregaba á una verdadera desesperación.

Estaba tan embebido en sus tristes pensamientos, que por dos veces fué necesario le advirtiera una disimulada tosecilla, que la buena vieja María, nodriza y confidenta de Laura, pasaba por debajo de su ventana, para que él lo notase. Apresuróse Ramiro á bajar, y siguió á lo lejos á la buena mujer; no atreviéndose á mirar á nadie por miedo de ser visto.



Después de muchos rodeos, María llegó á una callejuela solitaria: de un lado se levantaban las altas y severas paredes de un convento, y del otro las del jardin del Corregidor. Paróse entónces María, llegó Ramiro, y ella le entregó un billete que él abrió precipitadamente, y que contenia estas pocas palabras: «Mi marido se va al campo. Estoy libre esta noche, y podré verte. Es la primera, y será la última!»

¡Quién podrá dar su justo valor al arrebatamiento de Ramiro, careciendo de su ardiente alma, y no estando apasionado como él!! Besó con el mayor ardor el billete, que por esta vez no estaba empapado en lágrimas, pero cuyas letras temblorosas y mal trazadas probaban la agitacion con que se habia escrito. Con el mismo enagenamiento besaba las descarnadas manos de la anciana María. Sacó después una bolsa bien llena, y se la entregó, llamándola su genio tutelar, su Madre y su amiga benéfica! Mas la fisionomía de María cambió de expresion en un momento. Enderezó su encorvado cuerpo, sus apagados ojos se vivificaron, y miró á Ramiro de pies á cabeza con arrogancia é indignacion.

—Señor, ¿quién ha creído Vd que soy yo? le dijo. Lo que acabo de hacer por amor de mi niña, puede ser una debilidad; pero si lo hiciese por interés, seria una infamia.—Y desapareció en el momento, entrándose por el postigo del jardin.

Félix al entrar en el cuarto de su amigo para desayunarse, quedóse espantado al encontrarle entregado á la desesperacion mas violenta.

Arrancábase los cabellos de sus hermosos y negros rizos, tiraba con rabia cuanto encontraba á la mano... rompía los muebles!

—¿Qué tienes, Ramiro? le preguntó.

Pero él solo repetía:

—¡Maldito sea el estado militar! ¡maldita esta dorada esclavitud! ¡maldito el coronel, tirano absoluto! ¡maldita la hora, en que con estas charreteras recibí una cadena, que no me es posible romper!

—Pero, amigo mio, le dijo Félix; nada comprendo de tus arrebatos.—¿Has tenido algun disgusto con el coronel?

—¡Ah! respondió Ramiro, ¡no se trata de disgustos, sino de la felicidad de mi vida!—Nada tengo oculto para tí:—¡toma y lee!

Dióle el billete de Laura, y Félix despues que lo leyó,

—¡Y bien! dijo.

—¡Y bien! replicó Ramiro; ¿no soy yo el mas desgraciado de los hombres?

—Estos renglones, contestó Félix, me hacian suponer lo contrario.

—¿No sabes, pues, exclamó Ramiro, que estoy nombrado de guardia para la avanzada?—Mordíase las manos al decir esto.

Félix se echó á reir.

—¿Y es esa la causa de tu desesperacion? le dijo. Eso sí que es propiamente lo que se llama ahogarse en una gota de agua. Yo haré el servicio por tí; tú lo harás por mí cuando me toque.

Ramiro estrechó entre sus brazos á su amigo, diciéndole:

—Félix... Félix mio!... naciste para mi felicidad: eres mi providencia; un sér benéfico que siembra de flores mi vida. ¿Cómo podré yo jamás pagar tu ternura y tu amistad generosa?

—Pero ¿hé hecho yo alguna cosa, contestaba Félix, que no hubieras tú hecho en mi lugar, mi querido Ramiro?

Este no dió otra respuesta, que estrechar á su amigo contra su corazon tan lleno de amor y de amistad, como de esperanza y de gratitud.

---

Elevábase el sol sobre el horizonte con su magestuosa monotonía.

—Mucho te apresuras hoy, rubio mio, decia Ramiro, echándole una colérica mirada y deslizándose por la puerta del jardin, que María cerró con prontitud luego que aquel salió.

¡Qué dichoso se encontraba Ramiro! Estaba lleno de orgullo, de reconocimiento y enternecido. Todo su sér parecia haberse triplicado. Saboreaba

en el profundo santuario de su corazón, cuantas emociones produce una verdadera pasión correspondida. Embriagado de placer, bendecía su suerte. En su éxtasis no reparó en el teniente de cazadores que salía á su encuentro. Al verle quiso, haciendo el distraído, echar por otro lado. Mas el teniente se apresuró á unírsele, diciéndole:

—¡Cuánto me alegro de verte, Lérica! ¡te creía de servicio en la avanzada!

—Bien, ¿y qué? contestó Ramiro.

—¡Es una friolera! respondió el de cazadores.— Los ingleses han hecho una salida, y el comandante del puesto ha sido muerto.

---

Ved la antigua Sevilla sentada sobre una llanura, como una viuda en su poltrona. Vedla envuelta en sus viejas murallas, como en un manto Real desechado. Mirad al viejo Bétis besando sus piés, con la respetuosa galantería española. Oid cual le pregunta dónde están sus flotas que daban la vela, llevando á los Colones, los Corteses y Pizarros, al descubrimiento y conquista de un nuevo mundo, y volvian cargadas de plata y oro.—Sevilla suspirando le enseña sus barcos de vapor! ¡Oh progresos del tiempo!—Aproximáos.—Hablad con ella. Como vieja, le gusta hablar de las épocas de su juventud y grandeza.—Ella, pues, os llevará desde luego á

su catedral. Os enseñará el cuerpo de su San Fernando. Pero... arrodilláos... adorad... venerad con ella!... sino, estad seguros de que la vieja Sevilla no volverá á hablaros: no podríais comprenderla.

Despues la seguiréis al Alcázar, palacio de Reyes, viejo y romántico como ella. En los baños de las Reinas moras, de Doña María de Padilla, es donde os contará en romances su historia, sus vicisitudes, sus triunfos, sus glorias y sus creencias;— y los ecos del palacio, habitado solo de recuerdos, repetirán sus palabras con sus aéreas bocas. En seguida os sentaréis con ella á la fresca sombra de floridos naranjos en las orillas del Bétis, y os hablará de sus hijos queridos: os recitará con magia y encanto los versos tan bellos de Herrera, Rioja y Góngora; las hazañas de los Ponces de Leon y los Guzmanes, y os llevará de la mano á admirar las portentosas obras de su Murillo, su Velazquez y su Montañés.—La veréis jóven, ardiente, poética, exaltada: mas luego volviendo á su verdadero estado de mujer anciana, acabará por decirnos suspirando: ¡Cómo han mudado los tiempos!

Saliendo por la puerta llamada de Triana, seguireis dos calles de árboles que conducen á los *Malecones*, que son una porcion de gradas elevadas para precaver la ciudad de las inundaciones del rio, cuando éste sale de madre. Pasados aquellos, encontraréis una llanura llamada el Arenal; de donde sale el puente que conduce á Triana. Veréis



en esta llanura una concurrencia elegante, dirigiéndose hácia la izquierda, donde principian los hermosos paseos, que adornan á Sevilla cual una guirnalda de flores. La vecindad del rio es quien sostiene ese lujo de vegetacion, esa multitud tan variada de flores que los embellecen: pues no pudiendo ya enriquecer á su amada con tesoros, la adorna con flores.

A la derecha de la puerta de Triana, veréis la *Plaza de Armas* que hizo construir el General Marqués de las Amarillas. Los pilares que sostienen sus cuatro puertas, están adornados de un leon de bronce destrozando un águila; y hacen alusion á los nombres que llevan aquellas, que son Bailen, Vitoria, San Marcial y Albuera. ¡Honor al noble español, que eleva un monumento á la gloria de su Pátria!... que procura libertarla del injusto olvido donde la sepulta el culpable descuido nacional! que conservó en su corazon, verdaderamente patriótico, el recuerdo de esta gloria potente, elevada, sublime, que existirá en los venideros siglos, cuando yazgan en el olvido las disensiones domésticas que la hacen descuidar hoy!

---

Un domingo del año 1833, muchas damas adornadas con mantillas blancas, flores y cintas; muchos elegantes jóvenes, á pié y á caballo, se apre-

suraban á llegar al paséo. Dirigíase la alegre multitud á la izquierda, en tanto que á la derecha se observaba un contraste notable. Un misionero capuchino, subido sobre el malecon, predicaba á un gran número de gente del pueblo, que en pié y con la cabeza descubierta, formaban en derredor suyo un círculo á manera de abanico. A cierta distancia, un inglés apoyado en un árbol, dibujaba en su álbum el venerable rostro del capuchino. Un paisano, mirando el dibujo por encima del hombro del inglés, se sonrió y dijo con la franca cordialidad española, á quien basta una mirada para hacer conocimiento:—¡Por vida mia, que se parece, como un ojo de la cara á su compañero! Usted es un gran pintor, señor; y si Vd. es inglés como pienso, muy ageno estará al mirar á ese pacífico y santo varon, de que haya echado quizás debajo de tierra á algunos de los abuelos de Vd.

El inglés miró al español con admiracion, y éste le volvió á decir:—Si señor: ¡valiente espada era la suya el año 1782!—En el sitio de Gibraltar se distinguió mucho, hasta que... pero es historia larga.—Suplicóle el inglés se la contára, y el buen hombre que no descaba otra cosa, le hizo la relacion que se ha leído.

Viendo—añadió por último el español,—con tanta claridad el dedo de Dios, que le castigaba con tan espantosa catástrofe, fuera de sí de dolor por haber causado con su criminal pasion la muerte de su

amigo, D. Ramiro de Lérída, solo vió dos alternativas: morir ó hacer penitencia.—¡Gracias á Dios era cristiano, y tuvo valor suficiente para escoger la última!

El inglés miró ya con un nuevo interés al misionero.—Tenia, por decirlo así, el microscopio, que podia penetrar aquella cubierta, humilde y silenciosa.

Mas en vano buscó en aquel semblante, envejecidos surcos de lágrimas, un tinte de dolor, ó una mirada que denotase un recuerdo.—¡Todo habia desaparecido en aquella tranquila y venerable fisonomía! No era obra del tiempo; era total variacion. Una elevada virtud habia desprendido de este mundo su corazon, y conduciéndole á aquella altura, en que segun el elocuente poeta Lamartine:

«¡Hasta el recuerdo huyó, sin dejar huella!»

FIN DE LOS DOS AMIGOS.



# **LA HIJA DEL SOL:**

RELACION

**POR FERNAN CABALLERO.**





# LA HIJA DEL SOL.

---

¿Est-ce vrai?—Oui; mais qu'importe?

BALZAC.

Tocaban á ánimas las campanas de la ciudad de Sevilla, y muchos corazones religiosos se alzaban al cielo en aquella hora dedicada por la Iglesia á recordar á los muertos. Todo yacía frío, silencioso, y triste en la invadiente oscuridad de una noche de diciembre: una espesa cortina de nubes cubría las estrellas, que son,—según dice un poeta,—los ojos con que mira el cielo á la tierra.

En la sala de una de las hermosas casas de Sevilla, que los extranjeros llaman palacios, frente á una chimenea, en que ardía y daba luz como una antorcha la alegre leña del olivo, estaba sentada una señora, sumida en los pensamientos graves y tristes, que infundían la hora y lo lóbrego de la no-

:

che. No se oía sino el gemido del viento, que daba tormento á los naranjos del jardín, y que penetrando por el cañon de la chimenea, caía sobre la llama, á la cual abatía temblorosa, esparciendo ráfagas de vacilante luz por la estancia. Parecía que la soledad la abrumase; y cual si un génio benéfico se ocupase en prevenir sus deséos, abrióse la puerta, apareciendo en el umbral una persona cuya vista debió serle grata, puesto que al verla, hizo la señora un ademan y exclamacion de alegría, y se levantó para ir á su encuentro.

La recién entrada era una señora de edad, bajita, trigueña, cuyos ademanes animados y cuyos ojos vivos y alegres denotaban que los años habian pasado por aquella naturaleza juvenil y activa, sin doblegarla, y sin que su dueña los notase.

—Vaya, Marquesa, dijo la recién llegada, que para venir desde donde yo vivo hasta tu casa, se necesitan *amor y coche*.

—Te ha bastado el amor; ¡y cuánto te lo agradezco! Ahora conozco la verdad que encierra este refran; «amor con amor se paga.»—¡Salir en una noche como esta!

—¡Hija mia! no habia otra, repuso la amiga. ¿Sabes, añadió, que te he estado mirando por los cristales, y he visto que tienes un aire de languidez, segun dicen los poetas del dia, que maldito si te sienta bien? Si te hubiese visto tu amigo el Baron de Saint Preux, diria que echada como es-

tásen tu sillón ante la chimenea, parecías la estatua de la Lealtad llorando ante la hoguera de un trono.

—Por fortuna, repuso riendo la Marquesa, el trono que arde aquí, lo fué solo de un jilguero.

—Si te viese Joaquín Becquer (1) le servirías de modelo para algún cuadro de la Viuda de Padilla, prosiguió la que había entrado.

—Desahoga ese buen humor que rebosa en tí como la alegría en los niños, respondió con resignación la Marquesa.

—Tu recomendado Sir Robert Bruce diría al verte, que lo que verdaderamente progresa en el mundo, es el *spleen*.

—Pero, amiga mía, replicó la Marquesa cuando se tienen penas.....

—Si me hablas de penas, tomo el portante, interrumpió la señora: tengo una cáfila de ellas á tu disposición, que me dejó en casa cuando salgo. Vengo á que nos distraigamos un rato en sabrosa plática, como dicen los buenos hablistas, exóticos ya entre nosotros. Dejemos las lamentaciones para Semana Santa.

—De ningún modo me entretendrías mejor y mas á mi gusto, repuso la Marquesa, que contándome la historia de aquella hermosa dama que debió á su extraordinaria belleza, el nombre por el que fué conocida.

(1) Ilustre pintor de Sevilla contemporáneo

[N. del E.]

—¿La HIJA DEL SOL?... Verdad es, que prometí referírtela; y cierto es tambien que nadie te la podrá contar con mejores datos que yo, habiéndolos adquirido en la isla de Leon, teatro del suceso, donde pasé mi primera juventud, siendo mi Padre Capitan General del Departamento.

Sentáronse ambas amigas frente á la chimenea, avivaron el fuego, y la Marquesa se puso á escuchar con ansiosa curiosidad el siguiente relato.

«Quedó viuda la señora de\*\*\* con solo una hija, de tan maravillosa belleza, que mereció el dictado de la HIJA DEL SOL, por el cual era conocida. Crióla su Madre léjos del mundo, en silencio y soledad, velando incesantemente sobre su tesoro, hasta ponerla en manos del hombre digno y honrado, que uniéndose á la hermosa jóven, le dió su nombre y hacienda. Don A. F. era un hombre de mérito, y la HIJA DEL SOL se unió á él, sin desear y sin oponérsele la boda: siguió en esta ocasion el dictámen de su Madre, que nunca habia hallado oposicion en la dócil niña.

Gozaban hacía algun tiempo los esposos de una felicidad sin nubes, cuando un acaecimiento inútil de referir, obligó á D. A. F. á hacer un viage á la Habana.—Entónces rogó á su suegra que se encargase de su hija, y la llevase fuera de Cádiz durante su ausencia. Hacíalo, porque en aquella época—por los años de 1764—era Cádiz rica y poderosa, y el oro arrastraba en pos de sí, ese lujo, esos pla-



ceres, esas vanidades, esa embriaguez, y esas pasiones que son su séquito ordinario. Para alejarse de este foco de seducciones y peligros, D. A. F. les suplicó que se trasladasen á la Isla, ciudad de arsenales y de marina, vasta y solitaria, porque Cádiz lo absorbía todo en sus cercanías.

Miéntas un barco salia lentamente de la bahía de Cádiz, entónce animada como una feria, una berlina con cuatro caballos, cuyos cascabeles sonaban alegremente, corria por el arrecife que conduce de Cádiz á la Isla, y que se alza entre dos mares, que se unen tanto en las altas mareas, que entonces, más que camino, parece el arrecife, puente.

En la berlina se hallaban dos señoras, la una anciana, cuyo semblante expresaba cuidados y zozobras; la otra jóven y hermosa, cuyo rostro estaba bañado de lágrimas. Frente de ambas iba sentada una negra aun jóven, doncella y compañera desde su infancia de la que lloraba; la que por sus visajes, gracias, y niñerías, logró que á una legua de Cádiz las lágrimas de su ama llegáran á secarse, y que una sonrisa reemplazase los suspiros que antes salian de sus lábios.

La isla de Leon es una ciudad larga y angosta, que se levanta blanca y brillante entre los montones de sal, como un cisne rodeado de sus polluelos. Tres cosas descuellan en ella, las palmeras de su arenisco suelo, el Observatorio de su sabia marina, y la cúpula de sus católicos templos. La Isla es

triste, como una bella muger, arrinconada por una feliz competidora; ó mas bien, la Isla con sus arsenales, sus diques, sus cordelerías, sus astilleros y machinas, parece la muger del marino en su soledad, sentada en la playa y mirando al mar.

La berlina se paró delante de una hermosa casa, que como la mayor parte, era de piedra, y estaba solada de mármol, y cuyas puertas eran de caoba. Frente de la puerta de la calle se abria la del jardin. Precedíale una galería que formaban columnas de mármol, entre las cuales habian confectionado los jazmines, las madreselvas y los rosales guirnalderos, columpios para ¡mecer sus flores.—Caminitos de ladrillos dividian el jardin en cuatro partes. Las paredes desaparecian bajo un espeso velo de enredaderas. En el centro del jardin habia un cenador ó merendero tan espesamente cubierto por rosales de Pasion, que en lo oscuro y fresco, más que cenador, parecia gruta. En medio, sobre un pedestal, se hallaba un Amorcito de mármol, que con una mano escondia sus flechas, y con un dedo de la otra, que llevaba á sus labios, imponia silencio.

En este merendero era en el que pasaba la HIJA DEL SOL largas y solitarias horas. Algunas veces le decia Francisca, su negra, despues de prolongados ratos de silencio:—Ese niño, mi señora, nos hace señas que callemos. Mas valiera que nos mandase hablar, pues lo vamos á olvidar. Mi amo

tiene en el barco la mar, los vientos y los peligros: pero acá nosotras no tenemos nada sinó las flores.

La HIJA DEL SOL bostezaba y respondia.

—Mi marido piensa:

«que entre dos que bien se quieren,  
con uno que goce basta.»

¡Asi pasaba su vida aquella muger, que, por desgracia, no habia sido enseñada á llenar su tiempo, y á ocupar su mente, y á la que pesaba la ociosidad, como al desvelado las tinieblas! Necesitaba la vida activa, para revolotear ligeramente y sin objeto, de flor en flor, como la mariposa.

Un dia estaba la hermosa solitaria sentada, abanicándose, en su ventana ó cierro de cristales. Francisca, echada en el suelo, se entretenia en teñir de azul con agua de añil el blanco perrito habanero de su señora.

—¿Sabe vd. mi ama, dijo de repente, que ese oficial, ese Brigadier de guardias marinas que nos sigue cuando vamos á Misa, se ha mudado aqui enfrente?

La HIJA DEL SOL, al oir á su negra, volvió la cabeza por un irreflexivo é involuntario impulso, y vió en el balcon de la casa á que Paca aludia, á un jóven, el cual aprovechando el instante en que ella fijó su vista en él, la saludó con la finura y gracia que ha distinguido siempre á los oficiales de la Marina Real.

La reconvencion que iba á hacer la HIJA DEL SOL á su negra, expiró en sus lábios al ver al jóven, en el que de sobra habia reparado anteriormente. Asi fué que Francisca prosiguió:

—Se llama D. Cárlos de las Navas; tiene veinte y cuatro años, y es el mejor mozo de la Brigada. Es tan bueno y tan llano, que todo el mundo le quiere...

—Parece que estás muy impuesta en todo lo concerniente á ese caballero, dijo su ama interrumpiendo á la negra. Pero como todo eso ni me atañe ni me importa, guárdalo para tí y otros curiosos.

—Aquí tiene mi ama á su perrito mas azul que una pervinca, dijo la humilde muchacha para distraer á su ama.

Pero la HIJA DEL SOL no pensaba ni en el perrito azul, ni en su doncella negra. Dias habia que un gallardo jóven la seguia por todas partes: le veia en todas partes, en la calle, en la iglesia, en sus pensamientos, en sus sueños! Ahora se le encuentra alojado frente á su ventana; se le han nombrado; se halla casi en relaciones con él, por medio de un saludo que no ha podido excusar!

Demás está el que se añada que las Navas, que fué uno de los mas cumplidos caballeros de su época, al ver á la HIJA DEL SOL, habia concebido por ella, una de aquellas pasiones, que en tiempos en que no absorbía la política completamente á los hombres, henchian y exaltaban sus almas á punto de intentar lo imposible, movidos por ellas.

Mucho tiempo fueron inútiles todas sus gestiones; porque á la HIJA DEL SOL habian sido infundidos principios religiosos, que si no siempre alcanzan—en vista de la fragilidad humana—á evitar una culpa, siempre llegan á enmendarla ó á corregirla. Las Navas estaba desesperado; la HIJA DEL SOL por su parte habia trocado su anterior tranquilo fastidio por un constante dolor que la consumia. Francisca, la negra, llena de compasion por los sufrimientos de ambos, y cediendo á sus instintos de raza incivilizada, sin reflexionar en la culpable causa de estos voluntarios sufrimientos, ni en las trascendentales consecuencias de su necia complacencia, cedió á los ruegos de las Navas, y una noche, en que estaba su ama tristemente sentada en el cenador del jardin, le abrió una puertecita que éste tenia, y que daba á la *Albina*, sitio solitario y pantanoso que se extiende entre la Isla y el mar.

Es una verdad muy conocida, la de que el primer paso es el que cuesta. La puerta que tan imprudentemente abrió la negra, lo fué ya cada noche. En aquella galería, poco ha tan sola y vacía, entre aquellas flores, poco ha tan desdeñadas, á la claridad de aquella luna, poco ha tan desatendida, pasaban los amantes noches de encanto, y cuya felicidad adormecia hasta á la conciencia. De esta suerte pasó un año.

Entonces acaeció, que el Capitan General del Departamento, que habia ido á Jerez, murió alli re-



pentinamente: toda la brigada de guardias marinas tuvo que trasladarse á aquel pueblo, para acompañar el entierro. Esta ausencia—por corta que fuese—causó un vivo dolor en dos seres que habia un año que no podian vivir sino en la misma atmósfera, y para los cuales era la ausencia un compuesto de dolor, de inquietud, de ansiedad, de temor y de celos.

En la noche del segundo dia, estaba sentada la HIJA DEL SOL en la galería de su jardín: Francisca lo estaba á sus pies. La luna se levantaba pura y tranquila, como un corazon exento de pasiones y de inquietudes.

—Mi ama, dijo Francisca poniéndose de un salto en pié, ahí está el señorito de las Navas, ¿no ha oido su mercé la señal?

—No es posible, Francisca; respondió azorada y con corazon palpitante la HIJA DEL SOL.

—Escuche, mi ama, escuche, repuso la negra.

La HIJA DEL SOL aplicó el oido, y oyó distintamente el silbido particular que usaba las Navas para darse á conocer.

Francisca corrió á buscar la llave del postigo, corrió hácia él, lo abrió, y las Navas envuelto en su capa entró con paso acelerado.

Pero Francisca no pudo volver á cerrar el postigo, porque le empujaron dos hombres que entraron y siguieron á las Navas.

Sobrecogida de un asombro que la paralizó, la

negro no pudo ni moverse, ni gritar. Los que habían entrado, alcanzaron á las Navas; y ántes que pudiese defenderse ni parar el golpe, le clavaron sus puñales en el pecho. Las Navas cayó sin dar un gemido; cuando le vieron tendido en el suelo, los asesinos huyeron.

Por algun tiempo, el mas profundo silencio siguió reinando en aquel lugar, mudo testigo de la catástrofe. Francisca permanecia paralizada bajo la doble impresion del espanto y del horror. La HIJA DEL SOL yacia desmayada sobre las gradas de mármol de la galería; las Navas no daba señal de vida! La luna plateaba tranquilamente este cuadro, y las flores lo embalsamaban.

Alcabo de un rato, vuelta Francisca en sí por la activa angustia que sucedió á su pánico espanto. vuela hácia su ama, á quien mira ya deshonrada y perdida: la coge en sus brazos, la despierta, la anima.

—¡Ama mia! ¡ama mia! exclama; sois perdida si aquí hallan á ese cadáver!—Ama mia, vuestra honra y vuestra suerte dependen de lo que podamos hacer en estos momentos; ¡y son contados! Es preciso sacar de aquí ese cadáver que os compromete.—Valor, mi señora, valor! si no lo haceis por vos, hacedlo por el amo!—Saquemos de aquí ese cadáver para evitar el escándalo y la afrenta. Ayudadme á arrastrarlo á la Albina; que yo no puedo hacerlo sola!

Y la valerosa negra arrastra á su infeliz ama, y la obliga á ayudarle á arrastrar el cadáver á la *Albina*.

—¡Basta! que no puedo mas! gemia su ama.

—¡Más todavía, mi señora! replicaba con angustia la negra; ¿quereis aparecer ante los tribunales?

Y las dos, dominando su dolor, su asombro y su flaqueza, volvian á coger el yerto cadáver para alejarlo mas de allí.

Despues Francisca, sosteniendo á su señora, la arrastra á su cuarto, la acuesta; vuelve al jardin, echa agua sobre las manchas de sangre, y hace desaparecer todo rastro, todo vestigio de aquel lúgubre crimen, con esa energía hija del cariño, que es la mas perseverante.—Regresa al lado de su señora, y al verla tendida, tan blanca y tan inmóvil como si fuese aquel lecho su féretro, cae de rodillas, y elevando hácia su señora sus temblorosas manos, prorumpe en sollozos exclamando:

—¡Ama mia, yo os perdí!

—No, Francisca, no, murmuró su señora; me has salvado!—Y echando uno de sus brazos de marfil al cuello de ébano de la esclava, la atrajo á sí prorumpiendo en sollozos.

—Ya viene el alba, dijo poco después Francisca, que fué á abrir las ventanas, como para poner cuanto ántes fin á aquella espantosa noche!

Por más que digan los poetas,—que por lo regular no conocen al alba sino de oídas,—el alba es triste. Cuando el dia cae, todo se prepara al re-

posó; al alba todo se prepara al trabajo y al sufrimiento! La luz del día alumbra á una ciudad muerta; tanto brillo en el cielo y tanto silencio en la tierra contrastan penosamente!—LA HIJA DEL SOL bella y silenciosa, se parecía á esa madrugada sin vida.

Francisca la obligó á levantarse y á sentarse en su cierro de cristales, como tenía de costumbre, para evitar toda sospecha. Francisca entraba y salía en el gabinete.

—¿Qué se dice? le preguntaba su señora á media voz.

—Todavía nada, respondía Francisca en el mismo tono.

—¡Dios Santo! ¡Ese cadáver abandonado! gemía la infeliz.

Francisca cruzaba las manos y le hacía seña de que callase, señalándole á su Madre, que rezaba tranquilamente sentada en el canapé.

De repente, se oyeron los brillantes y animados sonidos de la música militar. Era la Brigada de marina, que regresaba de Jerez.

Cada nota de la música, que tantas veces había oído cuando precedía á la Brigada, y á su cabeza venía el hombre á quien amaba, y que ahora yace muerto y abandonado cadáver en la Albina; cada una de estas notas es un pañal que se clava y destroza el corazón de la infeliz mujer, en la que hasta su dolor es un delito!

De repente, aquella mujer que gemia, quédase muda; sus ojos se abren espantados y fijos; un temblor convulsivo se apodera de ella, y solo tiene accion para extender el brazo con un ademán lleno de espanto hácia la calle. Francisca se arroja al cierro, y sigue con la vista la direccion que indican el brazo y las miradas de su ama, y vé... vé á las Navas á la cabeza de su Brigada, que en aquel instante alza la cabeza, sonríe y saluda alegremente á su amada! Francisca da un grito, y cae sin sentido: la HIJA DEL SOL, fuera de sí, clama al cielo pidiendo misericordia: refiere á voces lo acaecido aquella noche. La creen loca, y su Madre manda llamar á un facultativo; pero Francisca, vuelta en sí, confirma la relacion de su ama. Van á la Albina; pero allí no se halla cadáver alguno: preguntan á las Navas; éste no ha faltado, no ha podido faltar de Jerez, lo que confirman unánimes sus compañeros.

La HIJA DEL SOL, después de restablecida de una larga enfermedad, escribe á su marido, se confiesa culpable, le ruega que la perdone y le dé licencia para entrar en un convento á hacer penitencia. El marido le dá esta licencia, la bula es otorgada; y la HIJA DEL SOL entró y profesó en las Descalzas de Cadiz, en el que, después de una vida ejemplar, murió como una Santa. Francisca la siguió al convento.»

—¿Y cómo se explicó eso? preguntó con profundo interés la Marquesa á su amiga, cuando esta hubo concluido.



—Esto no se explicó NUNCA para los incrédulos; pero sí MUY LUEGO á las almas creyentes, respondió su amiga.

NOTA. Esta Relacion es verídica. La HIJA DEL SOL nació en 1742, y murió monja Descalza en Cádiz, en 1801, á los cincuenta y ocho años de edad. El señor D. Francisco Micon, Marqués del Mérito, compuso á la HIJA DEL SOL, cuando profesó, el siguiente soneto, que si bien no tiene mucho del título de su autor, puede servir de comprobante á lo referido.

### A LA HIJA DEL SOL.

#### SONETO.

Ya en sacro velo esconde la hermosura  
En sayal tosco garbo y gentileza  
La HIJA DEL SOL, á quien por su belleza  
Así llamó del mundo la locura.  
Entra humilde y contenta en la clausura;  
Hoye la mundanal falaz grandeza:  
Triunfadora de sí, sube á la alteza,  
De la santa Sion, mansion segura.  
Nada pueden con ella el triste encanto  
Del siglo, la ilusion y la malicia;  
Antes los mira con horror y espanto.  
Recibe el parabien, feliz novicia,  
Y recibe tambien el nombre santo  
De HIJA amada del que es, SOL DE JUSTICIA.

FIN DE LA HIJA DEL SOL.



# INDICE

DE LAS RELACIONES QUE CONTIENE ESTE TOMO.

---

	PAGS.
JUSTA Y RUFINA. . . . .	4
MAS LARGO ES EL TIEMPO QUE LA FORTUNA. . . . .	65
NO TRANSIGE LA CONCIENCIA. . . . .	127
LA FLOR DE LAS RUINAS. . . . .	187
EL EX-VOTO. . . . .	219
LOS DOS AMIGOS. . . . .	275
LA HIJA DEL SOL. . . . .	291

---









# BOSTON PUBLIC LIBRARY.

## CENTRAL LIBRARY.

### ABBREVIATED REGULATIONS.

One volume can be had at a time, in home use, from the Lower Hall, and one from the Bates Hall, and this volume must always be returned with the applicant's library card, within such hours as the rules prescribe. No book can be taken from the Lower Hall of this Library, while the applicant has one from any Branch.

Books can be kept out 14 days, but may be renewed *within* that time, by presenting a new slip with the card; after 14 days a fine of *two* cents for *each* day is incurred, and after 21 days the book will be sent for at the borrower's cost, who cannot take another book until all charges are paid.

No book is to be lent out of the household of the borrower; nor is it to be kept by transfers in one household more than one month, and it must remain in the Library one week before it can be again drawn in the same household.

The Library hours for the delivery and return of books are from 9 o'clock, A. M., to 8 o'clock, P. M., in the *Lower Hall*; and from 9 o'clock, A. M., until 6 o'clock, P. M., from October to March, and until 7 o'clock, from April to September, in the *Bates Hall*.

Borrowers finding this book mutilated or unwarrantably defaced, are expected to report it; and also any undue delay in the delivery of books.

\*.\*No claim can be established because of the failure of any Library notice to reach, through the mail, the person addressed.

[50,000, Nov., 1870.]

